

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
del 3 de abril de 1981



“REPRESENTACIONES DE LA (IN)SEGURIDAD Y LA VIOLENCIA URBANA.
LA MIRADA DE LOS JÓVENES EN LA CIUDAD DE MÉXICO.”

TESIS

Que para obtener el grado de
MAESTRA EN SOCIOLOGIA.

Presenta:
NATALIA RAQUEL GONTERO

Directora de Tesis: Dra. Silvia Bolos
Lector: Dr. Nelson Arteaga Botello
Lectora: Dra. Emiko Saldívar Tanaka

México, D.F.

2006

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	3
2. CAPÍTULO 1	9
2.1. EL MIEDO EN LA HISTORIA	9
2.2. ¿QUÉ ES LA VIOLENCIA?	14
2.2.1. ESTADO Y VIOLENCIA.....	18
2.2.2 PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES DE LA VIOLENCIA	24
2.3. EL DISCURSO DE LA SEGURIDAD	29
2.3.1. ¿SEGURIDAD PÚBLICA O SEGURIDAD CIUDADANA?	31
2.3.2. (IN) SEGURIDAD: SU REPRESENTACIÓN SOCIAL.....	36
3. CAPÍTULO 2	41
3.1. REPRESENTACIONES SOCIALES. INTRODUCCIÓN	41
3.1.1. EL CONCEPTO DE REPRESENTACIÓN SOCIAL	44
3.1.2. ELEMENTOS QUE COMPONEN UNA REPRESENTACIÓN	47
3.1.3. LAS REPRESENTACIONES: ELABORACIÓN PSICOLÓGICA Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL	48
3.2. LA NOCIÓN DE LO URBANO	54
3.2.1. ¿QUÉ ES LA CIUDAD? LA CIUDAD REAL Y LA IMAGINADA	55
3.2.2. LA CIUDAD DE MÉXICO EN DATOS.....	62
3.3. LA PARADOJA DE LA SEGURIDAD EN LAS SOCIEDADES MODERNAS	63
3.4. LA DIMENSIÓN POLÍTICA DEL MIEDO	69
3.5. ESPACIO Y COMUNIDAD EN LA MODERNIDAD	75
4. ANÁLISIS DE LOS RELATOS	82
4.1. REPRESENTACIONES DE LA (IN)SEGURIDAD	82
4.1.1. INTERACCIONES EN LA VIDA COTIDIANA E (IN)SEGURIDAD	89
4.1.2. ESPACIO, VIDA COTIDIANA E (IN)SEGURIDAD	99
4.1.3. PRÁCTICAS Y REPRESENTACIONES EN TORNO A LA INSEGURIDAD	111
4.2. REPRESENTACIONES DE LA VIOLENCIA URBANA	123

4.2.1. CIUDAD Y VIOLENCIA: EL OBSERVADOR Y LA VÍCTIMA	126
4.2.1.1. Pequeñas violencias: alarmas y reacciones	127
4.2.1.2. Los sospechosos de siempre.....	131
4.2.2. VIOLENCIAS Y MASCULINIDAD.....	136
4.2.3. VIOLENCIA E INSEGURIDAD.....	140
4.2.4. VIOLENCIA Y MANIFESTACIONES POLÍTICAS EN EL ESPACIO PÚBLICO.....	143
4.3. DISCURSO POLÍTICO Y DISCURSO DE LA INSEGURIDAD/VIOLENCIA URBANA	147
4.3.1. EL CASO MEXICANO: POPULISMO PUNITIVO Y PÁNICO MORAL	150
4.3.2. MIENTEN MUCHO, NO LES CREO NADA.....	153
4.4. ESTADO: LEGITIMIDAD Y LEGALIDAD DEL ORDEN	155
4.5. MEDIOS DE COMUNICACIÓN E INSEGURIDAD/VIOLENCIA URBANA	162
4.6. JUVENTUD Y VIOLENCIA URBANA/INSEGURIDAD	168
5. CONCLUSIONES	175
6. BIBLIOGRAFÍA	185
7. ANEXOS	197
7.1. METODOLOGÍA Y PROCESO DE INVESTIGACIÓN.....	197
7.1.1. OBJETIVOS, INDICADORES Y GUÍA DE ENTREVISTAS	199
7.1.2. PRESENTACIÓN DE LOS JÓVENES ENTREVISTADOS.....	204
7.1.3. LOS TEXTOS VISUALES: LAS FOTOGRAFÍAS	211
7.2. CUADRO INCIDENCIA DELICTIVA POR DELEGACIÓN	215
7.3. CUADRO ENTREVISTADOS ASALTADOS.....	216

1. Introducción

La violencia ha marcado los procesos de cotidianidad y transformación social en América Latina: “...violenta fue la conquista, violento el esclavismo, violenta la independencia, violentos los procesos de apropiación de las tierras y de expropiación de los excedentes.” (Briceño León, 2002:14) Sin embargo, en la actualidad nos referimos a una violencia diferente, a un proceso distinto, singular, nos referimos a la violencia urbana. Si bien la violencia política ha estado presente en la región, hoy las tasas de homicidios son más graves, justamente cuando desaparecen las dictaduras, amainan las guerrillas y se decreta la paz y la democracia. En las últimas dos décadas el fenómeno de la violencia urbana y la inseguridad en América Latina parece haber adquirido una mayor visibilidad, instalándose no sólo en la experiencia cotidiana de los ciudadanos sino también reflejándose en las estadísticas¹ y en los discursos de los medios de comunicación y de los políticos. Estos discursos y prácticas se retroalimentan en una suerte de espiral en la que no se alcanza a dilucidar los distintos elementos que dan cuenta del origen del problema, del porqué de sus formas, de su anclaje en una historicidad, del rol que cumple la violencia en nuestra sociedad o de la cualidad subjetiva de las (in)seguridades. En este escenario, “las teorías, las representaciones, la construcción de datos y las políticas públicas parecieran articularse de modo tal que por un lado aumentan la visibilidad del delito como problema social y por el otro proponen el aumento del castigo.” (Gayol y Kessler, 2002: 20) Desde una mirada sociológica es

¹ “El estudio Latinobarómetro mostró que en promedio el 30% de las familias de la región había sufrido un robo o un asalto en los doce meses anteriores a la encuesta, es decir, una de cada tres familias. Los resultados variaban entre algunos países que, como Guatemala, superaban el 50%, o que estaban muy cerca de la mitad, como México y El Salvador”. En Briceño León (2002) Pág. 19. No obstante, el conjunto de datos estadísticos acerca del incremento de la violencia urbana y la inseguridad nos dice poco acerca del modo en que los diferentes grupos sociales experimentan y definen este fenómeno en torno al cual estructuran una particular dinámica de interacciones.

necesario que nos interroguemos acerca de este complejo proceso en el que se entrelazan una serie de fenómenos.

En la ciudad de México, a mediados de la década de los noventa se hace visible un incremento de las violencias o, quizás más aún, de los *relatos del miedo*. Los años ochenta y noventa se caracterizaron por los problemas de orden económico "...y a los derivados de la propia transición política, se sumaron la escalada de robos, homicidios, asesinatos, secuestros, ajustes de cuentas entre narcotraficantes y la violencia guerrillera..." (Arteaga, 2004: 81) No obstante, más allá de las "cifras del miedo", experiencias y relatos se conjugan cotidianamente para crear una sensación generalizada de inseguridad. En este sentido, los relatos que los ciudadanos elaboran en torno a sus experiencias traumáticas así como también en relación a la posibilidad de ser víctimas de la violencia forman parte de la construcción social del tema. Entonces, la "violencia urbana" y la "(in)seguridad" son representaciones configuradas mediante un proceso en el que distintos actores deciden qué prácticas, territorios y sujetos pueden ser considerados como violentos o inseguros, a la vez que dibujan las fronteras entre legitimidad/ilegitimidad de tales prácticas. De este modo, las representaciones sociales dotan de sentido a la realidad y revelan cómo diferentes grupos nombran y viven un fenómeno que les afecta. De hecho, "la violencia no puede ser reducida a un mero efecto objetivo, en tanto que expresa la construcción de una subjetividad particular de los individuos, por lo que se hace necesario deslizar la investigación hacia la manera en cómo un número determinado de grupos sociales lee y significa la violencia." (Arteaga, 2004: 29-30)

En cada época la discursividad privilegia ciertos delitos y silencia otros mediante operaciones "...que más que testimoniar sobre lo que sucede efectivamente con la

violación de la ley, revelan aquello que a la sociedad y, sobre todo, a sus elites, les preocupa y atemoriza en un período determinado.” (Gayol y Kessler, 2002:33) Actualmente, el robo a mano armada, el homicidio en ocasión de robo y los distintos tipos de secuestros se han transformado en problemas sociales, aunque las tasas de mortalidad muestran que es mucho más probable morir o sufrir lesiones en un accidente de tránsito que en un asalto. Sin embargo, la población reclama prioritariamente soluciones al problema de la seguridad pública y sólo secundariamente al ordenamiento de tránsito local. (Cf. Isla, 2005) Vistos a esta luz, los problemas de violencia urbana e (in)seguridad deben ser pensados como ejes estructurantes en la disputa por un determinado sentido del orden social.

Estos discursos y las prácticas que desencadenan se insertan en un contexto urbano atravesado por procesos de acelerada urbanización, empobrecimiento y globalización económica. Conjuntamente, el escenario político de transición de un sistema autoritario a uno abierto y más democrático genera desajustes institucionales y, en muchas ocasiones, no se encuentran los mecanismos que regulen el conflicto. Complejiza el panorama aún más, el hecho de que las instituciones encargadas de hacer cumplir la ley se encuentran deslegitimadas debido a la participación de ciertos agentes y agencias estatales en la transgresión normativa.

Al mismo tiempo, mediante procesos de estigmatización, fortalecidos en diversos territorios y por distintos agentes, se convierte en sinónimo: jóvenes y amenaza, jóvenes y peligrosidad. Se produce un *relato terrible* sobre los jóvenes desde los medios de comunicación, desde las acciones punitivas de los gobiernos locales, desde los congresos que bregan por la reducción de la edad penal y desde el desconcierto del sistema educativo ante el desencanto de buena parte de los jóvenes. (Cf. Reguillo, 2001)

De ahí que, la identificación y el análisis de las formas que asumen la (in)seguridad y la violencia urbana en los relatos de jóvenes de la Ciudad de México, se convierta en una tarea necesaria. Relatos que pueden ser vistos, gracias a la teoría de las representaciones, como un conjunto de conceptos, declaraciones y explicaciones de carácter simbólico, que operando como un esquema interno de clasificación, justificación y evaluación, no sólo dotan de sentido a la realidad social sino que también la constituyen y reproducen. (Cf. Moscovici, 1993) Además, estas representaciones influyen en la experiencia cotidiana, organizando las rutinas y acciones de los jóvenes.

Una de nuestras hipótesis de trabajo apunta la existencia de *representaciones dominantes* de la violencia urbana y la (in)seguridad, producidas principalmente por los medios masivos de comunicación, los discursos políticos y las agencias del Estado. Sin embargo, frente o entre estos discursos del poder están las narrativas que dan sentido y justifican la vida cotidiana de las personas. La narratividad es un recurso humano que permite al hombre comprender lo real representándolo. Contar lo real es un modo de darle coherencia, es un modo de sobrevivir en un paisaje urbano que se transmuta a toda velocidad. Entonces, dada la importancia que acordamos otorgarle a los relatos y a la subjetividad que se manifiesta a través de ellos, nuestra investigación cae enteramente en el campo de lo cualitativo.

Para el logro de estos objetivos organizamos el trabajo en tres capítulos; en donde los dos primeros presentan la discusión teórica que nos guía y el tercero da cuenta de las experiencias y representaciones de los jóvenes.

En el *capítulo 1*, como preámbulo, una breve mirada al papel del *miedo en la historia*, específicamente desde Jean Delumeau (1989), nos conduce a encontrar similitudes con los miedos de la actualidad, en que domina la idea que vivimos en una *sociedad de*

riesgo. (Beck, 1998) Seguidamente, presentamos los debates en torno a *la violencia y la (in)seguridad*. Ambos conceptos nos posibilitan pensar un campo de conocimiento atravesado por preguntas acerca de las raíces, mecanismos y consecuencias de las violencias e (in)seguridades cotidianas, la violencia estructural y por preguntas sobre el modo en que los sujetos las viven y relatan cotidianamente. Este debate se presenta en distintos apartados aunque en el *capítulo 2* unimos las dos nociones mediante la teoría de las representaciones sociales, entendiendo que las representaciones son imágenes que construimos a partir de testimonios parciales, escritos y visuales, en un momento histórico determinado y que no se configuran necesariamente como totalidades y, en muchas ocasiones, no son formuladas de modo consciente y explícito. Luego, analizamos diversas reflexiones de lo urbano, en especial nos focalizamos en los estudios que piensan a la ciudad de México no sólo como un lugar para habitar sino también para ser representado. (García Canclini, 2005) Seguidamente, desarrollamos algunas discusiones que tanto desde la teoría política (Lechner, 1990 y 2002) como desde la sociología (Bauman, 1999; Castel, 2004; Maffesoli, 2006) se han realizado en torno a la seguridad, el miedo y el orden.

En el *capítulo 3* nuestra mirada se dirige hacia los relatos de los jóvenes. Aquí, entramos de lleno en el análisis de las entrevistas para lo cual dividimos el capítulo en seis apartados. El *primero* de ellos da cuenta cómo las *representaciones de la (in)seguridad* forman parte de la vida cotidiana de los jóvenes organizando las interacciones, los espacios y los trayectos, a la vez que exponemos las salidas, reservas o actitudes que toman para protegerse ante situaciones de vulnerabilidad. En el segundo apartado abordamos las *representaciones de la violencia* y el modo en que éstas inciden en las interacciones que se dan en los espacios públicos de la ciudad; además señalamos

qué tipo de vínculo existe entre inseguridad y violencia. En el tercero nos referimos a la relación existente entre el *discurso político* y *el de la inseguridad/violencia urbana*. En el cuarto exponemos el proceso de *deslegitimación que atraviesa el Estado* y sus *agencias* (policía y sistema judicial), asunto que tiene una gran incidencia en la construcción de inseguridades y violencias. El quinto apartado trata de la influencia de los medios de comunicación en el problema. Y, finalmente, el sexto aborda la relación entre juventud y violencias urbanas e inseguridades.

Posteriormente, damos algunas conclusiones derivadas del análisis anterior en las que manifestamos la importancia de las *mediaciones* como la familia y el grupo de pares en la construcción de las representaciones de lo inseguro y lo violento. De este modo, comprobamos que aquellos discursos que señalábamos como dominantes tienen una gran incidencia en el fenómeno pero no son consumidos pasivamente por los jóvenes entrevistados. Estas mediaciones pueden cumplir un rol bastante ambivalente ya que, por un lado, pueden ayudar a las personas a explorar el mundo y a desenvolverse con facilidad en él pero, por el otro lado, pueden ser transmisoras de estereotipos y prejuicios.

A continuación, indicamos la *bibliografía* que guía nuestra investigación. Finalmente, en el *Anexo* exponemos la metodología y las técnicas que utilizamos así como también el recorte en el objeto de estudio. Luego, señalamos los objetivos, indicadores y guía de preguntas que aplicamos. Consecutivamente, presentamos a los jóvenes que conforman nuestra unidad de análisis y las fotografías que utilizamos en el trabajo con los mismos.

2. Capítulo 1

2. 1. El miedo en la historia

Nuestra época, puede dirigir hacia el pasado una mirada nueva que intente descubrir en él el miedo, penetrar en los resortes ocultos de una civilización, descubrir los comportamientos vividos pero a veces inconfesados, captarla en su intimidad y sus pesadillas más allá del discurso que sobre sí misma pronunciaba. (Cf. Delumeau, 1989)

Como señalábamos párrafos arriba, trazaremos un breve recorrido por lo historia del miedo, particularmente en Occidente. Para realizar esta tarea nos valemos de la obra de Jean Delumeau¹ (1989) quien argumenta que no sólo los individuos sino también las colectividades y hasta las civilizaciones pueden estar atrapadas en un diálogo permanente con el miedo. De este modo, en el pasado podemos encontrar las raíces de la necesidad de seguridad que caracteriza a la sociedad contemporánea.

Para comenzar a rastrear estas raíces describe, a modo de símbolo, la ciudad de Ausburgo, durante el siglo XVI. Apunta que Montaigne, quien visitó la ciudad en 1580, observó los mecanismos que protegían a sus antiguos habitantes. No era fácil ingresar en sus recintos. Esta ciudad, la más poblada y rica de Alemania, tomó precauciones reveladoras de un clima de inseguridad: cuatro gruesas puertas sucesivas, un puente sobre un foso, un puente levadizo y una barrera de hierro. Todo extranjero era considerado sospechoso, sobre todo de noche y se desconfiaba del “común” cuyas emociones eran previsibles y peligrosas. Una ciudad codiciada logró, si no rechazar

¹ El historiador delimita su investigación temporalmente durante los años 1348 a 1800 y geográficamente en Occidente (particularmente Europa).

completamente el miedo fuera de sus murallas, al menos debilitarlo suficientemente para poder vivir con él.

En efecto, como señala Delumeau, la presencia del miedo es una constante en la historia, aunque se ha silenciado el papel que cumplió en la misma. Durante mucho tiempo, se ha tendido a camuflar las reacciones naturales que acompañan a la toma de conciencia de un peligro tras las apariencias de actitudes heroicas. “La palabra miedo está cargada de tanta vergüenza, que la ocultamos. Sepultamos en lo más profundo de nosotros el miedo que se nos agarra en las entrañas.” (Delumeau; 1989: 12)

De este modo, en la literatura épica y narrativa del siglo XIV y XVI se refuerzan las figuras heroicas y la temeridad. Para ejemplo, basta el nombre de algunos personajes: “Orlando, paladín inasequible al miedo”, “Juan sin miedo” y “Carlos el temerario”. Este arquetipo del caballero sin miedo es realzado constantemente por el contraste con una masa sin valor. Novela y teatro subrayan la incompatibilidad entre los dos universos, sociales y morales: el de la valentía (individual) de los nobles y el del miedo (colectivo) de los pobres.

Estas reminiscencias literarias despuntan las razones ideológicas del largo silencio sobre el miedo en la historia de los hombres. Desde la antigüedad hasta fecha reciente, aunque con una acentuación en la época del renacimiento, el discurso literario ha exaltado la valentía (individual) de los héroes que dirigían la sociedad.

Contrariamente a nuestros antepasados, en la actualidad: ¿no somos más frágiles ante los peligros y más permeables al miedo? En nuestra época pareciera que el miedo al enemigo se ha convertido en la norma. En cualquier caso, haya o no una mayor sensibilidad ante el miedo en nuestro tiempo, “...éste es un componente mayor de la experiencia humana a pesar de los esfuerzos intentados para superarlo. La necesidad de

seguridad es por tanto, fundamental; está en la base de la afectividad y de la moral humana. La inseguridad es símbolo de la muerte y la seguridad de la vida.” (Delumeau, 1989: 20-21)

El miedo humano no es fijo sino perfectamente cambiante. Es así que, cada época tiene identificados sus miedos (a la noche, al mar, a las brujas, a la peste, a la delincuencia, etc.) y vive, en cierta medida, traumatizada por ellos. No obstante, el miedo es un sentimiento ambiguo, es una muralla, una garantía contra los peligros, un reflejo que permite al organismo escapar provisionalmente de la muerte. Aunque, si excede una dosis soportable, se vuelve patológico y crea bloqueos. Se puede morir de miedo o, al menos, ser paralizado por él. “Así, los antiguos veían en el miedo un poder más fuerte que los hombres que, no obstante, podía conciliarse mediante ofrendas apropiadas, desviándose entonces sobre el enemigo su acción aterrorizadora. Y habían comprendido, y en cierta medida confesado, el papel esencial que juega en los destinos individuales y colectivos.” (Delumeau, 1989: 25)

En un sentido colectivo, el miedo abarca una gama de emociones que van desde el temor y la sospecha hasta los terrores más vivos. Podemos definirlo, en este caso, como el hábito que tiene un grupo humano de temer a tal o cual amenaza (real o imaginaria). Entonces, para este pensador, se puede plantear legítimamente la cuestión de saber si ciertas civilizaciones han sido o son más temerosas que otras o si las civilizaciones pueden morir de miedo como las personas aisladas. Sin embargo, no es una tarea fácil y más todavía cuando se trata de pasar del plano individual al colectivo.

En el plano individual, el hombre debe transformar y fragmentar la angustia, infinita e indefinible, en miedos precisos de alguna cosa o de alguien. Los hombres fabrican permanentemente el miedo para evitar una angustia que desembocaría en la abolición

del yo. Este mismo proceso se encuentra en etapas concretas de una civilización. “En una secuencia larga de traumatismo colectivo, Occidente ha vencido la angustia ‘nombrando’, es decir, identificando, incluso ‘fabricando’ miedos particulares.” (Delumeau, 1989:33)

Ahora bien, para profundizar el papel del miedo en la historia es necesario distinguirlo en dos amplias categorías. La primera de ellas ilustra los miedos espontáneos que eran sentidos por amplias capas de la población; y la segunda, los miedos construidos por los “directores de conciencia de la colectividad”, que en el caso de la Edad Media eran los hombres de la Iglesia. Éstos últimos, hicieron un inventario de los males que Satán es capaz de provocar, y la lista de sus agentes: los turcos, los judíos, los herejes, las mujeres (especialmente las brujas). “La acumulación de agresiones que golpearon a las poblaciones de Occidente desde 1384 hasta principios del siglo XVII creó un estremecimiento psíquico profundo. Se constituye un país del miedo, en cuyo interior una civilización se sintió a disgusto y lo pobló de fantasmas morbosos.” (Delumeau, 1989:42) Ante esta amenaza global de muerte, los hombres de la Iglesia fragmentan los miedos, los nombran y los explican. “Esta enunciación designaba peligros y adversarios contra los cuales el combate, si no fácil, era al menos posible, con la ayuda de la gracia de Dios. El discurso eclesiástico reducido a lo esencial fue, en efecto, el siguiente: los lobos, el mar, las estrellas, las pestes, las carestías y las guerras son menos temibles que el demonio y el pecado”. (Delumeau, 1989:42) No solamente la Iglesia sino también el Estado (estrechamente vinculado a ella) reaccionan con vigor contra aquello que a la élite le pareció una amenaza: una civilización rural y pagana, calificada de satánica.

En el siglo XVIII durante la Ilustración se acentúa el predominio de la razón humana y la creencia en el progreso. El conocimiento científico junto a la razón instrumental

ocupan el lugar que anteriormente tenía la religión, desplazando también a aquellos “directores de conciencia” (los hombres de la Iglesia). El hombre se erige en amo de su destino y de la naturaleza, a la vez que encuentra nuevos miedos así como también nuevas formas de exorcizarlos. No obstante, se introducen nuevos parámetros de riesgos desconocidos en épocas anteriores.

En la actualidad, según Ulrich Beck (1998) vivimos en una “sociedad de riesgo global”, donde los riesgos no sólo son ambientales y sanitarios, sino que afectan a la vida cotidiana: cambiantes pautas laborales, aumento de la inseguridad en el trabajo, disminución de la influencia de la tradición y de la costumbre en la definición de la propia identidad, y erosión de los patrones familiares tradicionales. En este escenario, las decisiones de todo tipo suponen riesgos para los individuos. La vieja sociedad industrial desaparece para ser sustituida por una sociedad de riesgo, donde éste proviene no tanto de los peligros naturales sino de las incertidumbres creadas por el desarrollo social, la ciencia y la tecnología. En palabras de Beck: “los riesgos y peligros de hoy se diferencian de los de la Edad Media (que a menudo se les parecen exteriormente) por la *globalidad* de la amenaza (seres humanos, animales, plantas) y por sus causas *modernas*. Son riesgos de la *modernización*. Son un *producto global* de la maquinaria del progreso industrial y son agudizados *sistemáticamente* con su desarrollo ulterior.” (Beck, 1998:28) Asimismo, los riesgos que se reconocen socialmente, tienen un contenido político: “lo que hasta el momento se había considerado apolítico se vuelve político: la supresión de las causas en el proceso de industrialización mismo.” (Beck, 1998:29) Y, en la arena de lo público se da la disputa sobre la definición de los riesgos, de este modo, están abiertos a procesos sociales de definición.

No obstante, no existe una política preventiva de dominación del riesgo y tampoco está claro que tipo de política y de instituciones podrían hacerlo. Se está transitando de una *comunidad de la miseria* (propia de una sociedad de clases) a una *comunidad del miedo* (propia de una sociedad del riesgo). Las sociedades de clases tenían como utopía la *igualdad*, conteniendo para su logro una multitud de fines positivos, mientras que la sociedad de riesgo se basa en la *seguridad* y para lograrla se vuelve negativa y defensiva, tratando de evitar lo peor. “El tipo de la sociedad del riesgo marca una época social en la que la solidaridad surge por miedo y se convierte en una fuerza política.” (Beck, 1998:56)

Sin embargo, Reguillo (2000) señala que esta idea de Beck daría cabida a aceptar que el miedo es hoy plataforma de los movimientos sociales. Sin profundizar en este debate, lo importante es que no todos los miedos devienen en movimientos sociales, pero sí todos devienen en acción, aunque no siempre colectiva.

Esta mirada histórica, para nada exhaustiva, nos conduce a pensar el modo en que la sociedad construye las nociones de riesgo, amenaza, peligro; y a la vez genera modos de respuesta estandarizada, reactualizando ambos, según los diferentes periodos históricos. (Cf. Reguillo, 2000)

2.2. ¿Qué es la violencia?

La hipótesis de amistad de todos con todos entra en contradicción con el deseo profundo, esencial de todas las comunidades de mantener y desplegar su ser de totalidad-una, es decir, su diferencia irreductible con respecto a los demás grupos. (...) Inmanente a la sociedad primitiva, hay una lógica centrífuga de resquebrajamiento, dispersión, escisión tal que cada comunidad necesita, para

pensarse en ese carácter —como totalidad-una—, de la figura opuesta del extranjero o del enemigo, tal que la posibilidad de la violencia se inscribe por anticipado en el ser social primitivo. (Clastres, 2004: 54-55)

Muchos autores coinciden en la dificultad en delimitar la noción de violencia, así como también en establecer una definición que abarque distintos tiempos y lugares. Por este motivo, destaco con Norbert Elias la necesidad de preguntarnos por la génesis de toda construcción histórica “... ¿cómo pueden pretender ser simples y satisfactorias interpretaciones que, mediante una especie de abstracción artificial, extraen a todas estas manifestaciones de su decurso natural e histórico, que les arrebatan su carácter de movimiento y de proceso y que tratan de comprenderlas como construcciones estáticas, independientes del camino en el que se han originado y en el que se transforman?” (1989: 50)

Precisamente, para este pensador la violencia es una construcción histórica y, por ello, se propone hacer visible los caminos que ha transitado la misma hasta lograr paulatinamente su “domesticación”, es decir la “centralización y monopolio del ejercicio físico de la violencia” por parte del Estado. Entonces, siguiendo esta línea de pensamiento señala: “El hecho de que se haya impreso tan profundamente el tabú de los actos violentos en quienes han crecido en las sociedades más desarrolladas es algo relacionado, en buena medida, con la efectividad creciente del monopolio estatal de la violencia.” (Elias, 1999: 211)

Asimismo, sostiene: “No es la agresividad lo que desencadena los conflictos, sino los conflictos los que desencadenan la agresividad. Nuestros hábitos de pensamiento crean la expectativa de que todo lo que buscamos explicar respecto a los hombres puede aclararse a partir de la consideración de individuos aislados.” (Elias, 1999: 208) Sin

embargo, los conflictos son un aspecto de las estructuras sociales, forman parte de la convivencia de los seres humanos. De hecho se trata de "...despertar nuevamente nuestra sensibilidad para percibir lo sorprendente e insólito que resulta el grado relativamente alto de no violencia en nuestras uniones sociales" (Elias, 1999: 209). De ahí que: "... **ninguna pacificación es posible mientras el nivel de bienestar sea diferenciado y las cuotas de poder muy diversas**. A la inversa, ningún bienestar es posible sin una pacificación estable."² (Elias, 1999: 208)

Así, el término violencia comienza a configurarse como polifónico y difícil de precisar en la medida en que su significado está estrechamente relacionado con distintos procesos sociales y, por tanto, se inserta en el escenario de debates intelectuales y políticos. En efecto, existen divergencias y acuerdos entre los científicos sociales que comparten este mismo objeto de estudio. Con estas consideraciones en mente, revisaremos algunas definiciones de "violencia" que nos permitirán acercarnos a este debate así como también delimitar nuestro objeto de investigación.

Alba Zaluar sostiene que la violencia es un término polifónico desde su propia etimología:

Violencia viene del latín *violentia*, que remite a *vis* (*fuerza, vigor, empleo de fuerza física o recursos del cuerpo en ejercer una fuerza vital*) Esa fuerza se convierte en violencia cuando traspasa un límite y perturba los acuerdos tácitos y reglas que ordenan las relaciones adquiriendo carga negativa o maléfica. Y, por lo tanto, la percepción del límite y la perturbación (y del sufrimiento que provoca) que caracteriza un acto como violento, es una percepción que varía cultural e históricamente. (...) **Además de polifónica en el significado, es también múltiple**

² Sin negritas en el original.

en sus manifestaciones. Del mismo modo, el mal a ella asociado, que delimita que ha de ser combatido, tampoco tiene una definición unívoca y clara. No es posible, por lo tanto, de antemano, definir substantivamente la violencia como positiva y buena, como destructiva y mala. De esa definición relativizada (pero no relativista) de violencia y de mal sólo escapan los sustantivistas reticentes. La cuestión sería saber si existirían valores no contextualizados, derechos fundamentales, valores universales que nos obligaran a pensar la violencia por el lado de los límites que estos valores y derechos impondrían a la libertad individual o colectiva.³ (1999: 28)

Desde una perspectiva similar, Isla y Míguez definen a la violencia como:

...formas de transgresión a usos, normas y leyes de una sociedad. De esta manera, la violencia, en su expresión física o simbólica es parte constitutiva de las relaciones sociales. Es episódica en sus manifestaciones extremas (el daño físico), pero en sus manifestaciones no extremas es cotidiana e inmanente a las relaciones sociales, pues hace parte de la tensión permanente entre el cumplimiento del orden establecido y su transgresión. (2003: 24)

Al mismo tiempo, estos autores señalan que: "...el uso de la palabra violencia para una acción está sujeta de manera inmanente a la concepción ética de los sujetos que la realizan, reciben o simplemente asisten a dicha acción." (2003: 4)

Recuperando y adoptando entonces las visiones de los autores arriba mencionados, es apropiado hablar de *violencias*. Esta noción intenta incluir no sólo la visión que tiene el actor de sus propios actos sino también la que tiene de las acciones de los demás, ya que

³ Sin negritas en el original.

existen un conjunto de prácticas que son ilegales y violentas desde la perspectiva del sistema jurídico pero no desde la perspectiva de los actores. Asimismo, nos permite considerar el carácter cultural de la violencia, esto es: no sólo se recogen hechos sino también representaciones. Igualmente, admite incluir el concepto de *reflexividad* que sitúa el significado de la violencia en un campo discursivo dentro del cual interviene también la definición del investigador. (Cf. Isla y Míguez, 2003)

2.2.1. Estado y violencia

Nos preguntamos qué tipo de Estado tiene en México “el monopolio estatal de la violencia”. Y, para responder a este interrogante, realizamos una breve caracterización de la relación que el Estado establece con la sociedad para el control de la violencia, la crisis del Estado de Bienestar y el lugar que ocupa la violencia en este escenario.

Según Vilas⁴ (2001) en América Latina en contados casos el Estado alcanzó a detentar el monopolio efectivo y absoluto de la coacción física. En la mayoría de los países de la región este monopolio siempre ha sido más formal que real ya que aún persisten modalidades variadas de complementación y cooperación de violencia privada y estatal. En el México contemporáneo el monopolio de la violencia se caracteriza por su carácter imperfecto tanto en la dimensión de *efectividad* como de *legitimidad*.

Ahora bien, cualquier caracterización del Estado incluye como uno de sus rasgos el “monopolio de la violencia” en sus dos dimensiones: *efectividad* y *legalidad*. La

⁴El autor realiza una caracterización del Estado en el marco de la problemática de los linchamientos en el México contemporáneo. Sostiene que este ejercicio de la violencia es revelador de la naturaleza de las relaciones Estado/sociedad y de la compleja articulación entre tradición y modernidad. Distingue entre los linchamientos comunitarios que explicitan el fenómeno de retención de violencia punitiva por parte del grupo y los más espontáneos, típicos de las grandes ciudades, que se caracterizan por la reapropiación de la violencia por los actores sociales. “En las ciudades el linchamiento da testimonio del hartazgo de la gente con las condiciones de inseguridad, violencia, impunidad, venalidad y corrupción policial y gubernativa típicas de muchas urbes latinoamericanas.” (Vilas, 2001:160)

primera de ellas se alcanza cuando el Estado pone fin a la dispersión del poder armado en mano de particulares y la legitimidad se obtiene cuando dicho monopolio, tanto en su existencia como en las distintas formas de ejercerlo, logra el consentimiento de la población. Por lo tanto, se considera legítima la dominación cuando es acatada por convicción de justicia.

El poder estatal, para lograr la legitimidad, se apoya en el desempeño efectivo de las instituciones públicas. Y, la intensidad de la aprobación que la población proporciona a la autoridad están relacionadas a la medida en que juzga que lo que entrega (en impuestos, observancia a las normas, etc.) guarda una relación de proporcionalidad con lo que recibe (servicios institucionales, seguridad, empleo, etc.). “El acatamiento al poder estatal y al sistema legal goza así de legitimidad y el orden estatal es percibido como *justo*.” (Vilas, 2001: 133) Entonces, los sujetos se involucran en la matriz de relaciones y en el marco institucional del Estado en la medida en que se cumpla esa reciprocidad.

De acuerdo con Vilas, la legitimidad del orden político estatal y de sus normas depende de los juicios que la población lleva a cabo respecto al modo efectivo en que las agencias públicas penetran las sociedades locales o en los ámbitos de la vida cotidiana. La gente construye sus juicios de legitimidad en el nivel microsocioal y, en tal sentido, el funcionamiento de la escuela, el hospital o el destacamento policial del barrio son más importantes que la política educativa, de salud o de seguridad del Estado.

En otras palabras: “La homologación entre legitimidad y legalidad y la precedencia de ésta respecto de aquélla son características del capitalismo occidental: derivan de la abstracción de las relaciones mercantiles y sociales, y de la prevalencia de la forma de las relaciones respecto de su contenido.” (Vilas, 2001: 134) De tal modo que, con el

desarrollo del Estado-nación se impone progresivamente un tipo de dominación y una forma particular de legitimidad que entran en conflicto con otros tipos de dominación y otras formas de legitimidad. Es así como en un mismo tiempo y espacio conviven y se articulan prácticas de clientelismo y patronazgo con modalidades patrimonialistas y carismáticas de ejercicio de poder. De ello resulta una tensión entre las instituciones formales y las prácticas sociales, como se advierte en la coexistencia usualmente conflictiva de múltiples criterios de autoridad, justicia y racionalidad.

En sociedades de profunda fragmentación social —sociedades en las que la diversidad cultural se agrega a situaciones de marcada desigualdad socioeconómica y regional— la armonización de los conflictos de intereses es más difícil. El Estado no logra funcionar como “organizador de la heterogeneidad social” y es visto por amplios grupos como la expresión institucional del desorden. En estas sociedades coexisten dos órdenes normativos: el derecho positivo del Estado y el derecho comunitario. Ambos sistemas entran en tensión y emerge a la superficie la convivencia de criterios divergentes de justicia así como de metodologías diferentes para el manejo del conflicto. En estos escenarios, “la democracia y las garantías constitucionales tienden a circunscribirse de las clases medias hacia arriba, a los barrios de clase alta de las ciudades, a las poblaciones blancas y mestizas o ladinas, a los varones mucho más que a las mujeres. En estas circunstancias, la legalidad positiva del Estado es vivida por los discriminados(as) como ilegitimidad, injusticia, autoritarismo o arbitrariedad...” (Vilas, 2001: 138)

De hecho, el autoritarismo y la brutalidad del Estado hacia las clases populares proyectan “un efecto de *pedagogía perversa* sobre éstas”. De ahí que cuando las

instituciones del Estado no llegan, o llegan tarde o mal, la delegación del poder coactivo pierde sentido y reaparece el ejercicio de la violencia por parte de los actores. Entonces:

...cuando el monopolio estatal de la violencia es imperfecto, o no es percibido como legítimo, la sobrevivencia física y el prestigio social pueden depender de la capacidad de los individuos para desplegar una amenaza verosímil de violencia. (...) La tolerancia del Estado frente a despliegues de violencia privada, la extralimitación de las agencias estatales de prevención y coacción, la inseguridad del mundo de la pobreza, refuerzan la cultura tradicional de tenencia y uso de armas y de resolución violenta de conflictos. (Vilas, 2001: 139)

De este modo, la violencia opera como una forma normal de mediación de las relaciones sociales cotidianas.

Además, podemos enmarcar estos vacíos y dificultades en una crisis mayor: la del Estado de Bienestar. Los factores que contribuyeron a su agotamiento son múltiples y complejos pero es interesante pensar cómo incidió esta crisis en las identidades y lazos sociales. En este sentido, revisar cuáles fueron los supuestos del Estado Benefactor nos ayudará a comprender sus consecuencias actuales.

El Estado de Bienestar suponía un reconocimiento formal de los derechos políticos de la sociedad, un compromiso oficial con las políticas de crecimiento económico y seguridad social; de este modo "...buscaba convertirse en el tutor de la existencia, injertándose en la vida social y haciendo posible con ello alcanzar el objetivo final de un modo de vida sin clases fraternal y cooperativo." (Keane, 1992a: 31) Para el logro de estos objetivos el Estado generó en la ciudadanía expectativas de incremento en el nivel de vida y en el poder adquisitivo e incentivó la acumulación capitalista operada por

particulares, aunque alentada y dirigida mediante la acción burocrática. De esta forma, mediante una estrategia redistributiva y de pacificación buscaba la igualdad de los más desprotegidos a la vez que defendía el sistema democrático como modo de instituir una sociedad más justa y humanitaria. Sin embargo, este modelo que procuraba igualdad de oportunidades desembocó en estructuras altamente burocratizadas que no respetaron los límites de la sociedad civil “...el Estado tendió a asumir una omnisciencia sobre las definiciones de las necesidades y deseos sociales de los ciudadanos” (Keane, 1992b: 20), teniendo como resultado un consumo pasivo de la provisión estatal y una pérdida de confianza de la ciudadanía en su capacidad de acción y organización.

Este modelo entró en conflicto ya que no logró cumplir las expectativas que había creado en la sociedad debido a su excesiva burocratización y a la crisis del sistema capitalista internacional, entre otros factores. Esta crisis suscitó una ruptura entre Estado y sociedad civil que favoreció el resurgimiento del conservadurismo. El proyecto neoconservador elaboró valores y virtudes distorsionadas de la sociedad civil como: la flexibilidad, el trabajo duro y la desconfianza en la burocracia estatal; a la vez que arguyó que la regulación del Estado debilitaba la iniciativa individual. Aunque, en realidad, su estrategia política estuvo dirigida por una aversión declarada al control generalizado del Estado sobre la sociedad civil basada también en la convicción contradictoria de que el poder y la autoridad del Estado deben aumentarse. (Cf. Keane, 1992b)

Si bien los proyectos de Estado Benefactor y como corolario su historia, instituciones, leyes y modos de acción difieren en Latinoamérica —logrando una mayor o menor integración de la sociedad civil—; existe una dimensión compartida a la hora de

reflexionar acerca de su crisis actual. En este sentido, argumenta Ana María Sanjuán, refiriéndose al caso venezolano, que al reducirse la actuación del Estado:

...y al no funcionar los tradicionales mecanismos de inclusión de los segmentos sociales menos favorecidos, se afectó la garantía del acceso universal a los servicios públicos esenciales y al orden jurídico, imposibilitándose el ejercicio de la ciudadanía a los componentes más vulnerables de la población. La crisis de legitimidad que confronta el estado venezolano ha erosionado también su facultad de mantener el monopolio legal de la violencia y el uso de sus instrumentos de coerción, ocasionando un incremento exponencial de la criminalidad y violencia urbanas en las principales ciudades del país. (2000: 84)

Esta lectura de la realidad venezolana podría extenderse por antonomasia a los demás países de Latinoamérica, en donde el desempleo, el empobrecimiento y la marginación son problemas que deben vincularse, con la incapacidad del Estado para cumplir las demandas de prestación de servicios de salud, educación y trabajo. El Estado se retira de sus funciones de protección y seguridad social aunque conserva intactas sus funciones represivas: “En las crisis sociales y políticas que el propio retiro social del Estado provoca puede verificarse que en muchos países el papel represivo continua siendo muy poderoso.” (Grimson, 2004: 184)

En México, en los años ochenta “el neoliberalismo establecía que los sacrificios de reordenar la economía para la competitividad global traerían como recompensa una democratización de los sistemas y de las prácticas políticas” (Zermeño, 2005: 239) y, una vez pasado el shock aperturista, los beneficios alcanzarían a los sectores más golpeados. En la década de los noventa los indicadores comenzaron a registrar

incrementos en la pobreza de amplios sectores poblacionales y se dispararon los índices de violencia y delincuencia. Dentro de este modelo: los sectores integrados habitarían los apartamentos consolidados de la institucionalidad: los partidos, las universidades; mientras que “el ancho mar de los excluidos seguiría reproduciéndose en el escenario fragmentado y anómico de la precariedad, habida cuenta de sus dificultades para poner en marcha movilizaciones consistentes y darse formas organizativas y de empoderamiento.” (Zermeño, 2005: 239)

En este contexto, en el que grandes sectores de la población sufren la ruptura de sus identidades tradicionales y ven afectadas sus formas de sociabilidad la violencia podría ser la expresión de la incapacidad de restablecer alianzas y acuerdos.

2.2.2. Prácticas y representaciones de la violencia

De acuerdo con Schröder y Schmidt (2001) la violencia puede y deber ser vista desde una variedad de ángulos, desde una multiplicidad de aproximaciones teóricas. Remarcan que, dentro las investigaciones actuales sobre violencia en el campo de las ciencias sociales, se pueden distinguir tres principales aproximaciones teóricas: a) una *aproximación operacional*, focalizada en la ética del antagonismo, en particular en las causas medibles materiales y políticas del conflicto. El objetivo de este enfoque es explicar las acciones violentas comparando las condiciones estructurales así como también las causas y las condiciones históricas específicas; b) una *aproximación cognitiva*, que explica la violencia como una construcción cultural y de valores en una sociedad dada, poniendo también especial atención al contexto sociocultural e histórico específico. Este enfoque es el más utilizado para estudiar la violencia; y c) una *aproximación experimental*, que entiende a la violencia como algo relacionado con la

subjetividad individual, como algo que estructura la vida cotidiana de la gente, aún en la ausencia de un estado de guerra. Aquí, la violencia está relacionada con las experiencias individuales y su significado descansa principalmente en la percepción individual de una situación violenta. Estas tres aproximaciones son tipos ideales y prácticamente no existen estudios que no contengan elementos de algunas de ellas.

El principal interés de Schröder y Schmidt (2001) es resaltar la cualidad socialmente construida de la violencia, así como discutir la dicotomía entre *práctica e imaginario de la violencia*⁵, la cual es crucial para entenderla como un *hecho social total*. De este modo, enfatizan la dialéctica imaginario-práctica para lograr una aproximación fructífera y multifacética del fenómeno.

En relación a las *prácticas violentas*, destacan tres importantes características: a) la violencia nunca es completamente idiosincrásica. Siempre expresa alguna clase de relación con otra parte y los actos violentos no dan en el blanco al azar (si bien la víctima individual probablemente sea elegida como representativa de una amplia categoría); b) la violencia nunca es completamente significativa o sin sentido para el actor. Puede parecer sin sentido, pero nunca lo es para la víctima o el observador. En tanto acción social no puede ser completamente dissociada de la racionalidad instrumental; y c) la violencia nunca es un acto totalmente aislado. Está, aunque sea remotamente, relacionada con relaciones competitivas y es, por lo tanto, producto de procesos históricos que quizás se extienden mucho tiempo atrás.

No obstante estas características, la violencia no es una simple conducta instrumental. Como práctica situada históricamente está conformada por coerciones e incentivos así

⁵ En nuestro caso hablaremos de representaciones de la violencia, como se verá más adelante.

como por estructuras históricas y representaciones culturales de esta serie de condiciones. ¿Pero qué es efectivamente la violencia? Según estos autores es:

...la afirmación de poder o, parafraseando la interesante discusión del tema de David Richies, un acto de daño físico considerado legítimo por el perpetrador y por (algunos) testigos. Dado que el acto violento es relativamente fácil de ejecutar y, al mismo tiempo altamente visible y concreto, es una forma muy eficiente de transformar el ambiente social y poner en escena un mensaje ideológico ante una audiencia pública. La gran ventaja de la definición de Richies es su cualidad abstracta, que permite utilizarla para comparar diversas culturas y permite captar la ambivalencia de la violencia como acción instrumental y expresiva.” (Schröder y Schmidt, 2001; 3-4)

Una característica adicional de la violencia, como se puede apreciar en la definición arriba mencionada, es su cualidad *performativa*. La violencia sin audiencia, aunque mueran muchas personas, es socialmente insignificante. Los actos violentos son eficientes probablemente mucho más porque ponen en escena el poder y la legitimidad, que por los resultados físicos. La violencia como *acto performativo* extiende su eficacia en el tiempo y el espacio, dejando claro su mensaje a la gran mayoría de las personas, aunque no estén físicamente afectadas por ésta. También, su cualidad performativa hace de la violencia una experiencia de cada día sin que en realidad se experimente el daño físico cotidianamente.

La relación entre *imaginarios*, representados a través de la narrativa, performances o inscripciones, y *prácticas* es complicada, más allá del hecho de que los imaginarios están posicionados en el espacio social. Las perspectivas sobre los eventos violentos

nunca son “neutrales” u “objetivas”. El triángulo de la violencia incluye perpetradores, víctimas y observadores, cada uno de los cuales interpreta los hechos de acuerdo a su propia estructura e intereses. De este modo, una interpretación holística de cualquier tipo de violencia debe basarse en las tres perspectivas, por lo menos teóricamente. Asimismo, los roles de perpetrador, víctima y observador no son estáticos todo el tiempo. Una escalada de conflictos o nuevas confrontaciones son construidas bajo viejos antagonismos, en donde las víctimas se pueden convertir en perpetradores o viceversa y los observadores pueden convertirse en participantes activos.

En relación al daño físico de la violencia en las relaciones interpersonales y su nivel de legitimidad en lo cotidiano, señalan los autores que: “...el acto de daño físico refleja un concepto de legitimidad, la expresión de una ideología del mundo social y de sus límites, y los diferentes modos de comportamiento a través de diferentes constituciones de ese mundo, sancionados por la historicidad. (Reificados como cultura o tradición)” (Schröder y Schmidt, 2001; 14)

En efecto, la competencia resulta de condiciones materiales objetivas, pero la violencia no le sigue automáticamente y no es la única opción disponible bajo ciertas circunstancias. Los conflictos son percibidos como tales por los actores guiados por los criterios de evaluación y racionalidad prescritos culturalmente. Estos imaginarios establecen la utilización o no de la violencia, así como los códigos morales de comportamientos apropiados bajo circunstancias específicas.

En conclusión, para Schröder y Schmidt las investigaciones deben destacar el carácter procesal de las prácticas violentas, uniendo los conflictos y sus imaginarios culturales.

En sus palabras:

La violencia y sus formas variadas de realización social representan un fenómeno altamente complejo que no puede ser reducido ni a una mera reacción mecánica, ni a un impulso humano natural, ni a una flexibilidad discursiva azarosa, ni a la subjetividad individual. La violencia debe ser entendida como una forma de práctica que media entre los límites históricos de la acción en respuesta a específicas condiciones estructurales y de creatividad humana...”. (Schröder y Schmidt, 2001: 18)

Así las cosas, este enfoque deberá tener en claro que: a) los actos de violencia no son repentinos arranques de agresividad carentes de historicidad, sentido y reflexividad; b) los imaginarios de la violencia no son construcciones efímeras de subjetividades fragmentadas, no son el inevitable producto de conceptos reificados como “modelos culturales” o “tradiciones”; y c) la violencia es realizada e imaginada por seres humanos reflexivos, posicionados socialmente bajo específicas condiciones históricas por razones concretas.

En suma, estos pensadores (Schröder y Schmidt, 2001; Isla y Míguez, 2003; Zaluar, 1999) adhieren a una postura que implica la “...imposibilidad de definir ‘objetivamente’ y en términos esencialistas un concepto de violencia universalmente válido (...) Como lo ha sostenido siempre la sociología de la transgresión (o de la ‘desviación’), la definición concreta de la violencia, en cuanto a acción legítima, depende del *ethos* cultural y de las normas legales y consuetudinarias vigentes en una determinada cultura o subcultura.” (Héau Lambert y Jiménez, 2004; 631) Sin embargo, el concepto de desviación ha cambiado o se ha complejizado debido a que las representaciones del “otro peligroso”, del “otro amenazante” ya no tienen necesariamente ninguna relación con el quebrantamiento de la ley. Es así que, por ejemplo, un grupo de jóvenes tomando

en una esquina puede generar temor. Situaciones como las mencionadas llevan a pensar que la desviación se va desacoplando de la posibilidad de ruptura efectiva de la ley. (Cf. Gayol y Kessler, 2002)

Estas breves aproximaciones a la noción de violencia nos posibilitan arribar a lo que se dibuja como nuestro objeto de investigación, a saber: el sentido que los sujetos le dan a la violencia y a la noción de (in)seguridad. Otorgar sentido es una acción que se realiza por medio de operaciones como: organizar, estructurar y explicar eventos discursivamente. “La creación de estos discursos hace posible que la violencia pase de un mero fenómeno a un hecho social significativo con efectos en la conformación de un sentimiento social...” (Arteaga, 2004; 33)

2.3. El discurso de la seguridad

Desde hace algunos años la seguridad pública se ha convertido en un tema central de preocupación y debate no sólo en México sino en toda América Latina. Se ha generado una “conciencia colectiva” de inseguridad creando una construcción social de que la vida cotidiana está llena de riesgos⁶. Pareciera que la violencia y la inseguridad se han apoderado de las grandes y pequeñas urbes. “Los emplazamientos territoriales ya no se dividen solamente en barriales o municipales, populares o elegantes, modernos o tradicionales. La taxonomía actual los ordena en seguros o inseguros. (...) Las calles circulan de otra forma, se meten adentro, son otros sus registros y otras son sus

⁶ “En el estudio ACTIVA (1998) se encontró que el 24% de los encuestados en Río de Janeiro, el 26% en Santiago de Chile y el 46% de Cali, había restringido sus salidas durante la noche por temor a ser víctimas de la violencia. En Caracas, cerca del 33% de las personas habían restringido sus horarios nocturnos de estudio o trabajo por las mismas razones.” Además, según cálculos del Banco Interamericano de Desarrollo los daños y transferencias de recursos que se dan en la región como resultado de la violencia representan, el 14,2% del Producto Interno Bruto. La violencia tiene también un impacto económico mediante los costos reales de gastos y pérdidas que las medidas preventivas, de resguardo y seguridad obligan a tomar ante el miedo y la creciente incertidumbre. (Briceño León, 2002;19)

custodias” (Kaminsky, 2005). Por ejemplo, en la Argentina la discusión pública sobre la inseguridad recurrentemente menciona a la villa y los villeros como una amenaza, como espacios del crimen a los que hay que temer y evitar. La villa aparece como el origen desconocido e impenetrable de la actividad criminal. En un proceso que pareciera similar, en la ciudad de México se enfocan los operativos policiales en colonias consideradas generadoras de delincuencia y marcadas por la marginalidad: Ermita Zaragoza, La Merced, Anáhuac, Pensil, Buenos Aires, Doctores y Tepito entre otras. “...el mapa de la ciudad de México dibuja un corredor que va de norte a sur, que concentra en el centro un importante número de colonias consideradas como ‘peligrosas’ y en las que se establece el mayor número de operativos policiales. (...) Las áreas pobres —oriente y norte de la ciudad— junto con las áreas de clase media baja —centro sur— coinciden con los lugares donde se aplican los cordones de seguridad.” (Arteaga, 2004: 119)

No obstante, la centralidad de esta preocupación por la seguridad no debe aparecer como natural. El protagonismo de la misma es la consecuencia de un proceso en el que distintos fenómenos relacionados con la violencia se incrementaron, apareciendo hoy como un problema que debe resolverse. Los discursos acerca de la (in)seguridad dan cuenta de un proceso de lucha en el que los actores ponen en juego diferentes sentidos del orden social. Así, esta preocupación adquiere diversa significación según la tradición teórica. Por ello, es pertinente indagar el contenido que se le ha otorgado a dicha noción en debates políticos e intelectuales.

A comienzos de la década de los ochenta los investigadores brasileiros se preguntaban: ¿Es la criminalidad un artificio montado por los medios de comunicación para distraer la atención de los problemas reales?, ¿La violencia social no sería tan grave como su

manipulación política? Por un lado, unos estudios presentaban las tasas de criminalidad en alta remarcando así una realidad de inseguridad y, por otro lado, otros acentuaban el sensacionalismo y la manipulación política como los causantes reales de la inseguridad. Asimismo, distintos estudios sostenían que la preocupación por la escalada criminal así como el miedo eran igualmente legítimos, sucedían juntos y funcionaban como un círculo vicioso en donde uno alimentaba al otro. A mediados de la década del ochenta se presenta una situación paradójica: cuanto más se ampliaba la percepción pública de la criminalidad como problema central de las grandes ciudades y la demanda por políticas de seguridad, menos se conocía el fenómeno, y cada vez más, las lagunas cognitivas tendían a ser ocupadas por mitos, creencias y emociones. (Cf. Zaluar, 1999) Estos interrogantes y el campo de estudio que señalaron, hace más de veinte años, aún siguen vigentes.

2.3.1. ¿Seguridad pública o seguridad ciudadana?

El tema de la *seguridad ciudadana* se introdujo en los últimos años en América Latina como un concepto democrático orientador de las políticas y acciones que toman los gobiernos en materia de *seguridad pública*, con el objetivo de crear condiciones para una convivencia pacífica. Según el Centro de Estudio Legales y Sociales (CELS, 2004:3): “para diseñar políticas que operen contra el delito y que no produzcan mayor exclusión, es necesario contemplar acciones que extiendan la ciudadanía, como una poderosa herramienta integradora. Ciudadanía que debe ser entendida en el sentido amplio de ciudadanía social la cual, a diferencia de la ciudadanía política o civil, hace referencia también a los derechos colectivos.” Desde esta perspectiva la seguridad ciudadana involucra asuntos como: la relación entre ciudadanos, entre éstos y las

instituciones y entre las instituciones entre sí. En donde el reclamo por mayor seguridad significa resolverlo en un contexto de respeto por los derechos y no limitarlo a una demanda que busca solamente reducir el riesgo de que ciertos delitos ocurran.

Desde una mirada similar de la *seguridad ciudadana*, Lungo y Martel desarrollan la relación entre ciudadanía social y diversas manifestaciones de la violencia urbana en las principales ciudades centroamericanas en las últimas décadas. Consideran que la ciudadanía social se diferencia de la ciudadanía civil y la política en que los derechos y deberes asociados a la primera son menos individuales y más colectivos, y constituye un medio necesario y poderoso para luchar por la integración y contra la exclusión social. “Este planteamiento permite vincular una problemática crucial de las ciudades centroamericanas en los años actuales, con el proceso de construcción de ciudadanía social y una cultura urbana de la tolerancia.”⁷

Desde otra perspectiva, para Rosa del Olmo la *seguridad ciudadana* implicaría: “...la protección del normal funcionamiento de las instituciones democráticas, la defensa del ciudadano ante la criminalidad en cada una de sus facetas y tipologías, la defensa de los ciudadanos ante la corrupción y otras formas de actuaciones asociales que puedan impedir o dificultar el normal desarrollo y disfrute de los derechos fundamentales de la persona.” (2000:80) Esta postura pone el énfasis en el derecho individual de los ciudadanos a la no interferencia y, por consiguiente, en el deber del Estado de velar por la seguridad.

⁷Véase *Ciudadanía social y violencia en las ciudades centroamericanas*. Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, en <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/articulos/ciudadania.html#end1>.

En el debate político y de los medios de comunicación se presenta el problema de manera simplificada y, como consecuencia, a sus soluciones⁸. Estas propuestas pueden agruparse en tres versiones. Por un lado, están aquellas que tienen como objetivo el reforzamiento del orden en las calles e ignoran derechos y garantías constitucionales. Este discurso sostiene que la inseguridad constituye una fuerza a la que se debe oponer una fuerza superior en intensidad y contraria en sentido. Esta segunda, la del aparato represivo estatal anularía la fuerza del delito. Sin embargo, este tipo de soluciones sólo logra profundizar una sociedad dual en la que el acceso a la seguridad es uno de los bienes más desigualmente distribuidos. El acceso a la seguridad privada, a la capacidad de disponer servicios de alarma, a guardias privados son bienes y servicios distribuidos diferencialmente.

Mientras en los sectores populares la inseguridad se expresa como temor ante atentados contra la seguridad física, en los de mayores ingresos se percibe como el temor ante las amenazas a la propiedad. En los grupos más prósperos, la gama de servicios y productos de seguridad a la que acceden, en muchos casos, complementa la protección ofrecida por los cuerpos policiales; en los sectores más pobres, la organización de grupos de vigilancia y otros sistemas más rudimentarios de protección contra asaltos y delitos puede convertirse en la única alternativa. (Arraigada, 2001: 127 -128)

⁸Estas reflexiones están basadas en el documento *Más derechos, más seguridad...* del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Si bien esa investigación se refiere a la realidad argentina, encontramos similitudes con el caso mexicano y por eso lo exponemos aquí. En www.cels.org.ar

Además, bajo este tipo de discurso pueden agruparse las medidas de “tolerancia cero”, basadas en la tesis de la “ventana rota”⁹, que tienen como objetivo el mantenimiento del orden, focalizado en las incivildades como signo de desorden. Sin embargo, la “tolerancia cero” posee implicaciones problemáticas con respecto a las libertades civiles y los derechos de los grupos marginales. Se trata de un modelo de policiamiento evidentemente selectivo y discriminatorio ya que se dirige a ciertas personas en determinadas ubicaciones geográficas, reforzando así las divisiones sociales. Esta técnica fue desarrollada por la policía de Nueva York desde 1994, aunque se ha convertido en modelo más allá del mundo anglosajón¹⁰.

⁹ La tesis de la ventana rota (George Kelling y James Q. Wilson fueron los autores del afamado artículo *Broken Windows: The police and neighborhood safety*) sostiene que el desorden es un fenómeno ecológico/espacial que se expresa en manifestaciones visuales como: basura en las calles, ventanas rotas, graffitis, etc. Desde esta perspectiva las incivildades menores como el vandalismo, el mendigar, el embriagarse, si no son controladas generan una cadena de respuestas sociales desfavorables, por las cuales un vecindario decente y agradable puede transformarse rápidamente en un atemorizante “ghetto”. Las incivildades traen aparejado el miedo en los vecinos, lo que genera un desapego con respecto a la comunidad y, potencialmente, su abandono. Esto lleva a su vez a la reducción de los alcances de los mecanismos informales de control social, lo que produce necesariamente delitos cada vez más graves que a su turno engendran mayor sensación de inseguridad y así sucesivamente en un proceso espiralado. (Cf. Sozzo: 2000)

¹⁰Loïc Wacquant (2000) señala que los ideólogos de la *tolerancia cero* (Rudolph Giuliani y William Bratton) recorren distintas ciudades de Latinoamérica pregonando las virtudes de un mayor Estado policial y penal. Sin embargo, para el autor, el concepto de *tolerancia cero* es una designación errónea. No implica la rigurosa aplicación de todas las leyes sino más bien una imposición discriminatoria contra determinados grupos de personas en ciertas zonas. Al respecto se pregunta: ¿dónde está la tolerancia cero de los delitos administrativos, el fraude comercial, la contaminación ilegal y las infracciones contra la salud y la seguridad? Además, apunta que estas políticas se dan en sociedades donde se está produciendo una transición desde una gestión social de la pobreza hacia una gestión punitiva por medio de la policía y las prisiones. Estas transformaciones se caracterizan por: el borramiento del Estado económico, el achicamiento del Estado social y el fortalecimiento del Estado penal. Transformaciones ligadas íntimamente entre sí y que son el resultado de la conversión de las clases dirigentes a la ideología neoliberal. Es así como: “Mano invisible del mercado y puño de hierro del Estado se conjugan y se completan para lograr una mejor aceptación del trabajo asalariado desocializado y la inseguridad social que implica. La prisión vuelve al primer plano”. (2000: 166) Según Wacquant (2000: 32) la doctrina de *tolerancia cero* se propagó por el planeta ya que brinda la oportunidad a los políticos locales de subirse al tren de la modernidad estadounidense y, además, liberar al Estado de sus responsabilidades en la génesis social y económica de la inseguridad. En el caso mexicano, la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal, contrató los servicios de Giuliani Group LLC finales del 2002, por una suma de 4.3 millones de dólares para recibir consultoría sobre cómo reducir los índices delictivos. Sin embargo, esta estrategia todavía no se ha implantado en México y quizás no se implante o se lleve a cabo con otro nombre. (Cf. Arroyo: 2003)

Por otro lado, existe un segundo grupo con propuestas que priorizan el orden público, pero evita caer en retóricas abiertamente autoritarias utilizando un concepto restringido de derechos que vacía de contenido el sistema democrático y el Estado de derecho. Esta concepción efectúa un recorte de la legalidad concentrando el poder punitivo y la acción estatal sobre delitos que afectan sólo a ciertos sectores sociales, o sobre conductas que están asociadas a los grupos que son percibidos como amenazas al orden en la calle. “...la noción puramente individual de ciudadanía niega el contexto donde esta se ejerce y conspira contra el supuesto resultado perseguido.”(CELS, 2004:6) Finalmente, existen discursos con una noción más amplia de derechos que no logran articular respuestas consistentes en materia de seguridad ciudadana, pues o bien derivan las soluciones a una mejora genérica de las condiciones sociales o bien las limitan exclusivamente al control de las instituciones de seguridad. Por ello, las políticas de seguridad desde esta perspectiva parecen realizarse a la espera de una mejora del contexto y de soluciones estructurales que reduzcan los niveles de delito. “Esto, entre otros problemas, excluye reflexionar sobre el modo en que determinadas prácticas delictivas son parte de los procesos que generan exclusión y acrecientan las dificultades de acceso a distintos bienes.” (CELS, 2004: 7)

En suma, es necesario un nuevo concepto de seguridad ciudadana fundamentado en un análisis de la violencia delictiva e institucional desde la óptica de los derechos, asumiendo que éstas no sólo afectan el derecho de los ciudadanos a la no interferencia, sino que también involucran cuestiones básicas de la convivencia social y de la confianza de los ciudadanos en las instituciones. De este modo, la seguridad de los ciudadanos es en sí misma una cuestión que hace a sus garantías, y no un límite a éstas. Entonces, “...un concepto de seguridad acorde a un concepto amplio de ciudadanía no

puede remitir sólo ni fundamentalmente al derecho a la no interferencia sino también a garantizar determinadas condiciones para el ejercicio tanto de derechos individuales como colectivos.”(CELS, 2004: 8)

2.3.2 (In) seguridad: su representación social

El incremento de la criminalidad violenta y el estado de alarma pública que ésta suscita, fomenta **una diversidad de sentidos e interpretaciones de la noción de seguridad**. Esta noción se ve sometida a una doble dimensión: por una parte, la *dimensión objetiva* que contempla los hechos de violencia conocidos y, por otra parte la *dimensión subjetiva*, expresada en las vivencias y sentimientos personales. Esta última tiene un peso muy importante en la configuración del fenómeno de la percepción de la seguridad y de su representación social. Precisamente, la población realiza una construcción imaginaria de su vivencia respecto al estado de seguridad y “...depende más del campo de sus experiencias personales, directas o indirectas que pueda tener en torno de una posible victimización, que de la realidad de un entorno concreto.” (Del Olmo, 2000: 80)

Así las cosas, uno de los problemas más sentidos por la población, según las encuestas de opinión, sería el de la inseguridad y concretamente el miedo a la delincuencia.

Esta percepción se ha convertido en un problema en sí mismo no sólo por la posibilidad de constituirse en un fuerte obstáculo para la convivencia pacífica y la solidaridad ciudadana, sino por su capacidad de generar una espiral de violencia, ya que el temor hace que la población pida mayor represión y justifique los excesos e ignore la importancia del respeto a los derechos humanos y a la gobernabilidad democrática. (Del Olmo, 2000: 80)

Desde una óptica similar señala Kaminsky:

...un problema reside en que este miedo masivo, el temor a la criminalidad, es a la vez fuente de otra criminalidad. Se trata de una esfera de ilegalidad legitimada de las legalidades de la ciudadanía asediada por sentimientos asociados a la victimización social. Un convite al crimen potencial para conjurar la potencialidad criminal, un crimen fundado en el miedo al crimen, una aterrizante fuente de peligrosidad expandida, expansiva. (2005: 2)

Este tipo de afirmaciones son las que nos interesan problematizar en el transcurso de esta investigación: ¿Son los ciudadanos, en nuestro caso los jóvenes, partidarios de medidas ultra represivas contra la delincuencia?, ¿Efectivamente el problema más sentido por la población es el de la inseguridad?, ¿Cuál sería la correspondencia entre la dimensión subjetiva, con sus sentimientos de miedo, y la dimensión objetiva del incremento de la criminalidad violenta urbana?

Para responder a estos interrogantes debemos considerar que el concepto de seguridad es una noción “vacía” en el sentido de que “su significado depende del imaginario que poseen de ella grupos sociales, como vecinos, profesionales, militares, empresarios, padres de familia. Cada uno tiene un concepto de seguridad no necesariamente similar. Dicho concepto es complejo, por cuanto la seguridad como respuesta a la inseguridad debe considerar diferencias de género, de tipos de delitos, de edad, estatus económico, lugar de residencia, y también de conductas ‘indeseables’ denominadas ‘incivildades’.” (Pegoraro, 2000: 126). Esta noción pretende problematizar aquellas afirmaciones que atribuyen que el estado de la opinión pública es unilateralmente favorable a la “mano dura”. El consenso poblacional no es estable, unilateral y fácilmente cooptable por los

discursos estigmatizantes. Existen ambigüedades, contratendencias y reflujos en estos procesos. “Si bien la opinión pública por momentos puede ser atraída por la idea de una *mano dura* que discipline y dé seguridad, este consenso no es estable ya que la ciudadanía percibe los procesos de corrupción y degradación institucional de quienes la proponen.” (Isla y Míguez, 2003: 318).

De este modo, la *esfera subjetiva* está en el centro de las motivaciones que provocan la percepción de inseguridad en los ciudadanos. De acuerdo con González Placencia la inseguridad:

...no está referida a un estado de cosas —a la distribución de las tendencias del delito, por ejemplo— sino a una variable por entero subjetiva que señala más bien una apreciación simbólica del estado en que las personas creen que están las cosas (...) la constatación de que la experiencia indirecta de victimización pesa más en el temor al delito que el hecho mismo de haber sufrido en carne propia un evento de esta naturaleza constituye el argumento más importante. (2004: 25)

En otras palabras, más delito no necesariamente implica mayor percepción de inseguridad en la gente ya que en la construcción de la misma intervienen un conjunto de factores subjetivos e intersubjetivos. Así, la inseguridad no equivale a frecuencia delictiva, no tiene que ver con la cifra oficial de los detenidos, presos o con actos concretos de jueces, sino que éstos son elementos que irán configurando el discurso. La inseguridad es un discurso que se alimenta de diversas fuentes.

Esto quedó claramente ejemplificado con las repercusiones mediáticas en torno a la marcha en demanda de mayor seguridad que se realizó el 27 de junio de 2004 en la Ciudad de México. Dicho acontecimiento fue detonado por la muerte de una joven

estudiante y tuvo una amplia cobertura de los medios de comunicación. Esta movilización desencadenó la oportunidad para experimentar una suerte de catarsis colectiva que concluyó con una propuesta de políticas públicas para el combate contra la inseguridad. Sin embargo, a juicio de González Placencia (2004:71): “el control de los efectos políticos de la marcha fue monopolizado por dos organizaciones, que en realidad fueron las responsables de la propuesta y cuya visión del problema es sumamente represiva. No obstante ello y a pesar de que había otras aproximaciones al tema, los medios de comunicación se centraron en la de los grupos que al final, quiérase o no, lideraron la marcha...” En este contexto, para el autor: “incluso los llamados a la pena de muerte cumplieron un papel como indicadores de la magnitud del hartazgo enraizado en numerosas familias de la capital del país.” (González Placencia, 2004:72) Por otra parte, se dio un debate que polarizó la discusión pública, dividiendo a los actores sociales involucrados entre los que estaban a favor de la marcha y quienes estaban en contra. Siendo colocados éstos últimos en una posición aparentemente no solidaria con las víctimas, quedando como “defensores de delincuentes”.

Para este analista, un grupo específico de la sociedad civil se extralimitó ya que pretendió llevar su participación al grado de incidir de manera directa en el control de la criminalidad, a través de la presión para que se incorporaran a la ley sus propuestas y las pongan en marcha. En tal sentido, el problema no radicó en la presión que ejerció este grupo sino en las condiciones que privilegiaron que esa voz sea la que se escuchara y en la naturaleza represiva de sus propuestas. En suma, el gobierno federal pareció no reaccionar al reto de la criminalidad, sino a la demanda de quienes capitalizaron las consecuencias políticas de la manifestación. “Así, la orientación autoritaria y represiva que constituye el sino de la propuesta aparece como la única ‘validada’, en la medida en

la que se supone sostenida por la aparente representatividad de los manifestantes.”

(González Plancencia; 2004:74)

Estas consideraciones ubican la problemática estudiada en el campo de lo discursivo y, por consiguiente, en el de las representaciones. Por ello, a continuación profundizaremos en la historia, definición y elementos que componen a éstas últimas así como también en su vinculación con las (in)seguridades y las violencias en el espacio urbano.

3. Capítulo 2

3.1. Representaciones sociales. Introducción

Así, (con símbolos) el hombre construyó un nuevo mundo donde vivir. (...) El agua no era meramente algo para apagar la sed; podía conceder la vida eterna. Entre el hombre y la naturaleza colgaba el velo de la cultura, y él no podía ver nada, salvo a través de ese medio. Todavía utilizaba sus sentidos. Tallaba la piedra, cazaba el ciervo, se apareaba y tenía progenie. Pero permeándolo todo estaba la esencia de las palabras: los significados y valores que hay más allá de los sentidos. Y esos significados y valores lo guiaron —además de sus sentidos— y a menudo tuvieron precedencia sobre ellos. [en Sahlins, 1988: 108-109] ¹

Aquello que cotidianamente consideramos verdadero, cierto o parte de un mundo aprehensible no es más que una poderosa construcción que nuestras acciones y las de otros edifican día a día. Fabricamos la realidad a través de procesos de conocimiento creativos ya que, como seres humanos, poseemos la capacidad para inventar conceptos, modelos y esquemas a través de los cuales damos sentido a nuestra propia experiencia. “Los términos empleados para comprender el mundo social se consideran, entonces, al unísono, medios y resultado de interacciones comunicativas, y esa comprensión presupone un sistema de interpretación compartido y generado colectivamente y respecto de las cuales la predicación de verdad, aplicable a la observación exterior del mundo objetivo, carecería de sentido.” (Vasilachis de Gialdino, 2003:170)

En este universo de actores situados, interesados e involucrados en deseos individuales y colectivos se centrará nuestra investigación. Por ello, y dada la prioridad que la teoría

¹ Citado por Vergara Figueroa, Abilio (2001): *Imaginarios: Horizontes Plurales*. Pág. 75

de las representaciones sociales otorga a la praxis y a las **interacciones cotidianas asociadas a las formas de concebir lo real**, nos valdremos de la misma con el objeto de aproximarnos a las representaciones de la violencia urbana y de la (in)seguridad. Asimismo, y como veremos más adelante, las representaciones proveen esquemas que permiten familiarizar lo desconocido. No obstante, no siempre producen sensación de control de la situación y, en este sentido, pueden ser un componente importante en la producción de inseguridad, temor y conflicto.

La fuerza de las representaciones es constitutiva, por lo que no tiene sentido preguntarse si estas imágenes son o no *reales* o corresponden a una objetividad, pues su fuerza no viene de esa relación, sino de su capacidad de construir una atmósfera mental y colectiva y poseer luego una fuerza de coacción, ya que como bien señala Vergara Figueroa:

...la mayor parte del tiempo somos impregnados de tal manera de las representaciones dominantes, que el contacto con la realidad concreta sólo nos proporciona los elementos que configuran la imagen previa. No obstante, por la otra vía, dichas representaciones hegemónicas conviven y pugnan con (...) ‘emanaciones’ o centelleos sin fin, que la horadan y la cuestionan buscando instituir. (2001: 12)

Así, las representaciones sociales estimulan a hacer cosas porque el mundo es como ellas dicen que es, *configurando de este modo la mirada y la acción*.

Antes de introducimos en el desarrollo del concepto de *representaciones sociales* señalaremos brevemente el modo en el que los medios de comunicación, gracias a su

poder de simbolizar, contribuyen en la construcción de representaciones de lo inseguro y lo violento. Representaciones que favorecen la conformación de prejuicios a ciertos sectores de la población. La lógica que siguen los medios de comunicación en “la construcción del acontecimiento” es la que según Jacques Derrida fue la utilizada posteriormente al “11 de septiembre”. Un acontecimiento está conformado por *la cosa misma*, es decir lo que sucede, y por *la impresión* que produce:

...digamos que la impresión esta “informada”, en el doble sentido de la palabra: un sistema predominante le dio forma, y esta forma pasa por una maquinaria de información organizada (lenguaje, comunicación, retórica, imagen, medios, etc.). Este dispositivo de información es de una vez político, técnico, económico. Pero se puede, y yo creo que se debe distinguir (...) entre el hecho supuestamente bruto, la “impresión” y la interpretación. (2001: 18)

Con más precisión podríamos aseverar que los medios realizan una “puesta en escena del acontecimiento” que opera con la lógica cinematográfica, valiéndose de diferentes recursos para generar expectativa en el público. Uno de ellos es cortar la linealidad temporal de las relaciones causa-efecto. Primero se muestra el efecto y luego nos dan el contexto responsable del impacto traumático. ¿Nos lo dan? El carácter traumático del acontecimiento no depende del contexto sino de la mirada que se tenga de él. La mirada no es meramente el recipiente del acontecimiento, la mirada lo genera y construye. Este procedimiento, “este corte en la textura continua de la realidad, esa inversión capital del orden temporal apropiado, señala la intervención de lo real.” (Zizec, 2004:217)

Así las cosas, los efectos de orden simbólico son particularmente poderosos. En palabras de Bourdieu:

El poder simbólico es un poder de construcción de la realidad que tiende a establecer un orden gnoseológico: el sentido inmediato del mundo (...) los símbolos son los instrumentos por excelencia de la integración social: en cuanto instrumentos de conocimiento y de comunicación (...) hacen posible el consenso sobre el sentido del mundo social, que contribuye fundamentalmente a la reproducción del orden social: la integración “lógica” es la condición de la integración “moral”. (2000: 67)

De esta forma, los medios de comunicación contribuyen a la estigmatización de los habitantes de los sectores más desfavorecidos en tanto no disponen de las capacidades culturales para manejar las representaciones que de ellos se hacen.

3.1.1 El concepto de representación social

La noción de representación social tiene una interesante trayectoria. Aparece en sociología, cuando Durkheim establece la distinción entre representaciones individuales y colectivas. Para este pensador la conciencia colectiva trasciende a los individuos como una fuerza coactiva y puede ser visualizada a través de los mitos, la religión, las creencias y demás productos culturales colectivos. En Durkheim, las representaciones colectivas tienen como característica la durabilidad y la presión sobre los individuos para poder preservar los lazos entre los miembros de una comunidad. Es decir, tienen el poder de penetrar en los individuos e imponerse desde afuera. Este concepto sufre un largo eclipse al interior de la sociología para ser posteriormente retomado y reformulado por la psicología social (S. Moscovici), no sin antes haber realizado una desviación por la psicología infantil (J. Piaget). Para el presente trabajo, retomaré específicamente los desarrollos de Serge Moscovici (1993 y 1979) y Denise Jodelet (1993)

Serge Moscovici ha señalado en *El psicoanálisis, su imagen y su público* las siguientes consideraciones:

La representación social es una modalidad particular de conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre individuos. La representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación. (Cf. Moscovici, 1979)

En efecto, las representaciones sociales son sistemas sociales de valores, ideas y prácticas que tienen como **función establecer un orden que posibilite a las personas orientarse frente a sí, a la sociedad, al medio ambiente y dominarlo; a la vez que posibilitan la comunicación** entre los miembros de una sociedad al proveerles los códigos que permiten el intercambio social, capacitándolos para clasificar y nombrar.

Por otra parte, Denise Jodelet (1993) en *Psicología Social II* arguye que las representaciones sociales se presentan bajo diversas formas: como *imágenes* que condensan significados, como *sistemas de referencias* que nos permiten interpretar lo que sucede, como *categorías* que sirven para clasificar las circunstancias, fenómenos e individuos, como *teorías* que permiten establecer hechos sobre ellos o como todo esto junto. En la vida cotidiana se presentan como una manera de interpretar y pensar la realidad, como una forma de conocimiento social. Y a la vez como la actividad mental desplegada por los individuos para fijar su posición en determinadas situaciones.

Las representaciones sociales dan cuenta cómo los sujetos aprehenden los acontecimientos de la vida diaria: las características del medio ambiente, las personas

del entorno y las informaciones que por él circulan. Es lo que habitualmente se denomina *conocimiento de sentido común*, conformado no sólo desde las experiencias individuales sino también desde las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que heredamos a través de la tradición, educación y comunicación social. Es *socialmente elaborado y compartido*, “en otros términos, se trata de un *conocimiento práctico*. Al dar sentido, dentro de un incesante movimiento social, a acontecimientos y actos que terminan por sernos habituales, este conocimiento forja las evidencias de nuestra realidad consensual, participa en la *construcción social de nuestra realidad*”. (Jodelet, 1993: 473) Es así que, el estudio de las representaciones debe ser abordado como producto y proceso de una elaboración psicológica y social de lo real.

Las representaciones componen formas de pensamiento práctico que facilitan la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. De este modo:

En tanto que tales, presentan características específicas a nivel de organización de los contenidos, las operaciones mentales y la lógica. La caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás. (Jodelet; 1993: 474)

Informaciones, imágenes, opiniones, actitudes son parte del *contenido* de las representaciones, a la vez que dicho contenido se relaciona con un objeto: un trabajo, un personaje, etc. Además, “...es la representación social de un *sujeto*, en relación con otro sujeto. De esta forma, la representación es tributaria de la posición que ocupan los

sujetos en la sociedad, la economía, la cultura”. (Jodelet, 1993: 475) La representación social “porta la marca del sujeto y su actividad.” (Vergara Figueroa, 2001: 37)

3.1.2. Elementos que componen una representación

Toda representación social es representación de algo y de alguien y constituye el proceso por el cual se establece la relación entre lo real y lo ideal, lo objetivo y lo subjetivo. De este modo, toda representación indica una relación con el mundo y con las cosas.

El acto de representación es un acto de pensamiento por medio del cual un sujeto se relaciona con un objeto. Éste es el nivel elemental para abordar la representación social. Representar es sustituir a, estar en lugar de. Es re-presentar, hacer presente en la mente, es la reproducción mental de otra cosa: un acontecimiento, idea, objeto, persona, etc. “En todos estos casos, en la representación tenemos el contenido mental concreto de un acto de pensamiento que restituye simbólicamente algo ausente, que aproxima algo lejano. Particularidad importante que garantiza a la representación su aptitud para *fusionar precepto y concepto y su carácter de imagen.*” (Jodelet, 1993: 476)

Sin embargo, la representación social no sólo restituye de modo simbólico algo ausente sino que puede sustituir lo que está presente. De tal modo, significa algo para alguien y muestra algo de quien la formula. Por ello, “no es simple reproducción, sino *construcción* y conlleva en la comunicación una parte de *autonomía* y de *creación individual o colectiva*” (Jodelet, 1993: 476). Presenta las siguientes características:

1) La imagen de la representación es inseparable de su aspecto significante. La estructura de cada representación aparece desdoblada: una cara figurativa y una

simbólica. Por consiguiente, a toda figura corresponde un sentido y a todo sentido corresponde una figura.

2) La representación no es un reflejo ni la reproducción pasiva del mundo exterior o interior.

3) El sujeto y el objeto no son congénitamente distintos. Así, el fenómeno de la representación es una característica de la interacción del sujeto y del objeto, que se enfrentan modificándose mutuamente sin cesar.

4) Consecuentemente, siempre hay construcción y reconstrucción en el acto de representación.

5) En toda representación tiene lugar un proceso de elaboración cognitiva y simbólica que orientará los comportamientos. En este sentido, **la noción de representación relaciona los procesos simbólicos con las conductas**. “Pero a partir de ahí, también se puede sentir que las representaciones que circulan en la sociedad desempeñaran un papel, adquirirán autonomía y tendrán un eficacia específica.” (Jodelet, 1993: 478)

3.1.3. Las representaciones: elaboración psicológica y construcción social

Moscovici (1993) distinguió dos procesos que explican cómo lo social transforma un conocimiento en representación y cómo esta representación transforma lo social: la *objetivización* y el *anclaje*². Ambos muestran la interdependencia entre actividad psicológica y sus condiciones sociales de ejercicio.

a) *Objetivización:*

Este proceso tiene la propiedad de hacer concreto lo abstracto, es decir de materializar la palabra. Es una operación formadora de imagen y estructurante. Como mencionamos

² Estas dos categorías surgen de una investigación elaborada por Moscovici en la que se refiere a la popularización del psicoanálisis. *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1979). Huemul. Buenos Aires.

párrafos arriba, la representación permite intercambiar percepción y concepto. Pone en imágenes las nociones abstractas, da una textura material a las ideas, hace corresponder las cosas con las palabras, da cuerpo a esquemas conceptuales. En palabras de Moscovici: “Objetivizar es reabsorber un exceso de significados materializándolos.” (Jodelet, 1993: 481)

El proceso de objetivación, a grandes rasgos, comienza con la *selección* y *descontextualización* de los elementos hasta conformar un *núcleo figurativo* que luego se naturalizará. Es decir, “lo abstracto como suma de elementos descontextualizados comienza a convertirse en una imagen más o menos consistente en la que los aspectos metafóricos ayudan a identificarla mejor, constituyendo de este modo un edificio teórico esquematizado.”³

El modelo figurativo que resulta cumplirá las siguientes funciones: constituirá punto común entre la teoría científica inicial y su representación social; realizará la traducción de una teoría abstracta a una inmediata y funcional de la realidad que sirve al hombre común; y, finalmente, permitirá a la representación social convertirse en un marco cognoscitivo estable y orientar tanto las percepciones o los juicios sobre el comportamiento, como las relaciones interindividuales.

En relación a este proceso señala Jodelet:

Aunque aislado respecto a la representación de un teoría científica particular, el modelo de la objetivación en su triple carácter de: construcción selectiva / esquematización estructurante / naturalización, resulta tener una gran importancia.

Por una parte, se lo puede generalizar a toda representación (...) Por la otra, implica

³Véase Mora, Martín: *La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici*. www.bib.uab.es/pub/athenea/15788646n2a8.pdf

importantes prolongaciones desde el punto de vista de la lógica y del funcionamiento del pensamiento social. (1993: 483)

Asimismo sostiene que el proceso de naturalización tiene gran importancia en contextos sociales reales. “Ya se trate de relaciones étnicas, interraciales o intergrupales, o bien de juicios sociales, no faltan los ejemplos en que la imagen, la palabra bastan para inmovilizar al otro en un status de naturaleza.” (Jodelet, 1993: 485)

b) El anclaje: la representación en lo social

Este segundo proceso se refiere al enraizamiento social de la representación y de su objeto. En este caso, la intervención de lo social se traduce en el significado y la utilidad que le son conferidos. La representación social se liga con el marco de referencia de la comunidad y es un instrumento útil para interpretar la realidad y actuar sobre ella. En otras palabras, el objeto representado se integra cognitivamente dentro del pensamiento preexistente.

Al respecto apunta Jodelet: “Más complejo y fundamental de lo que ha podido parecer, el proceso de anclaje, situado en una relación dialéctica con la objetivización, articula las tres funciones básicas de la representación: función cognitiva de integración de la novedad, función de interpretación de la realidad y función de orientación de las conductas y las relaciones sociales.” (1993: 486)

Moscovici descompone el proceso de anclaje en varias modalidades que permiten comprender: 1) cómo se confiere significado al objeto representado; 2) cómo se utiliza la representación en tanto que sistema de interpretación del mundo social, marco e instrumento de conducta; 3) cómo se opera su integración dentro de un sistema de

recepción y la conversión de los elementos de éste último relacionados con la representación.

1) El anclaje como asignación de sentido.

El grupo expresa su identidad a través del sentido que confiere a su representación. Este aspecto del proceso anclaje pone de manifiesto un “principio de significado”, que provisto de apoyo social se asegura la interdependencia de los elementos de una representación y constituye una indicación fecunda para tratar las relaciones existentes entre los contenidos de un campo de representación. Esta demostración permite aislar una de las articulaciones entre el aspecto procesal y el aspecto temático de las representaciones, y uno de los puntos de encuentro entre sus aspectos individual y social.

2) El anclaje como instrumentalización del saber.

Esta modalidad permite comprender cómo los elementos de la representación no sólo expresan relaciones sociales, sino que también contribuyen a constituir las. El sistema de interpretación tiene una función de mediación entre el individuo y su medio, así como entre los miembros de un mismo grupo. Capaz de resolver y expresar problemas comunes, transformando en código, en lenguaje común, este sistema servirá para clasificar a los individuos y los acontecimientos, para constituir tipos respecto a los cuales se evaluará o clasificará a los otros individuos y grupos. Se convierte en instrumento de referencia que permite comunicar en el mismo lenguaje, y por consiguiente influenciar.

3) Anclaje y objetivización

Según Jodelet, el enfoque de las representaciones sociales en el marco experimental ha demostrado el lazo que existe entre el sistema de interpretación que éstas proporcionan y las conductas que guían. En los discursos que dan acceso a las representaciones, estos elementos intervienen como organizadores de contenido y como operadores de sentido: con ellos lo que alcanzamos es un pensamiento en actos, pues hacen inteligible su funcionamiento. Por otra parte, son proporcionados por el lenguaje y funcionan como un lenguaje que sirve para codificar la realidad.

4) El anclaje como enraizamiento en el sistema de pensamiento

Así como no surge de la nada, la representación no se inscribe sobre una tabla rasa, sino que siempre encuentra “algo que ya había sido pensado”, latente o manifiesto. El contacto entre la novedad y el sistema de representación preexistente se halla en el origen de dos órdenes de fenómenos, opuestos de cierta manera, que dan a las representaciones una dualidad en ocasiones sorprendente. Esta dualidad consiste en ser tanto innovadoras como rígidas, tanto movientes como permanentes, y en ocasiones, en el sentido de un mismo sistema. Fenómeno al que Serge Moscovici se refiere con la hipótesis de la “polifasia cognitiva”.

a) La incorporación social de la novedad puede ser estimulada por el carácter creador y autónomo de la representación social. Moscovici habla de conversiones de experiencias, de percepciones que conducirán a una nueva visión. Los conceptos analíticos operaran en tanto que categorías de lenguaje, introduciendo otro orden en el entorno y transformándose en instrumentos naturales de comprensión que hacen caducos los otros. Las necesidades de la colectividad que integra la nueva

representación hacen de ella un instrumento que producirá sus efectos al convertir los marcos habituales de representación de la realidad y al cambiar el contenido de nuestras experiencias y de nuestras percepciones.

De esta forma, el cambio cultural puede incidir sobre los modelos de pensamiento y de conducta que modifican de manera profunda las experiencias por mediación de las representaciones.

b) Desde otra perspectiva, la “familiarización de lo extraño”, junto al anclaje hará prevalecer los antiguos marcos de pensamiento, alineándolos en lo ya conocido. Esta modalidad de pensamiento caracterizada por la memoria y el predominio de posiciones establecidas, subsume y pone en práctica mecanismos generales como la clasificación, la categorización, el etiquetaje, la denominación y procedimientos de explicación que obedecen a una lógica específica. Comprender algo nuevo es hacerlo propio y también explicarlo. El sistema de representación proporciona los marcos, las señales a través de las que el anclaje clasificará dentro de lo familiar y explicará dentro de una forma familiar.

Comprender es también explicar. La búsqueda de causalidad es un importante aspecto lógico del pensamiento social. Ante un nuevo acontecimiento o un nuevo objeto sobre el que no disponemos de conocimiento alguno, explicar mediante una causalidad es una manera de representárselo. Pero esta explicación no se hace únicamente en base a las informaciones y observaciones de que disponemos: no procedemos tan sólo por inferencia sino también por deducción.

Por esta razón, Moscovici hace que coexistan, dentro de la manera de pensar la realidad cotidiana, dos tipos de causalidad: la causalidad por *atribución eficiente*, que es la atribución de una causa a un efecto, como en el procedimiento científico; y la

causalidad por imputación, que busca las intenciones que hay detrás de los actos, el por qué de su finalidad. Es este último tipo de causalidad es movilizado cuando un acto no concuerda con las representaciones de quien lo observa. Este observador buscará la intención y el anclaje servirá para encontrar su sentido, definiendo la categoría a la que pertenece.

3.2. La noción de lo urbano

...debemos pensar en la ciudad a la vez como lugar para habitar y para ser imaginado. Las ciudades se construyen con casas y parques, calles, autopistas y señales de tránsito. Pero las ciudades se configuran también con imágenes. Pueden ser las de los planos que las inventan y las ordenan. Pero también imaginan el sentido de la vida urbana las novelas, canciones y películas (...) La ciudad se vuelve densa al cargarse con fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas. (García Canclini, 2005: 113)

En vistas de que nuestro interés es indagar las representaciones sociales de la violencia y de la (in)seguridad en la Ciudad de México, resulta pertinente profundizar en los debates en torno a lo urbano. Para comenzar, es interesante preguntarnos, junto a García Canclini: “¿Acaso es posible abarcar con un sólo concepto —el de cultura urbana— la diversidad de manifestaciones que la ciudad engendra?, ¿Existe realmente un fenómeno unificado y distintivo del espacio urbano, incluso en aglomeraciones tan complejas como Sao Paulo y la Ciudad de México, o sería preferible hablar de varios tipos de

cultura dentro de la ciudad?” (2005: 12) Estos interrogantes y la búsqueda de una respuesta pueden ayudarnos a comprender las especificidades de las representaciones de la violencia y la (in)seguridad en la ciudad de México.

3.2.1. ¿Qué es la ciudad? La ciudad real y la imaginada.

Hacia la primera mitad del siglo pasado surge una corriente teórica en el campo de la antropología que opone la ciudad a lo rural. Este enfoque enfrenta el campo, considerado como lugar de las relaciones comunitarias y primarias, con la ciudad, entendida como el espacio de las relaciones de tipo secundario donde se dan una multiplicidad de pertenencias. Una de las críticas más importantes a esta posición es que realiza diferencias descriptivas sin explicar coincidencias. “...las ciudades mexicanas y latinoamericanas suele decirse que son ciudades *invadidas* por el campo. Se ve a campesinos circulando aún en carros con caballos, usos rurales de las calles, como si nunca fuera a pasar un coche, es decir, intersecciones entre lo rural y lo urbano que no pueden comprenderse en términos de simple oposición.” (García Canclini; 2005a: 17-18)

Posteriormente, otras corrientes teorizan sobre lo urbano desde criterios geográficos-espaciales o económicos. Sin embargo, García Canclini propone otra forma de ver la vida urbana. “De una ciudad dura (...) construida por razones y prácticas materiales, económicas y sociodemográficas, lentamente el paradigma se ha ido desplazando hacia una semiología del **espacio, el cual cada vez es más visto como un tejido de representaciones, de experiencias que producen sentido.**”⁴ (García Canclini, 2005a: 18) Esto nos conduce a pensar la ciudad como una tensión entre realización y

⁴Sin negritas en el original

expresividad, "...a pensar también a las sociedades urbanas como lenguaje. Las ciudades no son sólo un fenómeno físico, un modo de ocupar el espacio, de aglomerarse, sino también lugares donde ocurren fenómenos expresivos que entran en tensión con la racionalización..." (García Canclini, 2005b: 72)

Esta búsqueda de una definición de lo urbano se torna más incierta cuando nos referimos a las megaciudades. Una primera aproximación señala que el pasaje de ciudades a megaciudades se produce cuando una gran concentración urbana integra otras ciudades próximas y conforma una red de asentamientos interconectados. "Esta caracterización espacial es aplicable a la capital mexicana, que en 1940 tenía 1.644.921 habitantes y actualmente supera los 17 millones." (García Canclini, 2005a:19) Estas ciudades impresionan no sólo por su desaforado crecimiento sino también por su compleja multiculturalidad, "...que desdibujan su sentido histórico y contribuyen a poner en crisis las definiciones con que se pretende abarcarlas." (García Canclini, 2005a:19)

A fines de los años setenta, los márgenes urbanos de la ciudad de México se desbordan por el intenso proceso de migración campo/ciudad y por la paulatina incorporación de pueblos que formaban parte de otros conglomerados cercanos a la ciudad. Anteriormente, estos antiguos pueblos y barrios habían constituido un lugar atractivo para los sectores de clase media y alta. Y, mediante este proceso de urbanización, la llamada "periferia" comienza a tener una presencia singular, aunque, por otro lado, "...la aparición de suburbios para las clases media y alta se vio acompañada por la aparición de las llamadas *ciudades perdidas* que se articularon al paisaje urbano a gran velocidad, hasta saturar el territorio. (García Canclini, 2005a: 35-36) Al mismo tiempo, se modifica el uso que se le daba al centro de la ciudad, el cual se convierte en un

espacio comercial y de instituciones gubernamentales, más que de vivienda. Así, mientras que en 1950 las cuatro delegaciones centrales (Benito Juárez, Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo y Venustiano Carranza) contenían 73% del total de población del Distrito Federal, para 1990 sólo 23% habitaba allí.

En este escenario de intensos cambios, García Canclini (2005a) ve tres aspectos claves, que son comunes a las grandes ciudades latinoamericanas: la heterogeneidad multicultural, la segregación intercultural, y la desurbanización.

El concepto de *heterogeneidad* da cuenta de la diversidad que puede contener una ciudad. Por ejemplo, en la Ciudad de México coexisten: a) una cantidad importante de edificios construidos en la época precolombina y en la colonia que aún subsisten; b) un desarrollo industrial que reorganizó el uso del territorio; y c) una reciente arquitectura transnacional que ha reordenado la apropiación del espacio, los desplazamientos y hábitos urbanos. A esta heterogeneidad e hibridación provocada por la superposición de construcciones de distintas etapas históricas, debe sumarse la presencia de migrantes. Asimismo, en las ciudades latinoamericanas las digresiones, la desviación y la pérdida de poder, a diferencia de las ciudades europeas, tienen más que ver con el estallido demográfico y la invasión popular o especulativa del suelo que con una lógica descentralizadora. Así, en vez de favorecer procesos de integración, *segrega y excluye*. El tercer proceso que se registra es la *desurbanización*. En los últimos años disminuye el uso recreativo de los espacios públicos debido a la inseguridad y a la tendencia a preferir los entretenimientos e información que llegan a los hogares por medio de la radio y la TV.

Asimismo, el concepto de heterogeneidad podría dar cuenta también de la superposición no sólo de tiempos sino también de diversidad de posiciones sociales. Según Romero Ruiz:

Para ilustrar tal circunstancia basta un solo ejemplo: Santa Fé, un rumbo al poniente de la ciudad de México que hasta hace pocos años era un lugar lúgubre, lleno de barrancas y basureros, habitado únicamente por gente muy pobre, hoy es uno de los espacios más cotizados de la ciudad pues se han instalado allí grandes centros comerciales y de negocios de la globalización, una nueva clase social habita esa zona cuyos extremos sociales se encuentran y desencuentran cotidianamente. (2004: 14)

O, por ejemplo, la ciudad de Caracas descrita por Rotker como una urbe heterogénea y violenta, cuya caracterización podría ser perfectamente aplicable a la Ciudad de México.

Este tránsito entre el apogeo y la violencia recorre un espacio urbano de modernos edificios coronados por antenas parabólicas que apuntan hacia satélites espaciales, edificios rodeados de autopistas que crecen sin lógica ni disciplina, como los tumores; ranchos a medio construir en cerros que se derrumban cuando llueve, escasez de agua, restaurantes sofisticados, risa fácil y bien dispuesta, música popular, calles estropeadas, oficinas con tecnologías de avanzada (...) un cuerpo sobre el que ha crecido la ciudad como la oculta amenaza de la arena movediza. (Rotker, 1993)

En la gran urbe, “se van desdibujando los nítidos márgenes que fijaban las ciudad y nos daban idea de donde estábamos, hasta dónde llegaba el lugar al que pertenecíamos.” (García Canclini; 2005b: 81) Esto, configura un nuevo panorama: una ciudad diseminada en la que no sabemos donde termina ni donde comienza porque cada persona transita, conoce y experimenta pequeños enclaves, en sus recorridos para ir al trabajo, estudiar, hacer compras, pasear o divertirse. No obstante, son recorridos muy pequeños en relación con el conjunto de la ciudad. De ahí que se pierda esta experiencia de lo urbano, se debilite la solidaridad y el sentido de pertenencia. (Cf. García Canclini, 2005b)

Como se señaló párrafos arriba, en las ciudades latinoamericanas conviven tres ciudades: la histórico territorial, la industrial y la informacional o comunicacional. De ahí que “vivimos la tensión entre tradiciones que todavía no se van (tradiciones barriales, de formas de organización y estilos de comunicación urbana) y una modernidad que no acaba de llegar (...) cuya precariedad no impide, sin embargo, que también lo posmoderno ya esté entre nosotros.”(García Canclini, 2005b: 87)

Y, en estas múltiples ciudades no sólo hacemos experiencia física de la ciudad sino que imaginamos, “construimos suposiciones sobre lo que vemos, sobre quiénes se nos cruzan, la zona de la ciudad que desconocemos y tenemos que atravesar para llegar a otro destino, en suma, qué nos pasa con los otros en la ciudad. Gran parte de lo que nos pasa es imaginario, porque no surge de una interacción real. Toda interacción tiene una cuota de imaginario, pero más aún en estas interacciones evasivas y fugaces que propone una megalópolis.” (García Canclini, 2005b: 83) De este modo, los imaginarios, conformados por leyendas, historias, mitos, imágenes, pinturas y películas que hablan de la ciudad, han nutrido toda la historia de lo urbano. Imaginario que no todos

compartimos del mismo modo, "...del que seleccionamos fragmentos de relatos, y los combinamos en nuestro grupo, en nuestra propia persona, para armar una visión que nos deje un poco más tranquilos y ubicados en la ciudad. Para estabilizar nuestras experiencias urbanas en constante transición."(García Canclini, 2005b: 93)

Muchos presupuestos que guían la acción y las omisiones de los ciudadanos derivan de cómo perciben los usos del espacio urbano, los problemas de consumo, tránsito y contaminación, y también de cómo se imaginan las explicaciones a estas cuestiones. En otras palabras, las representaciones construyen una explicación útil para la práctica. Mediante este conocimiento nos familiarizamos con lo extraño o desconocido y, más aún, definimos lo peligroso. En otros términos, establecemos un orden. Así las cosas, habría que asumir que el territorio no es algo dado, estático, sin historia sino una configuración espacial compleja donde interactúan diferentes actores con sus diversas representaciones de la realidad y, en algunos casos, con intereses contradictorios o en tensión.

Vista a esta luz, la ciudad no es un lugar sino una representación. En tal sentido, lo urbano es un espacio de poder que da origen a la construcción de un campo de dominación cuyas referencias son las propias representaciones de la ciudad. Gracias al concepto de representación de lo urbano se pueden abordar dimensiones de la cultura urbana vinculadas con la experiencia subjetiva de la ciudad. Este concepto reúne elementos icónicos, cognitivos y simbólicos del entorno espacial habitado. Permite comprender una dimensión por medio de la cual los distintos habitantes de una ciudad representan, significan y dan sentido a sus diversas prácticas cotidianas en el acto de habitar en la ciudad. (Cf. Treviño et al., 2004)

En la actualidad la ciudad se constituye en el espacio donde se vive la experiencia de lo moderno. Por este motivo, la ciudad como representación "...genera una serie de expectativas de vida que casi nunca son satisfechas. Entre lo que se espera de la ciudad y lo que ésta ofrece existe una distancia, percibida no sólo por las carencias sino también por la distribución desigual de los recursos (...) Esta es la característica de la denominada segregación socio-espacial de las ciudades..." (Cf. Treviño et al., 2004)

La vida cotidiana en la ciudad es vivida como dificultad y carencia. Sin embargo, también se la representa como un espacio de posibilidades. De tal modo que "la ciudad se convierte en efecto de un deseo, de aquello que se *quiere* de un espacio idealizado. Es un lugar en el cual todo lo deseable está ahí y, por lo tanto, un tiempo sólo existente en el deseo. En este sentido, la Ciudad de México es una ciudad ideal." (Cf. Treviño et al., 2004)

Es interesante entonces comprender la heterogeneidad presente en la ciudad ya que:

Hablar de la modernidad urbana en abstracto oculta una gran heterogeneidad no sólo de los 'lugares' de las grandes ciudades, sino también de su interior. Pensar en la ciudad como el lugar del anonimato y de los desarraigos oculta a la diferencia y desdibuja la diversidad, base de su riqueza y reto contemporáneo. Hablar sólo de un barrio, el pueblo o aquel vecindario limita esta búsqueda de explicar el pasado para entender el presente y reactivar la imaginación para la construcción de un futuro mejor. En las dos posiciones se niega la heterogeneidad característica de las grandes ciudades y se destaca el rol pasivo de sus habitantes frente a la modernidad y el poder. (García Canclini, 2005a: 53)

Esta rápida mirada de la ciudad nos conduce a entenderla como lugar de la interacción, el roce, la convivencia, el intercambio y el contacto entre diversos actores. La heterogeneidad de la ciudad expresada en sus actores y prácticas nos conduce a un permanente juego de tensiones y negociaciones. Precisamente es en esta tensión donde cobra relevancia la pregunta por las representaciones y relatos que los sujetos construyen tanto en relación a sus propias prácticas como en relación con el mundo próximo y lejano. El relato es el punto de intersección entre la creencia y la acción. (Cf. Reguillo; 1996b)

3.2.2. La Ciudad de México en datos

A continuación expondremos brevemente algunos datos sociodemográficos de la ciudad de México⁵ que reflejan las condiciones de vida de sus habitantes. La ciudad de México (Distrito Federal) se divide en 16 delegaciones políticas en las que viven 8 millones 489 mil personas. Según el Instituto de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), la población de la zona metropolitana de la ciudad de México, incluyendo la que vive en los municipios conurbanos, rebasa los 16 millones de habitantes. De esta cantidad, 54% radica en Distrito Federal, y el resto se ubica en los 27 municipios conurbanos. Por sexo, la población se distribuye de la siguiente manera: 52% mujeres y 48% hombres.

Los jóvenes son el grupo poblacional más numeroso: 42,5% del total son menores de 19 años; si consideramos también al grupo de 20 a 29 años, entonces el porcentaje de población joven se incrementa hasta casi 63%. “Por su composición poblacional, la ciudad es eminentemente de jóvenes, dato revelador, y más si lo conectamos con las posibles tendencias delictivas así como las urgentes necesidades, insatisfechas casi

⁵ Estos datos los tomamos de Romero Ruiz, Guillermo (2004): *De la violencia y la inseguridad a la seguridad ciudadana*. En Revista de Trabajo Social. México. Pág. 19

todas ellas, de esta parte de la población, que tendrán que resolverse necesariamente, las cuales tienen que ver con el trabajo, la educación, la vivienda, la salud, y sobre todo con la seguridad ciudadana.” (Romero Ruiz, 2004: 19)

Según datos del gobierno capitalino, en el DF 14% de la población vive en condiciones de alta o muy alta marginación, 2 millones 600 mil padecen de extrema pobreza, y 2 millones 400 mil no alcanzan a cubrir sus necesidades básicas.

Datos que reflejan las condiciones de vida de los capitalinos y que nos muestran que a pesar de las supuestas ventajas de vivir en una gran urbe, la marginación y la pobreza no son ajenas.

3.3. La paradoja de la seguridad en las sociedades modernas.

El discurso de la (in)seguridad está atravesado por las nociones de orden y miedo. Primeramente, intentaremos responder a la pregunta de qué es estar seguro en las sociedades modernas. Para responderla nos valdremos de las reflexiones de Robert Castel (2004), quien sostiene que la demanda de seguridad es una contradicción inherente a la democracia moderna ya que si bien es un derecho, tal vez éste no pueda cumplirse sin movilizar medios que resultan atentatorios del mismo.

Para dar cuenta de esta paradoja el autor señala la existencia de dos grandes tipos de protecciones en las sociedades modernas: las protecciones civiles y las protecciones sociales, entendiendo que las primeras garantizan las libertades fundamentales y la seguridad de los bienes mientras que las segundas cubren a los individuos de cualquier riesgo capaz de degradar su situación. Desde este punto de vista, probablemente vivimos en las sociedades más seguras que jamás hayan existido. No obstante, la

preocupación por la seguridad es omnipresente a la vez que tiene efectos sociales y políticos que estructuran la vida social.

De acuerdo con Castel (2004) en la actualidad la inseguridad no sería la ausencia de protecciones, sino su reverso. Estar protegido es vivir rodeado de sistemas que dan seguridad, que son construcciones complejas y frágiles, que llevan en sí mismas el riesgo de fallar en su objetivo y de frustrar las expectativas que generan. Así, la propia búsqueda de protecciones estaría creando inseguridad porque “el sentimiento de inseguridad no es un dato inmediato de la conciencia. Muy por el contrario, va de la mano de configuraciones históricas diferentes, porque **la seguridad y la inseguridad son relaciones con los tipos de protecciones que asegura –o no– una sociedad, de manera adecuada**. En otras palabras, hoy en día estar protegido es también estar amenazado.”⁶ (Castel, 2004: 13)

Así las cosas, las sociedades modernas están construidas sobre el terreno de la inseguridad ya que los individuos no encuentran, ni en ellos mismos ni en su entorno inmediato, la capacidad de asegurar su protección. “La sensación de inseguridad no es exactamente proporcional a los peligros reales que amenazan a una población. Es más bien, el efecto de un desfase entre una expectativa socialmente construida de protecciones y las capacidades efectivas de una sociedad dada para ponerlas en funcionamiento.” (Castel, 2004: 13) De este modo, es la propia idea de las protecciones la que produce una *frustración sobre la situación de la seguridad* cuya existencia es intrínseca a las sociedades que se construyen alrededor de la búsqueda de la seguridad. Esto es así por dos razones: en primer lugar porque los programas protectores jamás pueden cumplirse completamente y, en segundo lugar, porque su logro al dominar

⁶ Sin negritas en el original.

ciertos riesgos hace surgir otros nuevos. Entonces, una reflexión acerca de las protecciones civiles y sociales conduce a interrogarse sobre la proliferación de una aversión al riesgo que hace que el individuo contemporáneo nunca pueda sentirse totalmente seguro.

Para arribar a las ideas expuestas en los párrafos anteriores Castel traza un recorrido por las diferentes *configuraciones históricas de la inseguridad* tanto de la seguridad civil en el Estado de derecho como de la seguridad social en el Estado protector. Para los fines de este trabajo, recuperaremos el desarrollo que realiza acerca de la seguridad civil en el Estado de derecho.

De acuerdo con lo anterior, si afirmamos que existen formas históricas de la seguridad se podría aseverar la existencia de *protecciones de proximidad* en las sociedades “premodernas”, en donde dominan los lazos entretejidos alrededor de la familia y la comunidad; por consiguiente, la seguridad está garantizada por la pertenencia comunitaria. Paralelamente, en la ciudad la pertenencia a cuerpo de oficios inscribe a sus miembros en sistemas de obligaciones y protecciones que garantizan su seguridad al precio de su dependencia. Son sociedades que protegen a sus miembros sobre la base de redes estrechas de dependencias e interdependencias.

Con la modernidad el status del individuo cambia ya que es reconocido por sí mismo al margen de su inscripción en colectivos. Thomas Hobbes es el pensador que mejor desarrolla lo que sería una sociedad de individuos. Para él, una sociedad de individuos no sería una sociedad sino un estado de naturaleza, un estado sin ley, sin derecho, sin constitución política, presa de una competencia desenfrenada de los individuos entre sí, y de guerra de todos contra todos. Sería una sociedad de *inseguridad total*. “En consecuencia, es concebible que la necesidad de estar protegido pueda ser el imperativo

categorico que habría que asumir a cualquier precio para poder vivir en sociedad. Esta sociedad será fundamentalmente una *sociedad de seguridad* porque la seguridad es la condición primera y absolutamente necesaria para que los individuos desligados de las obligaciones-protecciones tradicionales puedan hacer sociedad.” (Castel, 2004:19)

Hobbes vio en la existencia de un Estado absoluto el único medio capaz de garantizar seguridad a las personas y los bienes. El Estado absoluto es la última respuesta a la exigencia de protección total surgida de una necesidad de seguridad que tiene profundas raíces antropológicas. En palabras de Hobbes “...el poder si es extremo es bueno porque es útil para la protección; y es en la protección donde reside la seguridad.” (Castel, 2004: 20) De este modo, al monopolizar todos los poderes políticos, el Estado absoluto libera a los individuos del miedo y les permite existir libremente en la esfera privada. Bajo la protección del Estado, el hombre moderno podrá cultivar libremente su subjetividad, conquistar la naturaleza, transformarla mediante el trabajo y asentar su independencia sobre sus propiedades. En efecto, Hobbes dio cuenta de que el estado de protección no es natural sino que es una situación construida porque la inseguridad es una dimensión consustancial a la coexistencia de los individuos en la sociedad moderna. Asimismo, esta exigencia de seguridad implica movilizar medios que nunca serán anodinos e instituir un Estado dotado de un poder efectivo para desempeñar ese rol de proveedor de protecciones y de garante de la seguridad.

Años después John Locke argumentará que: “El hombre es amo de sí mismo y propietario de su propia persona y de sus acciones, y de su trabajo.” (Castel, 2004: 22) El individuo ya no está asegurado por las redes tradicionales de dependencia, ahora está protegido por la propiedad. Gracias a la propiedad el individuo puede existir por sí mismo sin tener que depender de un amo o de la caridad del prójimo. Ella garantiza la

seguridad frente a las contingencias de la existencia. Sin embargo, Locke ve que la propiedad no alcanza en sí misma y que es necesaria la existencia de un Estado para que el individuo disponga de la libertad de desarrollar sus empresas y de gozar de los frutos de su trabajo.

En suma, para los primeros autores liberales, que intentarán imponerse a lo largo del siglo XIX, la protección civil estaría fundada en el Estado de derecho y la protección social en la sociedad privada. La propiedad sería la institución social por excelencia, que permite a los individuos salvaguardar su independencia y asegurarlos contra los riesgos de la existencia. “Los individuos propietarios pueden protegerse a sí mismos movilizándolo sus propios recursos, y pueden hacerlo en el marco legal de un Estado que protege esa propiedad (...) En cuanto a la seguridad civil, esta asegurada, a su vez, por un Estado de derecho que garantiza el ejercicio de las libertades fundamentales, imparte justicia y vela por el desarrollo pacífico de la vida social.” (Castel, 2004: 28) No obstante, no puede erradicar totalmente la inseguridad porque, para hacerlo, el Estado debería controlar todas las posibilidades de transgredir el orden social. Entonces, aquí cobra fuerza el paradigma propuesto por Hobbes que sostiene que la seguridad puede ser total sólo si el Estado absoluto tiene el derecho a aplastar todas las contingencias que pudieran atentar contra la seguridad de las personas y de los bienes. De ahí que “...cuanto más se aparte un Estado del modelo de Leviatán y despliegue un andamiaje jurídico complejo, más corre el riesgo de defraudar la exigencia de asegurar la protección absoluta de sus miembros.” (Castel, 2004: 29)

Por consiguiente, la obsesión por **la seguridad traduce un tipo de relación con el Estado propia de las sociedades modernas**. Así, la demanda de Estado es más fuerte en las sociedades modernas que en las sociedades que le precedieron, donde muchas

protecciones eran aseguradas a través de la participación en grupos de pertenencia. La presión se ejerce sobre el Estado, a riesgo de que se le reproche ser demasiado invasor. Sin embargo, si se pretende un Estado de derecho, éste no puede sino defraudar esa búsqueda de protección total, porque la seguridad total no es compatible con el respeto absoluto de las formas legales.

Por lo dicho, “se podría comprender que el sentimiento de inseguridad, aún cuando tome formas extremas y totalmente ‘irrealistas’, procede menos de una insuficiencia de las protecciones que del carácter radical de una demanda de protección cuyas raíces profundas esclareció Hobbes a comienzos de la modernidad.” (Castel, 2004: 31) El pensamiento de Hobbes ayuda a comprender la paradoja que estructura la problemática de la sociedad civil en las sociedades modernas. En estas sociedades, la demanda de protección es infinita porque el individuo se encuentra fuera de las protecciones de proximidad, y no puede encontrar su realización sino en el marco de un Estado absoluto. Sin embargo, esta misma sociedad desarrolla paralelamente exigencias de respeto a la libertad y a la autonomía de los individuos, exigencias que no pueden realizarse sino en un Estado de derecho. Así, el sentimiento contemporáneo de inseguridad es un efecto vivido a diario de esa contradicción entre una demanda absoluta de protecciones y un Estado de derecho. Finalmente, destacamos una pregunta que realiza Castel y que, de alguna manera, expresa esa contradicción de la que se habló en los párrafos anteriores: “¿**Acaso el aumento de autoridad que se le exige a un Estado de derecho puede ejercerse en un marco verdaderamente democrático?**”⁷ (Castel, 2004: 32)

⁷ Sin negritas en el original.

3.4. La dimensión política del miedo

En cuanto se desvanece el horizonte de una comunidad integrada, queda al desnudo la situación de desarraigo y desamparo y cualquier sacrificio pierde sentido. Las tendencias de fragmentación y exclusión se hacen insostenibles. Resurge entonces la búsqueda de un mecanismo alternativo de cohesión social (...) Es la experiencia de desintegración social la que determina la reivindicación de la democracia otorgándole su significado concreto. En este sentido, la revaloración de la democracia en América Latina significa primordialmente el anhelo de una comunidad restituida. (Lechner, 1993: 70)

La *subjetividad* es un "...fenómeno complejo que abarca valores y creencias, disposiciones mentales y conocimientos prácticos, normas y pasiones, experiencias y expectativas." (Lechner, 2002: 43), el *miedo* es "la percepción de una amenaza, real o imaginaria"; [y el *orden* es] "...una propuesta, digamos, un intento de compartir. Pues bien, sólo compartimos lo que elaboramos intersubjetivamente..." (Lechner, 1990: 11) Existe una vinculación entre subjetividad, miedo y orden y, por consiguiente, entre subjetividad y política. Norbert Lechner desarrolla dicha vinculación en el contexto de transición democrática en Chile aunque muchas de sus observaciones son de utilidad para el presente trabajo.

El autor asume que los miedos son una poderosa motivación de la actividad humana y, en especial, de la acción política. Distingue tres tipos de miedo: *el miedo al otro*, que suele ser visto como un potencial agresor; *el miedo a la exclusión económica y social*; y *el miedo al sinsentido* a raíz de un proceso social que parece estar fuera de control. Debido a que nuestro interés son las representaciones sociales de la violencia urbana y

la (in)seguridad, representaciones en las que se estructuran versiones antagónicas acerca del sentido del orden social, consideramos pertinente desarrollar lo que Lechner denomina el miedo al Otro.

En la actualidad los miedos de la gente tienen una expresión sobresaliente: el miedo al delincuente. Si bien existe un alza de los delitos en las ciudades latinoamericanas, la percepción de la violencia urbana es superior a la criminalidad existente. Se percibe a la delincuencia como la principal amenaza contra la seguridad. “Probablemente la imagen del delincuente omnipresente y omnipotente sea una metáfora de otras agresiones difíciles de asir. **El miedo al delincuente parece cristalizar un miedo generalizado al otro.**”⁸ (Lechner, 2002: 44)

Este *miedo el Otro* se alimenta en varias razones.

En primer lugar, los miedos y la inseguridad son un producto social. Tienen que ver con la *experiencia de orden de los individuos*. Cuando los sujetos no se sienten acogidos por un orden sólido y estable cualquier evento puede transformarse en una amenaza vital. El barrio y la ciudad se viven como algo ajeno, adverso y carente de significado emocional. “Si no sentimos orgullo y aprecio por nuestro hábitat más cercano difícilmente nos apoderaremos del orden social como algo propio y valioso. La fragilidad del orden tiene que ver con un estilo de modernización que no echa raíces en la subjetividad de la gente”. (Lechner, 2002: 46) Además, en una sociedad competitiva el otro representa una amenaza de conflicto y cuando los individuos tienen dudas acerca de lo propio aumentan los miedos al invasor. En suma, los miedos son fuerzas peligrosas que pueden provocar reacciones agresivas, rabia y odio que socavan la sociabilidad cotidiana. Los miedos pueden producir parálisis e inducir al sometimiento,

⁸ Sin negritas en el original.

son presa fácil de la manipulación. “Hay *campañas del miedo* que buscan instrumentalizar y apropiarse de los temores para disciplinar y censurar. Más difusos son los temores y más tentador exorcizarlos mediante drásticas invocaciones de la seguridad.” (Lechner, 2002: 45-46)

En segundo lugar, el miedo a los otros aumenta en la medida que el “nosotros” se vuelve más frágil. La modernización incrementa las transacciones pero no genera lazos sociales. La familia, la escuela, el barrio ya no son lugares de integración e identificación. Así, con la erosión de las identidades colectivas también se dificulta la identidad individual. “Nuestro yo, liberado del Nosotros, se encuentra en una especie de ingravidez societal. Ya no se trata solo del miedo al Otro; es el miedo a uno mismo.” (Lechner, 2002: 47)

En tercer lugar, las inseguridades generan patologías del vínculo social y, a su vez, la erosión de la sociabilidad cotidiana acentúa el miedo al otro. El individuo día a día repite actos de confianza y establece relaciones de cooperación, sin embargo supone que los demás son agresivos, egoístas y que están dispuestos a todo para lograr sus objetivos. “La imagen de sociedad desconfiada nos habla de la desconfianza en nosotros mismos, en la fuerza de nuestros lazos.” (Lechner, 2002: 48) La modernización incrementa la autonomía y libre elección del individuo; hace estallar las viejas ataduras pero sin crear una nueva noción de comunidad.

Entonces, si el miedo es la percepción de una amenaza real o imaginaria, ¿qué percibe la gente como amenaza?, se pregunta Lechner. La gente percibe como amenaza todo aquello que pone en peligro su integridad física: asesinato, tortura, asalto; o sus condiciones materiales de vida: pobreza, desocupación, inflación, etc. No obstante, “...siendo la seguridad físico-material el interés vital más inmediato, él no explica por

sí solo el sentimiento generalizado de temor. Junto a los miedos visibles existen miedos ocultos, apenas verbalizados (...) Una angustia, ese miedo difuso sin objeto determinado, corroe todo; se desmoronan las esperanzas, se desvanecen las emociones, se apaga la vitalidad.” (Lechner, 1990: 87-88)

En la actualidad, la criminalidad es percibida como una amenaza mayor que la desocupación o la inflación. El lugar destacado que ocupa la delincuencia en nuestras sociedades es llamativo pero también es explicable: cuando se circunscribe el peligro a un objeto visible, identificable y oficialmente sancionado como “mal”, el temor se vuelve controlable. Esto se realiza por medio de una operación en donde las diferencias son transformadas en “desviación” y “subversión” y son sometidas a un proceso de “normalización”. Las diferencias son tratadas como transgresiones a la norma, cuya validez es asegurada precisamente instituyendo y, al mismo tiempo, castigando tales transgresiones. Así las cosas, la alta visibilidad otorgada a la criminalidad es un intento de objetivar un horror inconfesable, proyectándolo sobre una minoría, confirmando de esta forma la fe en el orden existente. Sin embargo, este enfoque escamotea el problema de fondo y para comprenderlo el autor propone: 1) distinguir entre la criminalidad, definida como la transgresión (violenta o no) de las leyes establecidas y la violencia en tanto violación (criminal o no) de un orden determinado; y 2) referir los miedos fundamentales a un orden violentado. Desde este punto de vista “...el miedo explícito a la delincuencia no es más que un modo inofensivo de concebir y expresar otros miedos silenciados: miedo no sólo a la muerte y a la miseria, sino también y probablemente ante todo miedo a una vida sin sentido...” (Lechner, 1990: 89)

En tal sentido, Lechner argumenta que sobre este tipo de miedos ocultos se asienta el ejercicio del poder autoritario. Si bien se refiere a las experiencias dictatoriales del Cono

Sur, sus consideraciones pueden ser reinterpretadas también en el contexto de transición mexicano. Dice el autor:

La cultura del miedo es no sólo el producto del autoritarismo, sino, simultáneamente la condición de su perpetuación. Al producir la pérdida de los referentes colectivos, la desestructuración de los horizontes de futuro, la erosión de los criterios sociales acerca de lo normal, lo posible y lo deseable, el autoritarismo agudiza la necesidad vital de orden y se presenta a sí mismo como la única solución. En resumen **lo que plantean los miedos** y, particularmente, ese “miedo de los miedos” es, **en definitiva, la cuestión del orden y ésta es la cuestión política por excelencia.**⁹ (1990: 90)

Ahora bien, las repúblicas latinoamericanas no se plantean el orden como un problema político, es decir como una obra colectiva y conflictiva. Y, a esta visión cuasiantropológica del orden se contraponen una historia de invasiones, en donde ninguna frontera física y social otorga seguridad. De esta forma, se interioriza de generación en generación un miedo ancestral al invasor, al otro, al diferente; miedo a ser asaltado por bárbaros: el indio, el inmigrante, en fin, las clases peligrosas, todos temen que la pureza de lo propio sea contagiada por lo ajeno. Y este peligro de contaminación, este temor generalizado conduce a una retracción privatista. Mientras más grande es el miedo al intruso, es decir al diferente, más altas son las barreras defensivas que levanta cada grupo social.

Entonces, en ausencia de un proyecto común en el que la sociedad se reconozca a sí misma en tanto orden colectivo, y perdida la certidumbre que estos referentes ofrecen, “...la diversidad social no logra ser asumida como pluralidad, sino que es vivida como

⁹ Sin negritas en el original.

una desintegración cada vez más insoportable. De ahí nacen el recelo a lo diferente, la sospecha y aún el odio al otro.” (Lechner, 1990: 92) La diferencia es percibida como amenaza a la propia identidad, que sólo puede ser afirmada por negación del otro; la defensa vital de lo propio se identifica con la destrucción de lo ajeno.

A este clima de incertidumbre responde el autoritarismo “encarnando el deseo de orden frente a la amenaza del caos.” La dictadura “solicita legitimación popular a cambio de poner orden, de imponer el orden: restablecer límites claros y fijos, expulsar al extraño...” (Lechner, 1990: 92) La dictadura promete eliminar el miedo y, en realidad, genera nuevos miedos: angustia de perder la identidad, el arraigo social, la pertenencia colectiva; y la promesa de orden desemboca en una experiencia agudizada de desorden. El autoritarismo se apropia de los miedos existentes ideologizándolos. “Tiene lugar una resignificación cuasiteológica de los miedos que borra las referencias a las amenazas reales, transformándolas en fuerzas demoníacas: el caos, el comunismo.”(Lechner, 1990: 95) El Estado autoritario agrega a los miedos la culpabilidad. Entonces, la gente desesperada, muerta de miedo se entrega a una instancia superior que decida por ellos, así, la instrumentalización de los miedos se constituye en uno de los principales dispositivos de disciplinamiento social.

En una sociedad autoritaria el deseo de orden es muy fuerte porque el peligro del caos es verosímil. La gente siente amenazado su sentido de orden, es decir lo que hace inteligible la vida en sociedad. En estos escenarios, la preocupación por sobrevivir impide vivir. Y para vivir, hay que exponerse. La calle es un símbolo de lo imprevisible, de quedar expuesto a todas las amenazas pero también es símbolo de lo abierto, de lo posible “¿En qué medida las calles de nuestra ciudad ofrecen lugar a nuevas posibilidades?, ¿Nos abren posibilidades de soñar y experimentar, de innovar y cambiar

de ruta, de explorar nuevos senderos?” (Lechner, 1990: 99) Estos comentarios que exploran la dimensión subjetiva de la política, concluyen afirmando que no hay una real democratización si no nos hacemos cargo de los miedos. Sin embargo, la democracia tampoco eliminará el miedo, más aún, una sociedad sin miedos es una utopía imposible.

3.5. Espacio y comunidad en la modernidad

Zygmunt Bauman (1999) explora una serie de conceptos en torno a los cuales ha girado la narrativa de la condición humana y se pregunta si estas nociones, que están muertas y vivas al mismo tiempo, son capaces de explicar la naturaleza de la fase actual de la historia de la humanidad, que él caracteriza como *líquida*¹⁰. Para el autor, la metáfora de la liquidez es la adecuada para comprender esta fase que se define por la disolución de los sólidos. Los sólidos, que se desvanecen en el momento de la modernidad líquida, son los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas. Es el momento de la desregulación, de la flexibilización, de la liberalización de todos los mercados. En este escenario en el que se desenvuelven las sociedades actuales, es interesante revisar los conceptos de *espacio* y de *comunidad* ya que están relacionados con el modo en que se construyen las representaciones de lo (in)seguro y lo violento.

¹⁰ El concepto de modernidad utilizado por Bauman podría no ser del todo adecuado para pensar México. Los países latinoamericanos viven una encrucijada en la que confluyen modernidad, premodernidad y posmodernidad y, por lo tanto, los análisis de la modernidad se ven desafiados, reformulados y enriquecidos. Al respecto, García Canclini sostiene que la cuestión decisiva no es si este continente es moderno o posmoderno, sino cómo y por qué la modernidad híbrida alcanzada durante los últimos siglos está desintegrándose. “Quizá lo que hasta fines de los ochenta podía verse como las maneras en que los latinoamericanos entrábamos y salíamos de la modernidad parece adoptar hoy el aspecto de tácticas para mantenerse, o al menos quedar colgados de la modernidad.” En efecto, en América Latina se tiene la sensación de vivir en varios siglos a la vez. “La heterogeneidad no sólo es resultado de diversidades étnicas y regionales. También deriva de desiguales accesos a los bienes modernos. Pocos conflictos lo explicitan en forma tan elocuente como los que vienen ocurriendo en México a partir del 1 de enero de 1994: el mismo día en que entró en vigencia el TLC entre México, EEUU y Canadá se inició en Chiapas una sublevación indígena que, además de cuestionar la explotación y la injusticia sufridas por las etnias y campesinos de la región, impugna el Tratado de Libre Comercio”. No obstante, algunos de los cambios descriptos por Bauman pueden ser observados en la Ciudad de México, claro no de forma homogénea.

La modernidad líquida trajo nuevas formas de significar el *espacio* en donde la seguridad se convierte en el valor más importante. Se construyen barrios cerrados a la manera de fortalezas medievales, como las protecciones que rodeaban a la ciudad de Ausburgo durante el siglo XVI y que comentamos en el capítulo anterior, que prometen aislar a los individuos de los riesgos y peligros del mundo. Cercas eléctricas de alto voltaje, vigilancia electrónica de los accesos, barreras y guardias armados son algunas de las precauciones para poder tener una vida alejada del turbulento, poco hospitalario y aterrador mundo que nos rodea. Adentro, se encuentra todo lo que una buena vida necesita para ser completa y satisfactoria: negocios, restaurantes, teatros, etc. Vivimos en ciudades que reinventan las protecciones que anteriormente ofrecía la pertenencia a una comunidad.

En una comunidad los que hacían cosas que podrían disgustar a los demás eran castigados y puestos en línea "...holgazanes, vagabundos y otros intrusos que *no son de aquí* tienen cerrada la entrada o son perseguidos y expulsados." (Bauman, 1999: 100) Este tipo de protección que en una comunidad se lograba usando ojos, lenguas y manos, ahora esta a cargo de cámaras de TV ocultas y de guardias armados que controlan los accesos de seguridad y patrullan las calles. Entonces, lo que se estaría comprando o vendiendo más allá de una casa o un departamento es la entrada a una comunidad.

Otro de los espacios que cobra nuevo significado es el de la calle. Allí, la presencia de merodeadores es un miedo que acosa y, por consiguiente, el temor a ser perseguido se ha convertido en un sentimiento común. "...la defensa de las calles, al igual que el exorcismo de las casas embrujadas del pasado, ha sido reconocida como un propósito digno y como la manera adecuada de proteger a los que necesitan protección de los temores y los peligros que los ponen nerviosos, los inquietan, los vuelven susceptibles y

los atemorizan.” (Bauman, 1999: 101) El perturbador espectro de las “calles inseguras” aleja a la gente de los lugares públicos y les impide procurarse las artes y oficios necesarios para compartir la vida pública.

Las calles, barrios y grandes partes de la ciudad son fuentes de miedo y, ante este panorama, ser duros contra el crimen construyendo más cárceles e imponiendo penas más severas suele ser una respuesta. Otra, es privatizar y militarizar el espacio público haciendo las calles, parques y comercios más seguros, pero menos libres. De este modo, los lugares de compra/consumo ofrecen lo que ninguna “realidad real” puede ofrecer afuera: un equilibrio entre libertad y seguridad.

A juicio de Bauman algunas de las principales dimensiones de la evolución de la vida urbana son: un concepto de comunidad definida por sus límites vigilados y no por sus contenidos; la *defensa de la comunidad* traducida a la contratación de guardianes armados; los merodeadores y vagabundos promovidos al rango de enemigos públicos; el recorte de las áreas públicas a los enclaves *defendibles* de acceso selectivo y la criminalización de las diferencias residuales¹¹. (Cf. 1999: 102)

Bauman, retoma a Lévi-Strauss para dar cuenta de las formas más comunes que tenemos de vincularnos con estos espacios y con los otros que circulan y viven en ellos.

¹¹ En un contexto donde el sentido de comunidad se construiría a partir de la sensación de inseguridad y en donde la violencia es cada vez más una categoría privilegiada de análisis cultural, es provechoso señalar la interesante crítica que Sánchez Prado (2006) realiza del filme *Amores perros*, de Alejandro González Iñárritu. Para Sánchez Prado esta película es el producto más acabado del imaginario de las clases medias urbanas mexicanas, de grupos sociales que ven afectados sus intereses de clase e inventan mitologías de lo marginal como forma de sublimar sus miedos e inseguridades. *Amores perros* apela a una conceptualización de América Latina como espacio de la violencia, como el lugar donde sucede una vida vertiginosa de miseria y otredad que fascina a las audiencias. “Si uno es consciente con una lectura crítica no sólo de *Amores perros* sino del campo semántico de la violencia que empieza configurar el imaginario latinoamericano, la única conclusión posible es evitar a toda costa caer en estas representaciones. (...) la violencia como categoría de análisis es un arma de dos filos: en términos transnacionales, contribuye a la otrificación de la América Latina como sitio de la barbarie y como espacio incapaz de articular un discurso verdaderamente político; en términos nacionales, contribuye a fortalecer el proyecto de la clase media neoliberal y la exclusión de sujetos marginales del espacio ciudadano. (...) Toda referencia a la violencia debería ser una crítica de la violencia, una comprensión de sus profundas raíces económicas, sociales y políticas.”(2006: 12-13)

“Claude Lévi-Strauss señaló en *Tristes tropyques* que a lo largo de la historia humana se emplearon dos estrategias para enfrentar la otredad de los otros: la antropoémica y la antropofágica.” (Bauman, 1999: 109) La primera estrategia consistía en “vomitar”, expulsando a los otros considerados extraños y ajenos, desterrándolos fuera de los confines: prohibiendo el contacto físico, el diálogo y el intercambio social. Hoy, las variantes extremas de la estrategia *émica* son el encarcelamiento, la deportación y el asesinato. Las formas superiores y *modernizadas* de la estrategia *émica* son la separación espacial, los guetos urbanos, el acceso selectivo a espacios y la prohibición selectiva de ocuparlos.

La segunda estrategia consistía en la denominada desalienación de sustancias extrañas: ingerir cuerpos y espíritus extraños para convertirlos, en cuerpos y espíritus idénticos al cuerpo que los ingirió. Esta estrategia revistió también un amplio espectro de formas: desde el canibalismo hasta la asimilación forzosa. La primera estrategia tendía al exilio o a la aniquilación de los *otros*; la segunda, a la suspensión o la aniquilación de su *otredad*. (Cf. Bauman, 1999:109)

Estas consideraciones pueden ser utilizadas para pensar los espacios urbanos actuales. Por ejemplo, los espacios que expulsan al visitante representan la estrategia *émica*, mientras que los espacios del consumidor representan la estrategia *fágica*. Ambos, responden al mismo desafío: la posibilidad de enfrentarse con extraños, esa característica constitutiva de la vida urbana. Entonces, las diferencias pueden ser vomitadas, devoradas, alejadas y hay lugares que se especializan en cada una de esas alternativas. Sin embargo, las diferencias también pueden ser “invisibilizadas”, borradas a la vista. Ese es el logro de los “espacios vacíos”. Estos son “...lugares a los que no se les adscribe sentido alguno. No tienen que estar físicamente aislados por medio de

cercas o barreras. No son lugares prohibidos, sino espacios vacíos, inaccesibles debido a su invisibilidad. Si la extracción de sentido es un acto que implica pautar, comprender, resituar la sorpresa y crear significado, nuestra experiencia de los espacios vacíos no incluye la extracción de sentido.” (Bauman, 1999:111) Además, los habitantes de la ciudad tienen su propio mapa de ella en la cabeza. Los mapas que guían los movimientos de los habitantes no se superponen pero para que un mapa tenga sentido, algunas áreas de la ciudad deben ser descartadas. Entonces, recortar esos lugares permite que los demás brillen y se colmen de sentido. “El vacío del lugar está en el ojo de quien lo contempla y en las piernas del habitante o en las ruedas de su auto. Son vacíos los lugares en los que no entramos y en los que nos sentiríamos perdidos y vulnerables, sorprendidos, alarmados y un poco asustados ante la vista de otros seres humanos.” (Bauman, 1999:113)

Para este pensador, la cotidianeidad actual está constituida por: la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección. Sentimientos que generan una angustia ondulante y dolorosa al ignorar su procedencia. “...sea cual fuere su origen, el vapor acumulado busca desesperadamente un escape, y con el acceso a las fuentes de incertidumbre y la inseguridad bloqueada, toda la presión se desplaza a otra parte, para caer, finalmente, sobre la frágil y delgada válvula de la seguridad corporal, doméstica y ambiental.” (Bauman, 1999:192) Esto trae como corolario que el problema de la seguridad esté sobrecargado con preocupaciones que no puede resolver y de las que tampoco se puede descargar.

Dentro del conjunto de cambios radicales que Bauman resume bajo el rótulo de modernidad líquida, uno de los cambios que tiene particular trascendencia es la renuncia o la eliminación por parte del Estado a cumplir el rol principal y hasta monopólico de

proveedor de certeza y seguridad. En este escenario, cuerpo y comunidad son los últimos puestos defensivos del campo de batalla donde cada día se entabla la lucha por la seguridad, la certidumbre y la protección. De ellos dependen más cosas de las que pueden realizar, de modo que es probable que sólo logren profundizar los temores que los convirtieron en refugio de todos aquéllos empeñados en hallar seguridad. (Cf. Bauman, 1999) A juicio de este teórico si el ataque contra la soberanía del Estado demuestra ser fatal, si el Estado pierde el monopolio de la coerción, esa situación no originará la disminución de la suma total de la violencia, incluyendo la violencia genocida; simplemente, la violencia será “desregulada” y descenderá desde el nivel del Estado hasta el nivel (neotribal) de la comunidad.

Desde otra perspectiva, la violencia “desregulada” para Maffesoli¹² (2006) puede ser comprendida a través de dos miradas. La primera de ellas advierte que nuestras sociedades son sociedades a las que se ha querido volver asépticas, sin riesgos, seguras y protegidas en todo sentido. Y en el fondo, las sociedades asépticas son sociedades potencialmente peligrosas. Para este pensador no sirve de nada evacuar completamente la violencia, sino que, al contrario, hay que encontrar los medios para “homeopatizarla”. En nuestras sociedades “aseptizadas”, la prohibición de la violencia ritualizada conduce a su reaparición explosiva. De modo tal que “cuando se quiere eliminar el riesgo, el riesgo se vuelve perverso. En latín, pervertir quiere decir ‘tomar caminos distintos’: la situación explota y no se puede dominar.” (Maffesoli, 2006:14) Entonces, cada comunidad debe encontrar su propio equilibrio con determinadas válvulas de escape. La vieja noción de catarsis de Aristóteles muestra la necesidad de purgarse de vez en cuando. Y, cuando una sociedad no sabe gestionar la violencia ni ritualizarla, ésta sólo

¹² Estas consideraciones de Maffesoli acerca la violencia ciudadana están enmarcadas en el contexto de las revueltas estudiantiles en Francia durante los primeros meses del año 2006.

puede ser sanguinaria. Vivimos en una sociedad aséptica que genera formas perversas, en donde no hay un ascenso de la violencia sino que es una especie de fantasía creada por la obsesión de la seguridad.

La segunda pista para explicar violencia es que hoy un modelo de República una e indivisible ya no funciona. Hemos entrado en un proceso de la posmodernidad que se basa en la heterogeneización, en la construcción a base de fragmentos. En el fondo estamos viviendo el desfase entre un modelo que sigue siendo el de la República una e indivisible y la realidad. Para Maffesoli los tiempos actuales se prestan a la segmentación y debemos tratar de ver cómo conseguir un ideal comunitario, de la misma manera que antes hubo un ideal democrático.

Con estos debates guiando nuestro análisis, nos introducimos en el siguiente capítulo, donde rescatamos las experiencias y representaciones de los jóvenes en relación las violencias e (in)seguridades.

4. Análisis de los relatos

4.1. Representaciones de la (in)seguridad

El concepto *representaciones de la inseguridad* está conformado por tres secciones: *a) interacciones en la vida cotidiana e inseguridad, b) espacio, vida cotidiana e inseguridad y c) prácticas y representaciones en torno a la inseguridad*. Antes de introducirnos en las especificidades de las representaciones y en su desarrollo, analizamos indicadores comunes que los entrevistados consideran al momento de evaluar determinadas personas, lugares o situaciones como inseguros y que se ponen de manifiesto en sus relatos. Cabe aclarar que el miedo, y por consiguiente el sentimiento de inseguridad, no es una respuesta natural y espontánea sino que obedece a lo que se percibe como amenazante en un entorno físico y social. Además, “mediante la socialización, el individuo debe aprender a identificar y a discriminar las fuentes de peligro, debe aprender a utilizar y controlar sus propias reacciones y, especialmente, debe incorporar un conjunto de saberes, de procedimientos y de alternativas de respuesta, ante las distintas amenazas percibidas.” (Reguillo, 2000: 188) Así, las representaciones de la inseguridad no son uniformes y, en consecuencia, los indicadores —es decir lo que nuestros entrevistados perciben como amenaza y que detona una “alarma” personal— son diferentes para cada persona. No obstante, aunque son los individuos concretos los que experimentan los miedos es la sociedad la que construye las nociones de *riesgo, amenaza y peligro* y genera modos de respuesta similares. En este sentido, podemos encontrar similitudes a la hora de nombrar los miedos y explicarlos en las narraciones de los jóvenes¹.

¹ En el *Anexo* se presenta una breve caracterización de los jóvenes así como las fechas y lugares en las que fueron realizadas las entrevistas.

El miedo a la oscuridad: “Si no quieres ver sombras no andes de noche”

La mayoría de los entrevistados considera como insegura o peligrosa la *oscuridad*, la cual aparece por las noches o por las mañanas muy temprano. No obstante, es la *noche* el momento más temido y cuando se desatan los mecanismos de alarma: ir caminando rápido, ir volteando hacia atrás, ir con una actitud de seguridad, no tomar transporte público o directamente quedarse en el hogar. Además, cuando cae la noche “*no importa si el sector es feo o bonito*” (Entrevista con Héctor), conocido o desconocido, de clase media, alta o baja, el temor es igual. Conjuntamente, la falta de iluminación por las noches es un factor de inseguridad y, lo es mucho más, si en el sector no hay gente.

Jean Delumeau (1989) sostiene que la noche siempre fue evaluada como el lugar de los enemigos del hombre, tanto en lo físico como en lo moral. El temor a las tinieblas es común a muchas civilizaciones. Es probable que los “*peligros objetivos*” de la noche, aquellos que experimentaron los primeros hombres cuando se encontraban expuestos a los ataques de los animales feroces sin poder adivinar su proximidad en las tinieblas, hayan llevado a la humanidad, mediante acumulación en el curso de los tiempos, a poblarla de “*peligros subjetivos*”. De este modo, el miedo *en* la oscuridad se ha convertido más generalmente en un miedo *de* la oscuridad. Además, “*la reducción de luz pone en vela a los ‘reductores’ de la actividad imaginativa. Ésta, liberada, confunde con mayor facilidad que durante el día lo real y la ficción, y corre el riesgo de perderse fuera de los caminos seguros.*” (Delumeau, 1989:143) La civilización europea de principios de los tiempos modernos cedió, con la ayuda de la imprenta, a un temor a la sombra. Así, la poesía retrató la noche con gran belleza:

¡Oh! ¿Quién no ha sentido su corazón latir más deprisa
en la hora en que bajo el cielo el hombre está a solas con Dios?

¿Quién no se ha vuelto, creyendo ver tras sus pasos

alguna forma deslizarse...?

Es seguro que entonces el espanto sobre nuestra cabeza

pasa como el viento sobre la cima de los bosques.²

En cualquier caso, la noche resultaba sospechosa, vinculada a los desalmados, ladrones y asesinos. “El enemigo aprovecha, por tanto, la noche para inducir al mal al ser humano, que se vuelve frágil debido a la desaparición de la luz.” (Delumeau, 1989: 153)

En efecto, para los entrevistados la oscuridad también se asocia con peligro y delincuencia. “*Está muy oscuro, muy oscuro y te pierdes. Haz de cuenta que para tomar un transporte tienes que caminar cuadras y cuadras y todas esas cuadras están oscuras, y hay una bandita aquí otra bandita más para allá. Casi no hay niños jugando en la calle, ves puro drogadicto...*” (Entrevista con Carolina)

El miedo a lo desconocido: “Voy a lo seguro. Me voy por el camino que conozco”

Para un gran número de entrevistados otro indicador para evaluar un lugar como inseguro es el desconocimiento del medio, que implica no sólo un desconocimiento en términos geográficos sino también de dinámicas internas. De este modo, ciertos barrios populares son representados como inseguros porque no se conocen las dinámicas que posibilitan “hallarse” en el lugar. El visitante, transeúnte o extranjero se halla expuesto a ser una víctima. En este sentido, el propio barrio en la mayoría de los casos es considerado como una zona segura porque se conocen las lógicas, los beneficios, los códigos y los vecinos. No obstante, cuando la propia colonia es valorada como insegura

² A. de Musset: *Poésies completes*. (citado por Jean Delumeau: *El miedo en occidente*. Ed. Taurus. Pág.142)

se debe a la presencia de extraños, a la gente que viene de afuera, a los desconocidos
*“La colonia se está haciendo muy peligrosa, como están construyendo muchas casas y
está llegando gente de todos lados, sí esta un poco gacho. Hace seis meses en frente de
mi casa vi por mi ventana como balaceaban a un mono y dices: ¡Cómo han cambiado
las cosas, antes no era así! y eso es porque ha llegado mucha gente”*, nos relata una
entrevistada. (Entrevista con Paula)

***El miedo al desorden: “Si hacen eso... ¿qué otras cosas no pueden hacer?, si están
rayando paredes, te pueden asaltar.”***

Como se mencionó en el capítulo teórico, la “teoría de la ventana rota”, sobre la cual se
asientan las políticas de “tolerancia cero”, sostiene que el desorden expresado en
manifestaciones visuales (por ejemplo la existencia de ventanas rotas, basura en las
calles, graffitis, vehículos abandonados, etc.) tendría un efecto criminogénico, ya que
señalaría la falta de controles a los posibles transgresores. Esta teoría relaciona
desorden ambiental y delincuencia.

Muchos de nuestros entrevistados, creen que ciertos lugares en donde hay basura en las
calles o graffitis son lugares de inseguridad y, por lo tanto, de peligro. *“Me dio terror
porque era un lugar feo, con poca luz, muy solo”*, *“hay basura en las calles, desorden,
la gente te reconoce que no eres de la zona, sientes las miradas”*, *“en general me súper
enerva que tiren basura en la calle, me molesta ver gente tomando en la calle o ver a la
gente en la calle sin hacer nada...”* Para profundizar en la relación entre desorden
ambiental e inseguridad les mostramos a los entrevistados dos fotografías diferentes en

las que se ven graffitis en paredes y jóvenes que los están pintando o escribiendo³. Al respecto obtuvimos diferentes respuestas, algunas aprobatorias y otras desaprobatorias:

“Aquí hay una transgresión, no sé exactamente que edificio sea, pero evoca el respeto a la ruina, el respeto a la antigüedad. Entonces, al hacer una pinta en este tipo de edificios, que supongo que debe ser en el centro histórico, ya pienso que es una violencia, que es una transgresión, una falta de respeto a este inmueble, que no es manera de expresar ideas. El hecho de que el personaje esté enmascarado es el anonimato, entonces es todavía más transgresor.” (Entrevista con Juan)

“En general, esta gente me parece que es resentida con la sociedad, ¿por qué lo haces?, ¿por qué pintar? Para empezar es un obra arquitectónica con un valor impresionante que te sirve para atraer turismo y, por ende, dinero. Rayarlo no me parece que sea una solución de exponer tus inconformidades contra lo que esta pasando. En segundo lugar ¿por qué enmascararte?, eso es cobardía. Me inspira molestia.” (Entrevista con Adriana)

“Lo primero que pienso es qué malo porque por la represión se tienen que tapar la cara porque si hubiera libertad en el país no tendrías porqué taparte la cara al tener este tipo de expresiones. Y, segundo, es una forma de expresarse ya que no los entrevistan en TV azteca para que digan “mueran los perros”. Me identifico que con ese tipo de expresión.” (Entrevista con Héctor)

³ Véase en Anexo *Los textos visuales: las fotografías*, las imágenes 2 y 3.

“Creo que está bien, que es una forma de expresarse. Siento que la calle es un espacio bien importante donde la gente debería poder expresarse libremente y está bien que lo hagan. Es su espacio, no tienen los medios como la televisión, entonces siento que la calle es el espacio de muchas personas. Está bien que lo hagan.” (Entrevista con Roberto)

Estas opiniones dan cuenta de cómo los entrevistados a partir de una manifestación visual construyen una representación. En la mayoría de los casos, las pintadas en la pared están asociadas al “desorden” y, en algún sentido, con el peligro ya que *“es una falta de respeto”, “hay otras formas de expresarse”, “qué van a decir los extranjeros”*. En otros casos, aunque se reconoce que es una “transgresión” se asocia a la libertad de expresión.

El miedo al otro diferente: “A ojo de buen cubero”

También es indicador de inseguridad para los entrevistados encontrarse con un *grupo* de jóvenes en una *zona desconocida* o por la *noche*. Para algunos, es más probable encontrarse estos grupos de jóvenes en las colonias de *“mala fama”*. Y, es aún más peligroso si en ellos hay personas *“drogadas”, “borrachas”,* que *“no están en su sano juicio”* o *“que no está en sus cinco sentidos”*.

A pesar de que muchos entrevistados sostienen que no se dejan llevar por el aspecto de una persona *“la apariencia muchas veces podría decir mucho, aunque dicen que el león no es como lo pintan”* (Entrevista con Pedro) existe un conjunto de características (color de piel, género, edad, ropa, movimientos y actitudes) que convierten a una persona sospechosa. Entre ellas las más nombradas son: *personas desconocidas,*

personas con miradas sospechosas, grupos de clase baja, albañiles, personas que llevan la cara tapada de alguna forma, personas que no se identifica claramente qué es lo que están haciendo, personas descuidadas en su aseo y desaliñadas, personas morenas, personas que tienen movimientos rápidos, personas con actitud evasiva y desafiante, personas que andan vagando.

En varias oportunidades, el “otro sospechoso” puede despertar el temor de los entrevistados, encauzando el miedo en una figura claramente visible. Las percepciones se condensan y se fijan las representaciones en un “otro construido”. En efecto, cada grupo social va al encuentro del otro provisto de sus propios temores. Así, los miedos no están *fuera* de lo social, se construyen y se configuran en el contacto entre grupos diversos. En este sentido, los miedos e inseguridades nos están hablando de una forma de relación con los otros que, lejos de ser materiales superfluos para las ciencias sociales, configuran y comportan no sólo una forma de hablar sobre el mundo sino una forma de actuar en él. (Cf. Reguillo, 2000)

Camino y recetas para salir del miedo: camuflajes, actitudes y reservas

Existe un conjunto de prácticas que los entrevistados aplican en sus rutinas para protegerse en situaciones de vulnerabilidad. La más utilizada es la “actitud”, entendiéndola como tener seguridad en uno mismo (o si no se la tiene por lo menos aparentar). Por ejemplo, nos cuenta Julieta: “*si viajo en transporte público adopto una actitud de que estoy segura de mí, que sé que no me va a pasar nada, me da la impresión que si me ven débil y titubeante van a decir ‘esta es más fácil’ (...) Adopto una actitud de ‘soy ruda’, intento camuflajearme en el ambiente.*” (Entrevista con Julieta)

De acuerdo con Goffman (1979) quienes quieren pasar inadvertidos en determinados ambientes se preocupan de ello, sin embargo su preocupación por que los descubran puede revelarse en su “aire furtivo”. Prestan una estrecha atención a los sujetos, que previamente han sido identificados como las fuentes del peligro, pero tratan de disimular esa atención al mantener la mirada o la cara en otras direcciones y echar un vistazo de vez en cuando. De este modo, “quienes disimulan cosas bajo lo que son apariencias normales para otros tendrán dos cosas diferentes que disimular: las realidades y el hecho de que están tratando de disimularlas.” (1979: 262)

Otras actitudes son: “*no hacerse notar*”, “*no aparentar lo que no se es*”, “*esconder el dinero*”, “*no hacer alarde*”, “*no usas joyas*”, “*no provocar situaciones*”, “*ir en un ambiente muy a nivel de las demás personas*”, “*ponerte abusada*”.

Muchos de los entrevistados tienen la percepción de que no les ha pasado nada porque no han provocado situaciones de inseguridad. Es decir, ellos *saben* como moverse, qué actitud tomar, cómo vestirse, en qué momento y por donde caminar, etc. “*Yo creo que la inseguridad si la buscas la encuentras.*”, refiere Julieta. Además, consideran que aquellos que fueron víctimas del delito (amigos, vecinos, parientes o desconocidos) o que podrían serlo no han sabido o no saben aplicar todo este “conocimiento de supervivencia”. Y, son valorados, en algunas ocasiones como: pasivos, pasguatos, tontos, distraídos, inditos, inocentes, tontita, fresitas, despistadas, confiadas, ostentosos.

4.1.1. Interacciones en la vida cotidiana e (in)seguridad

Las rutinas cotidianas, con sus constantes interacciones con los demás, estructuran y conforman la vida de los personas. Cada día se repiten pautas de comportamiento donde se revela de qué modo actuamos los seres humanos para conformar la realidad. El

comportamiento social se guía por los roles, normas y expectativas compartidas pero los individuos perciben la realidad de forma diferente según su procedencia, intereses y motivaciones. Así, la realidad es una creación de las interacciones humanas. (Cf. Berger y Luckman: 2005) El estudio de la interacción social en la vida cotidiana arroja luz sobre instituciones y sistemas sociales más amplios. De este modo, la interacción en contextos pequeños influye en los procesos sociales y los sistemas de gran tamaño influyen a su vez en la vida social. (Cf. Giddens: 2002)

La cotidianeidad de los jóvenes, marcada por la rutina de asistir a la escuela, ir al trabajo, viajar en coche o transporte público, salir los fines de semana, etc., forma parte de una zona que generalmente se identifica como segura. Así, lo señala una de nuestras entrevistadas, quien vive con su familia en una colonia de clase media en la zona de Satélite: *“En las actividades que hago en mi rutina no me siento insegura porque sé cuál es mi ruta, cuál es mi casa, cuáles son mis zonas, entonces sé que de alguna manera ahí no me va a pasar nada. En las mañanas cuando vengo de mi casa a la escuela me da un poco de intranquilidad salir porque todavía está oscuro y luego no sé te asaltan...imágenes esquizoides de que tal vez alguien me sigue, alguien está viendo a qué hora salgo. Eso me da inseguridad.”* (Entrevista con Julieta)

Sin embargo, en otros casos lo cotidiano no es experimentado como una zona tan segura, es el caso de Carolina, quien vive en una colonia popular del centro de la ciudad. *“Todo aquí desde Limón a la explanada de Candelaria, todo es dominio de los ‘chineros’, todos los puestos son de ellos, de sus familiares, primos. No todos ellos asaltan pero las esposas trabajan en los puestos y los muchachos son los que asaltan y sí te causa inseguridad. Tratas de llevarte, saludar a las personas para que no te asalten y sí he llegado a saludar a las esposas de ellos pero nada más. Lo hago para*

que no haya tanto problema como casi siempre llego en la noche y está muy oscuro. Antes había lámparas pero ya es una zona olvidada, ya se perdieron los focos o los rompieron ellos mismos y ya no hay luz en las noches. Desde Candelaria hasta Limón está oscuro, entonces sí es bastante peligroso.” (Entrevista con Carolina)

Las personas elaboran o apelan a representaciones de lo (in)seguro para interpretar el mundo y, a la vez, moverse en él con facilidad. Estas construcciones simbólicas individuales o colectivas, hacen posible la vida cotidiana plasmándose en acciones o medidas preventivas tendientes a evitar situaciones indeseables. *“Me dan inseguridad los lugares oscuros que no están muy alumbrados y sobre todo los lugares que no conozco. Si algún día tengo que cambiar de ruta, sobretodo por la mañana cuando está oscuro o en la noche cuando regreso de la escuela, procuro no pasar por ahí. Regularmente mi ruta es algo fija o rutas conocidas pero si algún día encuentro algún lugar oscuro, cerrado, procuro no pasar por ahí porque luego pasan cosas ahí. Los lugares oscuros, los lugares desconocidos, barrios que no conozco, gente que se ve así como quizás, sospechosa, no sé con una mirada penetrante, procuro alejarme de ellos, es por presentimiento, siento algo feo y bajo de la banqueta o lo que sea”*, nos cuenta Adriana.

No obstante, estas áreas de lo cotidiano pueden convertirse en problemáticas cuando se rompen rituales o se invaden espacios vitales. Al respecto, Erving Goffman (1979) sostiene que cuando las personas mantienen relaciones reguladas con otras, emplean rutinas o prácticas sociales, es decir, adaptaciones estructuradas a las normas. Estas rutinas conectadas a normas constituyen el “orden social”. Existen normas y ordenaciones conexas de comportamiento de las personas en lugares y ocasiones sociales, es decir en la vida pública; por consiguiente existe también un “orden

público”. Ahora bien, es en las situaciones en las que desconocidos y meros conocidos pasan a ser físicamente accesibles los unos a los otros, cuando el orden puede ser una cuestión central.

En efecto, para este autor en el centro de la organización social se halla el concepto de *reivindicación*. Este concepto se refiere al derecho de poseer, controlar, utilizar o transferir un bien. Hay un tipo de reivindicación que es crucial: la reivindicación que el sujeto ejerce sobre el “territorio”. Y para el estudio de la coexistencia en espacios públicos se amplía la idea de territorialidad hacia las reivindicaciones que funcionan como territorios pero que no son espaciales y que son las *reivindicaciones territoriales situacionales y egocéntricas*⁴.

El *espacio personal* es el territorio en torno a un individuo. Se trata de un contorno, no de una esfera, ya que las exigencias espaciales frente a la cara son mayores que por detrás. En este espacio la entrada de otro hace que el individuo se sienta víctima de una intrusión, lo que le lleva a manifestar desagrado y, a veces, a retirarse. Una característica interesante del espacio personal es que las reivindicaciones legítimas sobre él varían según el contexto. Factores como la densidad demográfica local, el objetivo de quien se acerca, el carácter de la ocasión social, etc. pueden influir radicalmente en la determinación de lo que se considera una infracción. De hecho, las dimensiones del espacio personal cambian constantemente.

Al respecto, relata Mariana: “*Me da miedo cuando la gente se acerca mucho, cuando no es gente de confianza, o sea yo soy muy respetuosa del espacio vital de las personas.*

Cuando la gente se acerca mucho a ti y no la conoces, me da miedo, ‘hazte para allá

⁴ Aquí sólo presentamos las que son de utilidad para esta investigación. Sin embargo, los “territorios del yo” desarrollados en los microestudios del orden público de Goffman son ocho: espacio personal, recintos, espacio de uso, turnos, envoltorio, territorio de posesión, reserva de información y reserva de conversación.

mientras que yo no te conozca bien, no cruces un metro a la redonda'. (...) Yo soy muy, muy respetuosa de mi espacio vital, no cualquier gey se me puede acercar, entonces me pone muy nerviosa... Te pueden hasta gritar cosas y ya, pero el hecho de que se acerquen, no, no me gusta. El hecho de que la gente se ponga cerca de mí, que yo sienta que me puede hacer algo sí me pone mal...” (Entrevista con Mariana)

Además, existe el *espacio de uso* que es el territorio inmediatamente en torno a o en frente de una persona, cuya reivindicación se respeta debido a evidentes necesidades instrumentales. La *reserva de información* se refiere a una serie de datos acerca de uno mismo cuyo acceso una persona espera controlar mientras se halla en presencia de otras. Dentro de esta categoría existe lo que se percibe inmediatamente acerca de una persona, el envoltorio de su cuerpo y su comportamiento actual, en cuyo caso se trata de su derecho a que nadie se le quede mirando, ni examinando. El ojeo, la mirada, la penetración visual constituyen modalidades de infracción que violan las reservas de tipo territorial. Aunque la infracción que se puede cometer con miradas intrusas tiende a ser menor que otro tipo de incursiones ofensivas ya que la distancia a la cual puede producirse la intrusión es considerable, las direcciones son múltiples, las ocasiones de intrusión posible son muchísimas y los reajustes necesarios en la disciplina ocular son constantes y delicados. En este sentido nos narra Carolina: “...*la gente es muy obscena, no sé, como que se le quedan viendo los señores, aunque uno esté feo, fui nada más una vez y dije “ya no regreso”, los señores se te quedan viendo muy mal...*” Algo parecido nos cuenta Mariana: “*Me molesta cuando vas en el camión y se te quedan viendo los señores, ¡te juro que a su madre nunca la vieron así!... Por un lado, dices sí x pero de repente hay cosas que sí te molestan y ¡hasta te dan miedo!*” También Pedro nos relata su experiencia: “...*si hay un chavo que se le queda viendo demasiado a mi*

acompañante como '¿por qué será?, ¿será que simplemente le llama la atención o está pretendiendo algo?'. Si viene solo no mucho pero si viene con otros tres pienso que hay que tener más cuidado, nos cruzamos la calle o algo así.' (Entrevista con Pedro) Del mismo modo Roberto nos describe: "Me atravesé la esquina porque al frente hay un centro comercial, me atravesé y vi que unos cuates me venían siguiendo, entonces me quedé parado y ellos pasaron y luego voltearon a verme y yo me eché a correr..."

Una característica general de estas diversas formas de territorialidad es su variabilidad socialmente determinada. Dado un contexto y lo que hay disponible en él, la extensión de las reservas puede variar mucho en función del poder y del rango que se tienen; cuanto más alto sea el cargo, mayor será el tamaño de todos los territorios del yo, y mayor será el control de sus fronteras. En este sentido, nos dice Carla: *"...trato de no ser prejuiciosa en ese sentido pero es inevitable a veces ver a un grupo de hombres de clase baja que portan ropa muy....como los albañiles, que son los que se cambian después de ir a trabajar y se nota. Aparte van en grupos grandes y todos son hombres. Casi siempre se nota que son albañiles, vienen de una construcción y salen todos más o menos para el mismo rumbo, se suben al metro, al pesero. Generalmente se suben juntos, son como ocho y se suben muy soberbios, muy agresivos y con una actitud violenta, no exactamente porque a uno le estén gritando, es su actitud. El ambiente se pone muy tenso. Para mí eso es muy molesto por los juegos que hacen en cuanto a las mujeres, ya sabes: "¡ay mamacita, estás bien buena!", esas cosas..." (Entrevista con Carla)*

Estas expresiones de Carla se podrían relacionar también con las definiciones de las personas que nacen en determinados contextos y lugares. De acuerdo con Goffman: "cuando un individuo está por primera vez en presencia de otros, lo más normal es que

éstos intenten conseguir información sobre él y que utilicen la que ya tienen (...) Los datos que hay sobre el individuo ayudan a definir la situación y hacen posible que los miembros del grupo sepan de antemano lo que el primero esperará de los segundos y éstos del primero.” Siguiendo esta premisa Anderson (1990) exploró las normas y signos de comportamiento que componen el vocabulario de la interacción en público. Demostró que las personas tienen una “sabiduría callejera” ya que desarrollan aptitudes a la hora de enfrentarse a la vulnerabilidad que perciben en sí mismas en relación con la violencia y con la delincuencia. Llegó a la conclusión que:

...el color de la piel, el género, la edad, los acompañantes, la ropa, la joya y los objetos que la gente lleva ayudan a identificarlos, de modo que se forman ciertas premisas y la comunicación puede tener lugar. Los movimientos (rápidos o lentos, falsos o sinceros, comprensibles o incomprensibles) ayudan a matizar aún más la comunicación en público. Factores como la hora del día o una actividad que “explica” la presencia de una persona también pueden influir en cómo se neutraliza la imagen de desconocido y cuánto tiempo se necesita para ello. Si un desconocido no pasa la inspección y no se le considera “seguro”, puede surgir la imagen del depredador y, en consecuencia, es posible que el resto de los transeúntes intenten mantenerse a distancia (1990:167)

Anderson mostró que las tensiones que surgen en la interacción se derivan de status exteriores como la raza, la clase y el género. De este modo, estableció un puente entre las interacciones a nivel micro y los procesos sociales. (Cf. Giddens, 2002) En este sentido, para la mayoría de las mujeres entrevistadas el hecho de ir caminando solas en una calle y a la distancia observar que se acerca un hombre, es considerado como una

situación de vulnerabilidad. Mucho más si ese hombre trae la cara tapada de algún modo (gorra o bufanda) o si no se identifica claramente qué es lo que está haciendo. Esta percepción las lleva a desarrollar aptitudes como el *arte de la evitación*:

“...Normalmente, traen la cara tapada con gorra o traen algo así que les tapa la cara o vienen corriendo. La gente que viene corriendo regularmente es como ‘¡ay!, ¿qué quiere? o ¿a dónde va?’ y me hago a un lado para que pasen. Hombres regularmente, altos o grandes, ese tipo de personas me causan...los hombres en general, tengo cuidado con los hombres.” (Entrevista con Adriana)

“...los hombres que tienen esa característica, muy morenos, muy acá y te dan miedo, Tal vez no te hagan nada... La persona descuidada en su aseo y todo eso pues siempre te da miedo ¿no? Siempre le das un rechazo y hasta eso es malo porque a lo mejor no te van a hacer nada. Pero siempre la gente mal vestida y que no se ve muy alineada es la figura de la que tengo cuidado (...) Los hombres sí me dan más temor que las mujeres porque no te puedes defender.” (Entrevista con Paula)

“...me bajo del carro y se acerca un muchachito, rápido, rápido, corriendo y se guarda las dos manos (...) Se acerca corriendo súper decidido y saca las manos y dije: ‘no ¡puta!’, entonces me dice: ‘no te espantes, no te va a pasar nada pero ándate con cuidado’(...) Haz de cuenta que estaba drogado, chavitos, de esos chavitos, moreno, bueno a lo mejor porque era de noche pero sí era moreno. De repente se me acerca y me dice así y me pone las manos súper cerca de la cara...” (Entrevista con Mariana)

“...siento que es mucho la actitud de la persona, si veo que es una persona como rara, entre evasiva pero desafiante, no se a lo mejor es como contradictorio. Eso es lo que a mi me podría alarmar de una persona, no tiene que ser precisamente con características específicas.” (Entrevista con Julieta)

Situaciones como las mencionadas se pueden relacionar con el estudio de Carol Brooks Gardner (1995) quien analizó el acoso verbal que sufren las mujeres, por parte de los hombres, cuando van caminando por la calle. Generalmente, esta interacción se produce en varios contextos pero la más conocida es en la zona de obras y es considerada como insultante por la mujer. Según la autora, no es posible entender en absoluto este tipo de interacción sin observar también el contexto global de la jerarquía social de género. De este modo, el acoso al que someten los hombres a las mujeres está vinculado con el sistema general de desigualdad en razón del género que representan los privilegios del hombre en los espacios públicos, la vulnerabilidad física de la mujer y la omnipresente amenaza de violación. (Cf. Giddens: 2002)

“...que griten piropos, eso es muy molesto pues nunca sabes con que intención va. A lo mejor es como una broma y ya pasa pero ¿que tal que no? (...) los piropos se me hacen muy agresivos, se me hace una falta de respeto.” (Entrevista con Julieta)

“...la otra vez me crucé aquí en la parada y se me acerca un señor. Unos señores estaban ahí y se me quedan viendo pero lo que me sacó fue cuando el señor, un señor grande, bueno aparte de que me vió como jamás vieron a su madre, eso sí te da coraje, dices: ‘¿qué onda?, ¿no?’ De repente se acerca, se para en frente y me dice: ‘¿sabes

que muchacha? Estás muy guapa'. Dices eso es un problema porque el hecho de que ya se atrevan a acercarse, yo me quedé así, igual le pude haber mentado su madre pero dices pues no..." (Entrevista con Mariana)

"...incluso cómo te miran, te desvisten con la mirada. Por lo regular procuro ignorarlos mientras más caso les pongas es peor, los ignoras y ya vas en tu onda. Pero sí es como un momento de incertidumbre cuando se suben, llegan todos juntos dices: chin, en qué plan vienen." (Entrevista con Carla)

Ahora bien, veamos que dicen los varones de tales situaciones. Por ejemplo, para Raúl *"las mujeres deben tener cuidado porque hay mucho acoso tanto en el metro como en el micro, en la misma calle, aunque luego el hombre hace piropos para chulearlas pero luego a ellas le provoca miedo y piensan 'ay este tipo qué me va hacer' y huyen de la situación."*(Entrevista con Raúl) Francisco relata que estaba en el metro, durante las horas en las que separan los vagones para varones y mujeres, y se subió al vagón de las mujeres. De pronto se dio cuenta que era el único hombre y todas las mujeres lo miraban. Además, *"se sacó de onda"* ya que una mujer empezó a decir en voz alta *"pero si este es el vagón para mujeres ¿qué hace acá?... debe ser puñal"* (Entrevista con Francisco) En este caso, para las mujeres que viajaban en el metro, él podría haber funcionado como signo y fuente de alarma.

Otra característica señalada por Goffman es que el estudio de las pequeñas reservas de situación y egocéntricas del yo —el respeto que se les demuestra y las defensas de ellas que se emplean— obliga a tratar el sentimiento subjetivo que el individuo tiene de su yo, su ego, la parte de sí mismo con la que identifica sus sentimientos positivos. Es el

papel que se permite al individuo en cuanto a determinar lo que reivindica. Una decisión aparentemente autodeterminada y activa acerca de cómo se utilizarán las reservas de uno permite que esas reservas constituyan las bases de un idioma ritual. “La autodeterminación percibida es algo clave para el sentimiento de uno de lo que significa ser persona en todo el sentido del término. Entonces cabe entender la voluntad personal, o volición, no como algo con lo cual tienen que llegar a un arreglo y hacer concesiones las disposiciones territoriales, sino más bien como una función que se debe insertar en los agentes para que pueda funcionar el doble papel de las reservas.” (Goffman, 1979: 77) Podemos relacionar lo anterior con lo que nos cuenta Héctor: *“Pues hay técnicas, ya ni siquiera de defensa personal sino de tips que les dicen a los hombres y mujeres: si vas caminando con la cabeza agachada, todo triste y tonto, pues te cae el guey. En cambio si vas en una actitud de que tú ya conoces el rumbo o que vas muy seguro o sea el cuate no te va a caer porque el asaltante lo que menos quiere es tener problemas, o sea el asaltante está más nervioso que tú porque el que está cometiendo el ilícito es él no tú. Entonces, donde pase una pinche patrulla lo cargan a él no a ti. Depende de tu actitud, se supone que el asaltante te asalta o no. Igual y está en la misma esquina todos los días y tú pasas y no te hace nada y todos los demás gueyes que pasan los asaltan pero a ti no, y no es porque seas del barrio, ni nada, ni porque te vea diario el cuate, sino por la actitud.”*

4.1.2. Espacio, vida cotidiana e (in)seguridad

La vida cotidiana, como se señaló anteriormente, no es igual para todos los jóvenes porque existen especificidades que dependen de la situación social, el género, el medio

cultural en el que se desenvuelven, la familia, la educación, los sueños y deseos, etc.⁵ Por consiguiente, en los recorridos diarios de los jóvenes, en los usos y apropiaciones del espacio, en las relaciones con los vecinos, en sus consumos culturales y en los lugares de diversión a los que asisten, se configuran distintas representaciones de lo seguro/inseguro. Por ejemplo, mientras que para algunos el metro y sus alrededores (puestos ambulantes, taquerías, etc.) pueden llegar a ser zonas riesgosas para otros se constituye en un espacio que brinda protección y seguridad. En este sentido, Carla, quien vive en la Condesa, cree que puede encontrar personas sospechosas, ante quienes debe mostrar una actitud fuerte, en el metro cercano a su casa y en las cuadras adyacentes *“En el metro, por ejemplo aquí cerca de la casa, del metro Chilpancingo lo que son las dos cuadras hacía Aguascalientes o de Chilpancingo sobre Insurgentes igual hasta Aguascalientes. Entonces ya lo tengo identificado y es cuando apresuro más mi paso, porque ahí es donde están los puestos; los puestos de comida, los puestos de películas piratas, o sea venden un montón de cosas. Entonces ahí siento que es mucho más susceptible...”* En cambio para Francisco, quien vive en Pantitlán, los puestos ambulantes y taquerías en los alrededores del metro le hacen sentirse seguro, él cree que es una forma de protegerse de la gente del barrio. *“...toda esa idea que tenía que era peligrosos y demás, quizás lo es, pero afortunadamente ahorita es muy tranquila. Como siempre hay gente en la calle hasta altas horas de la noche, hay muchos negocios abiertos, muchas tiendas, puestos de comida. Por lo mismo que hay mucho tránsito de gente, he caminado relativamente tarde a las once, doce de la noche por ahí por esas calles y tranquilo. Digo me voy por el camino que conozco, tampoco me he atrevido a conocer nuevos caminos a esa hora. Pero en ese sentido yo la he sentido bastante*

⁵ Se dará mayor extensión a este punto en la categoría de análisis “Jóvenes e inseguridad/violencia urbana”

tranquila.” Asimismo, Carolina al salir de su casa y transitar las calles de su colonia se siente insegura pero una vez en el metro se tranquiliza y comienza a arreglar su aspecto personal. “Haz de cuenta que voy pasando el metro Pantitlán y ya agarro me arreglo, me pongo mi reloj, mis esclavas, mis anillos. Ya cuando paso el metro Pantitlán me siento más segura, ya no es tan feo. Entonces, ahí ya me puedo arreglar pero ya de regreso me quito todo y lo guardo...”

En suma, cada sujeto, en diálogo constante con la cultura, construye sus propias representaciones. Sin embargo, las representaciones no sólo se conforman desde las experiencias individuales sino también desde las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que heredamos a través de la tradición, educación y comunicación social. A juicio de Moscovici (1993) las representaciones, como modalidades particulares de conocimiento, hacen inteligible la realidad física y social posibilitando que los hombres se integren a un grupo o a una relación cotidiana de intercambios. Es así que las representaciones proveen esquemas que permiten familiarizar lo desconocido, formando parte de lo que se denomina *conocimiento de sentido común*. Asimismo, las representaciones guían la acción en situaciones desconocidas, que se salen del marco de lo controlable para los sujetos. Por ejemplo, para Héctor el tema de la inseguridad es todo una cuestión de publicidad; sin embargo, cuando se sale de sus zonas de influencia siente intranquilidad: *“Yo en general cuando me salgo de la rutina, cuando me salgo de lo que normalmente hago, sí es algo que me saca de onda. Mi rutina no es muy básica, siempre hago cosas distintas, casi diario, pero hay una rutina que llegas a una hora a tu casa, ves a tu novia, trabajas, vas y comes y cuando algo sale de esa rutina sí es como extraño. Por ejemplo, si el metro va muy solo y hay tres gueyes si digo ‘mmm’, sientes que te puede pasar algo. Pero no nos*

ha pasado y es por eso que yo digo que es más propaganda que nada. Igual y los tres gueyes del metro sienten que yo entro con alguien y dicen a ver si esta pareja no es de los que asaltan. Entonces, ya no sabes de quién sospechar porque si sospecharon de mí y de mi pareja y yo sospecho de los tres que van en el metro. Es propaganda más que nada porque no pasa nada, o sea como que la gente está a las vivas y no se mete nadie con nadie”.

Ciudades perdidas, guetos, favelas o villas miserias son algunos de los términos empleados para referirse a las zonas marginales de las ciudades latinoamericanas. Paralelamente, el clima de inseguridad promovido por la prensa y asumido como una de las preocupaciones más importantes de la población lleva a que estas zonas aparezcan como el origen de la actividad criminal. Esto nos conduce a ubicar al *espacio* como un elemento central en los procesos de construcción de representaciones sociales de la inseguridad y la violencia. Para profundizar en dicha noción retomaremos los aportes de Sandra Walklate⁶ (2001) Según la autora, actualmente las tasas de criminalidad oficiales y las investigaciones sobre victimización sostienen que la posibilidad de ser víctima de un crimen es altamente probable en las *inner cities* (o zonas de transición). Estas áreas no sólo son retratadas como espacios del crimen sino que se asume que la gente que allí vive lo hace en un estado de miedo constante acerca de lo que sucede en su propio vecindario. De este modo, el debate actual conecta el *miedo al crimen* con el *riesgo de crimen*. No obstante, la autora se pregunta: ¿cuál es la realidad vivida por las

⁶ Sandra Walklate realizó la investigación *Fearful Communities?* en la zona conurbana de Manchester en el Reino Unido, comparando dos áreas, predominantemente blancas, económicamente similares y de alta criminalidad. Si bien las observaciones y aportes teóricos de la autora se refieren a un contexto diferente al de la presente investigación son de gran utilidad para repensar algunas nociones e invitan a la reflexión. Asimismo, la propia autora remarca estas cuestiones no son solamente importantes para áreas de alta criminalidad.

personas en las áreas de alta criminalidad?, ¿cómo la gente que va a trabajar, a estudiar construye su sentido de seguridad?, ¿hasta qué punto se vive una realidad de criminalidad o miedo al crimen? Para dar respuesta a estas preguntas se basa en dos premisas. La primera de ellas, tomada del trabajo de Giddens, es la *seguridad ontológica* y señala que todos los individuos desarrollan su propio sentido de seguridad basado en sus rutinas diarias. La gente se las arregla con el peligro y con el miedo asociado a éste mediante formulas emocionales y conductuales que pasan a ser parte de sus prácticas y pensamientos de todos los días. La segunda premisa es el rol de la *comunidad* en la vida de las personas ya que se constituye en un factor de mediación para el manejo de la seguridad. Asimismo, en la base de la *seguridad ontológica* estaría la confianza, lo cual conduce a considerar el valor de este concepto en lugar del miedo para entender la responsabilidad de la comunidad ante el crimen. El cuadrado de la confianza estaría conformado por: el Estado, la (des)organización de la comunidad, la (des)organización del crimen y los mecanismos de sociabilidad. Dependiendo de donde esté ubicada individualmente la persona entre los diferentes puntos del cuadro será la respuesta a las preguntas de: en quién puedes confiar, cómo puedes confiar y cuánto.

Entonces, la relación que las personas tienen con el crimen, la victimización criminal y el miedo al crimen está mediada por la relevancia de sus relaciones con la comunidad local y su posición estructural dentro de esa comunidad⁷. Entender la naturaleza de

⁷ De acuerdo con Castel (2004) en las sociedades premodernas, donde predominan los lazos entretejidos alrededor de la familia y la comunidad, la seguridad está garantizada por la pertenencia comunitaria. Este tipo de sociedades protege a sus miembros sobre la base de redes estrechas de dependencias e interdependencias. Con la modernidad el individuo es reconocido por sí mismo independientemente de su inscripción en colectivos. Autores liberales, como Hobbes y Locke, asumirán que la protección civil estaría fundada en el Estado de Derecho y la protección social en la sociedad privada. No obstante, el Estado no puede erradicar totalmente la inseguridad porque para hacerlo debería controlar todas las posibilidades de transgredir el orden social, lo cual no sería posible en un Estado de Derecho. Desde una perspectiva similar, Bauman (2002) argumenta que vivimos en ciudades que reinventan, mediante tecnologías de la seguridad, las protecciones que anteriormente ofrecía la pertenencia a una comunidad.

estas relaciones sugiere que la pregunta por la confianza tiene mayor valor para indicar quién tiene miedo al crimen y quién no.

De este modo, la *confianza* es un mecanismo gracias al cual los individuos se las arreglan con la rutina diaria de su vida, situándose de manera diferente en su relación con el Estado, el crimen, la comunidad y la responsabilidad social.

Ahora bien, veamos el modo en que nuestros entrevistados respondieron a las cuestiones espaciales y de que forma las consideraciones previas nos pueden ayudar. El modo en que es evaluada la colonia donde viven los entrevistados y su comparación con otras colonias de la ciudad nos da algunas pistas para pensar el espacio como factor generador de sentimientos de seguridad. Carla, quien desde hace muchos años vive con su familia en un edificio de la colonia Condesa, cree que su colonia es segura.

“Primero porque hay una media del nivel socioeconómico de las personas y eso hace que no haya robos mínimos como de llantas o sea entre los mismos vecinos no se roban.

Porque, por ejemplo, sé de otras colonias, tengo un amigo que vive en Iztapalapa que le roban la ropa que cuelga en el tendedero. Yo no he escuchado una cosa así aquí. (...)

Incluso resulta seguro para los visitantes porque por lo regular, en este caso

Iztapalapa, las personas que viven allí nunca les pasa nada, pueden caminar a las once

de la noche por su casa, es decir saben quiénes son y quiénes no son, pero nada más

falta que llegue alguien ajeno a la colonia o ajeno a la delegación y te asaltan.

Sin embargo, Castel (1997) arguye que la precariedad en las relaciones laborales actuales puede ser compensada por una fuerte relación familiar, de vecindad, o de redes de solidaridad comunitaria. En la misma sintonía, Jesús Martín Barbero (1988) afirma que frente a la provisionalidad y rotatividad del mercado de trabajo, que dificulta la formación de lazos permanentes, es en el barrio de las clases populares donde se pueden establecer solidaridades duraderas y personalizadas. Retomo a estos autores con el objeto de ubicar la noción de comunidad en el presente trabajo. Me referiré a ésta, no como un concepto anclado a un tiempo histórico (premodernidad) ya que estaría suponiendo que América Latina ha superado esta etapa, sino que me referiré a la misma como el sentimiento de pertenencia y confianza que los entrevistados tienen con sus vecinos, amigos y familia de la colonia donde viven. Sentimientos que tienen una alta incidencia en la construcción de redes de solidaridad y que sirven como mediación entre los entrevistados y lo que se percibe como inseguro.

Entonces, aquí no pasa tanto eso. Siento que sí hay cambios, en otras colonias no pasan tantas patrullas, aquí sobretodo en la noche es una cosa impresionante. Yo, a veces saco a mi perro a la noche y veo que apenas acaba de pasar una cuando ya está pasando la otra. Entonces, eso es importante, una vez tuve que hacer una llamada y la patrulla llegó rapidísimo, llegan muy rápido a esta zona, no se a qué se deba...bueno seguramente alguna preferencia debe de tener...”

En este caso, la percepción de seguridad estaría dada por un lado por un sentimiento de pertenencia, Carla vive en la misma colonia desde niña. Pero por otro lado, y esto queda claramente ejemplificado por la comparación con otras colonias, la seguridad también estaría dada por la posición socioeconómica de la zona en cuestión que hace que también sea segura para quien no pertenece a la comunidad.

En cambio para Raúl, que vive desde niño en una colonia popular del centro de la ciudad, de las que son consideradas “peligrosas”, la apreciación es diferente. Apenas sale de su edificio, la enorme cantidad de puestos ambulantes no le deja ver el horizonte. Frente a su casa y varias cuadras a la redonda se ubican los puestos de los “chineros”, que son vendedores ambulantes y también asaltantes. En alguna ocasión le intentaron robar pero supo cómo escapar debido a que estaba alerta y que conocía la dinámica de los “chineros”. Ahora, no sólo él es respetado sino que también los restantes miembros de su familia. “...como vives aquí, lógicamente no te gusta que te estén molestando ni nada y si no les pones un alto, siempre que pases te van a estar diciendo de cosas y te van a estar molestando, a estar pegando. Antes sí respondía, ahorita ya no por lo mismo, como ya les pones el alto, ya como que ‘con él no porque él sí responde, él no se deja’, ora sí que así funciona.”

Raúl siente que su colonia es segura para quien conoce la dinámica, para quien sabe cómo evitar los problemas, sin embargo es insegura para el visitante o el transeúnte.

“...ora sí que saben a quien robar. Por lo regular asaltan mucho a los hombres, les hacen así como una llave en el pescuezo y los desmayan y les empiezan a sacar las cosas y ya se echan a correr. Ya se para el señor así todo tonto (...) Me molesta que roben aquí porque luego las personas que vienen, vienen con miedo: familiares, amigos, no pueden venir tranquilos, ellos vienen con temor, me dicen: ‘es que está bien feo por ahí’, eso es lo que me molesta...” Lo interesante, es que Raúl realiza las actividades de su vida cotidiana: ir a la escuela, visitar a su novia, salir los fines de semana sin preocupaciones. *“...no me causa conflicto todo eso. No me causa ningún conflicto porque vivir así con temor no. Ando así en la calle caminando, tranquilo. Lógicamente que donde no conozco pues sí como que ubico, volteo y así pero no me causa conflicto.”*

Sin embargo, Carolina que vive en la misma colonia de Raúl tiene una percepción diferente, un poco más ambigua. Ella vivió un tiempo en la colonia cuando era niña luego se mudó con su familia a Guadalajara y hace cinco años que están de vuelta en La Merced. Señala que le gustaría cambiarse de colonia: *“...cada vez que sales del portón te produce miedo porque en sí es muy inseguro vivir aquí en el centro”*. Primeramente sostiene que la zona es insegura para los locales y también para el visitante. *“...una vez asaltaron a mi papá. Es que luego están demasiado drogados y es cuando te asaltan, si están bien o en su sano juicio no, a los de la colonia no les hacen nada. Casi siempre es a los que vienen de afuera o ¿qué te diré? a los que viene muy distraídos, a la gente que se ve muy pobre...como...es que no quiero decirles inditos, pero sí, pues no le sacarán*

mucho pero lo hacen. Es que luego vienen tomados y los señores son albañiles y los albañiles sí ganan bien, entonces uno cree que no tienen dinero pero sí tienen.”

Luego, en una segunda instancia, dice sentirse segura pero recalca que es entre comillas. *“...aquí casi no es contra los vecinos sino contra la gente que no conocen. Entonces esto que me pasó es en Mixcalco, a cuadradas de aquí pero no es tu barrio por decirlo así, en esta zona lo que es de Limón a Candelaria me siento segura. Incluso, conoces a las personas (...) Una vez asaltaron a un vecino y nos contó que le regresaron sus cosas porque el chavo conocía a la mamá de uno de los asaltantes. Entonces, agarró y le fue a decir a la mamá que su hijo la había asaltado que él vive aquí que cómo es posible, entonces agarraron y le regresaron sus cosas y ya.”*

Carolina valora a su colonia como insegura comparativamente con otras colonias de la ciudad. *“...yo creo que hay lugares más difíciles que otros, porque he estado en otras colonias a las dos, tres de la mañana y no me ha pasado nada. Incluso he andando en las calles y no me ha pasado nada. Allá, por ejemplo, por Polanco una vez anduve hasta las dos, tres de la mañana y todo lo vi muy tranquilo. Anduve allá en Tlahuac y muy tranquilo, haz de cuenta que estuvieras en provincia, que nadie te hace caso, todo mundo anda en su rollo y tu puedes estar ahí haciendo tu relajo y nadie te hace caso.”*

En suma, las diferencias entre Raúl y Carolina podrían deberse, siguiendo a Walklate, al sentimiento de pertenencia. Mientras que Raúl siente que puede llevar una vida tranquila siempre y cuando sepa como moverse en la lógica del barrio, Carolina tiene un sentimiento más ambiguo: por un lado, cree que llevarse bien con los vecinos y conocer la lógica del barrio hace que sus rutinas sean un poco más tranquilas pero, por otro lado, no confía en la mayoría de sus vecinos salvo su pequeño grupo de amigos y dice estar

en un estado de alerta permanente. Quizás también la diferencia entre ambas percepciones este relacionada con el género.

De acuerdo con Michel de Certeau (2000), la organización de la vida cotidiana se articula en dos registros: los *comportamientos* que se dan en el espacio social del barrio y se traducen en códigos de cortesía, ritmo del caminar, el acto de evitar o al contrario de usar tal o cual espacio público; y los *beneficios simbólicos esperados* por la manera de “hallarse” en el barrio, lugar en donde se manifiesta un arte de coexistir con los interlocutores a los que nos liga el hecho concreto, pero esencial, de la repetición. La “conveniencia” es el concepto que articula estos dos registros. Esto implica un compromiso por medio del cual cada uno renuncia a la anarquía de los impulsos individuales y, de esta forma, da anticipos de vida colectiva. El usuario se convierte en socio de un contrato social que se obliga a respetar a fin de que la vida cotidiana sea posible.

En este sentido, Mariana, quien vivió desde niña en la misma zona con su familia, considera que su colonia es segura. Un conjunto de condiciones se reúnen para que ella así lo evalúe: conoce los lugares, tiene trayectos cotidianos, mantiene relaciones de vecindad, saluda a los comerciantes, sabe quiénes son los extraños y hasta conoce a los señores borrachos que la pueden acompañar hasta su casa. Estos *comportamientos* y los *beneficios simbólicos esperados* producen y organizan un dispositivo social que permite que Mariana, y también el resto de los entrevistados, sepa como “hallarse” en su colonia y ser reconocida. En palabras de la entrevistada: “*No es la colonia, o sea no es la gente que vive ahí, pero la gente ajena que de repente anda ahí vagando, la gente que no es común. La gente que sabes que son los vecinos pues igual pueden ver que me pueden estar molestando y salen: ‘¿sabes que?, déjala en paz’ y cosas así pero cuando no hay*

nadie y nada más te encuentras a esa gente que ni al caso, que estas viendo que vienen borrachos, sí es lo que me da miedo (...) A veces me corre el tiempo y no me doy cuenta y ya se me hizo tarde, pero hay unos vecinos que son súper borrachos pero sí te cuidan, 'ay buenas noches, ya es bien tarde', te conocen, los ves todos los días. Entonces, no harán bien pero evitan el mal...Son gente que se emborrachan en la orilla de la esquina...A ellos los conozco desde chiquita, son gente, no productiva en los más mínimo pero son gente que no te hace mal, entonces 'buenos días señorita, buenas noches señorita, ya es bien tarde señorita, la acompaño a su casa' y te agarran dos y te acompañan. Al final los tienes que cuidar más a ellos pero pues como tampoco la gente se mete con ellos porque no te agreden, ni te dañan, pues realmente es una seguridad que vayan ellos atrás de ti."

Lo mismo sucede con Héctor, quien actualmente vive en una zona considerada conflictiva, sin embargo la organización de su vida cotidiana con sus rutinas y sus beneficios simbólicos, hace que él se sienta tranquilo. "...mucha gente nos dice: 'por ahí esta bien peligroso', o mi mamá nos dice: 'yo oí que en Iztapalapa asaltaron' y hasta nos habla por teléfono: 'oí que pasó tal cosa'. Aparte vivimos en una unidad habitacional donde son seis edificios nada más y hay seguridad las 24 horas y está el cuate ahí en la puerta y nadie entra si no dices a qué departamento y en qué edificio. Entonces también por eso a lo mejor no pasa gran cosa porque toda la calle es sólo de unidades (...) Pasan patrullas muy de vez en cuando como checando el sector pero no pasa nada, no hay balazos, es muy tranquilo." Anteriormente, vivía en la colonia Los Alamos, la define también como un sector tranquilo, aunque reconoce que él la ve así ya que ha vivido ahí durante casi toda su vida. "...estamos pegados a la Narvarte, luego la de nosotros que es la Alamos, pasas el Viaducto y es la Buenos Aires y la Doctores

pero no pasa nada, no hay nada por ahí. Yo tengo amigos de la Buenos Aires, de la Doctores y dicen que ya no pasa gran cosa que ya más que nada es la fama de ellos, de todos los medios de comunicación...no pasa nada”.

Héctor relata que sobre Eje Central, hay dos cuabras donde siempre se ve un grupo de personas, que tienen sus negocios en la colonia Doctores pero salen hacia el Eje, que es una avenida más concurrida, para llamar a los clientes. A una determinada hora del día, estas personas se reúnen a jugar un juego de mesa en una de las esquinas y ahí se quedan durante horas. *“Se la pasan ahí y están ahí jugando. No están esperando a ver quién pasa para asaltarlo. Yo que paso por ahí muy seguido los veo, porque he vivido casi toda la vida ahí. Yo sé que paso por ahí y esos gueyes van a estar seguro y están jugando pero ni siquiera toman en la vía pública, ni están esperando a ver a quien asaltan. Pero si tú pasas por ahí y nunca has pasado dices ‘puta son las diez de la noche y hay diez gueyes ahí’, te da miedo y dices ‘uy mejor me paso al otro lado o agarro un taxi o me meto al metro o algo haces’.”*

En correspondencia con estas representaciones que identifican al propio barrio, vecindario o colonia como una zona segura, a la mayoría de nuestros entrevistados no los han asaltado en la colonia donde viven. A dos de ellos, los intentaron asaltar en las calles de su colonia en una sola ocasión mientras que a una sola entrevistada la asaltaron cerca su casa, saliendo de la tienda. Del total de nuestros entrevistados, una sola persona sufrió un asalto en su vivienda. En ninguno de estos casos el incidente fue con violencia física.

La mayoría de los entrevistados fueron asaltados o les intentaron robar en lugares como: cruceros, transporte público, taxi o antros. Uno solo, una mujer, sufrió un secuestro

“express” al subirse a un taxi. En la mayoría de los casos los delitos contra las mujeres fueron sin violencia física, presentándose mayores casos de asaltos con violencia en los hombres. Esto puede estar relacionado a que los hombres son más propensos a responder de manera agresiva en un asalto o intento de asalto.

Además, como mencionábamos, los entrevistados se representan lo oscuro y, por lo tanto, la noche como peligrosa. Sin embargo, es bastante similar el número de entrevistados que sufrieron asaltos o robos en horas de la noche y el número de los que lo padecieron de día. Aunque, cabe destacar, que es mayor el número de hombres que han sido asaltos en las noches⁸.

4.1.3. Prácticas y representaciones en torno a la (in)seguridad

La Ciudad de México y alrededores con 17 millones de habitantes es una de las zonas más pobladas del mundo, esta superpoblación genera un sinnúmero de posibilidades pero también de dificultades. Entre estas últimas está el hecho de que para moverse de un lado a otro las personas inviertan varias horas al día ya sea por las enormes distancias o por problemas de tráfico (embotellamientos, accidentes, vialidades en refacción, etc.) Del grupo de jóvenes entrevistados, la mayoría viaja en transporte público (metro, metro bus, “peseros”, “camiones” y trolebús) y una minoría en el auto de su familia. Los motivos por los cuales se movilizan son: para ir a la universidad, al trabajo, a buscar trabajo, para encontrarse con otras personas, para pasear y divertirse. García Canclini (2005b) en un estudio sobre consumos culturales en la Ciudad de México señaló que la apropiación del espacio urbano en el tiempo libre está restringida por las enormes distancias que se debe atravesar para llegar a un teatro, a un cine o un estadio, y por los

⁸ Ver cuadro de entrevistados asaltados en Anexo.

esfuerzos que implica trasladarse en una ciudad donde la expansión de la mancha urbana creció más rápido que el transporte y los equipamientos culturales. En efecto, algunos de nuestros entrevistados, y a pesar de ser jóvenes y solteros, no salen con tanta frecuencia. Se sienten cansados luego de haberse levantado temprano (la mayoría se pone de pie entre las cinco y seis y media de la mañana) para cumplir con sus obligaciones. De este modo, en algunas ocasiones la propia característica de la ciudad determina que los consumos culturales sean hogareños más que el miedo a la delincuencia o a la violencia.

“Por ejemplo, Coyoacán de noche se pone muy chido. Pero no me gusta porque siento que es muy inseguro, a lo más que me he regresado es a la nueve, nueve y media de la noche y créeme que ya con el Jesús en la boca. Igual me rento un día una habitación y vivo la ciudad de noche pero no y más como vivo tan lejos, como yo vivo tan, casi en al periferia, casi en Toluca, se me hace muy largo, entonces tengo que cruzar muchas, muchas calles, entonces también es eso porque puedo salir de Coyoacán a las nueve y voy llegando a mi casa a las doce”. (Entrevista con Mariana)

“Por la noche los fines de semana ya no salgo. Ya no me da ganas. Ahora ya no tengo ganas de desvelarme hasta las seis de la mañana del otro día. Estoy tan cansada que no tengo ganas de ir a fiestas ni nada de eso. Los fines de semana descanso o hago las compras que no pude hacer en la semana.” (Entrevista con Adriana)

“En las tardes, generalmente me quedo en mi casa y si salgo es a lugares cercanos porque el norte de la ciudad está alejado de todo el resto, me gusta salir por ahí, hacer

cosas muy tranquilas, regreso cuando salgo a las nueve, diez y ceno, me duermo y ya”

(Entrevista con Julieta)

“En las tardes, como está bien lejos mi casa, normalmente me quedo allá. Procuero salir porque no me gusta mucho estar en mi casa, procuro salir en las tardecitas pero te digo no hay nada por allá. Entonces, me quedo ahí en la computadora todo el día, en la tele o tocando, me gusta tocar música y ya, o ver películas”. (Entrevista con Roberto)

“Ahora vivo en Iztapalapa. Lo difícil es el transporte, lo tardado del transporte pero en cuanto a delincuencia pues no.” (Entrevista con Héctor)

El transeúnte no sabe donde empieza y donde termina la ciudad de México. Es una megapolis diseminada, en donde desaparecen los nítidos márgenes que fijaban la ciudad y daban una idea de donde se estaba y hasta donde llegaba el lugar al que se pertenecía. Cada persona, en sus pequeños enclaves y recorridos, construye una idea de la ciudad. Sin embargo, estos trayectos son diminutos comparados con el conjunto de la metrópoli. De ahí que cada joven tenga una particular experiencia de lo urbano, con sus posibilidades y dificultades, en donde el sentido de pertenencia se construye en otro lado.

En la discusión pública sobre la inseguridad⁹ se señalan a ciertas zonas como amenazas, como zonas del crimen que hay que evitar. Existe una “media luna de los integrados”, como Sergio Zermeño (2005: 96) denomina a la zona que se extiende desde el centro hacia el poniente y hacia el sur, conectada por el segundo piso del periférico y, existe también “una media luna de la exclusión”, en donde se cometen el 60% de los crímenes del Distrito Federal, y que se extiende por las colonias: La Merced, Buenos Aires, Doctores y Tepito entre otras, que nuestros entrevistados también mencionan en sus narraciones como áreas de inseguridad. Un grupo de ellos nunca las ha visitado, otros viven en ellas y otros las han recorrido en alguna ocasión. A continuación mencionaremos algunos de los relatos que dan cuenta de estas zonas como peligrosas así como también las conductas que tienen los entrevistados en torno a ellas.

Por ejemplo, Pedro cree que la colonia Tepito y la Buenos Aires son las más peligrosas aunque nunca las ha visitado. “...es donde más ocurren los asaltos, digo tienen mala fama de por sí esas dos colonias, hay pandillas en esas colonias; de hecho han cerrado varios negocios porque les han robado, gasolineras...” Dice que le han contado que es así y que además se entera por las noticias o por el periódico. Sin embargo, ni a él, ni a sus familiares, amigos o conocidos le ha sucedido algo en estas colonias, por el contrario los han asaltado en Coyoacán o en ciudad universitaria.

⁹ En el año 2004 la Secretaría de Seguridad Pública, en ese momento a cargo de Marcelo Ebrad, propone nuevas medidas para evitar el incremento de la inseguridad. Algunas de ellas son: “...impedir toda preliberación de individuos del corredor delictivo (conformado por 50 colonias peligrosas) y zonas llamadas criminógenas puesto que la proporción de recurrencia es muy alta”. En ese sentido, las delegaciones Iztapalapa, Gustavo A. Madero y Cuauhtémoc concentran el 40 por ciento de los delitos, 35 por ciento de la población en reclusorios y 52 por ciento de los excarcelados por robo, durante 2002. (Fuente: <http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=106495>) De este modo, vemos como se señalan desde las agencias del estado ciertas zonas y a la gente que ahí vive como “peligrosas”. (Ver cuadro de incidencia delictiva por delegación en Anexo)

Para Julieta las colonias Doctores, Tepito, Indios Verdes, la Raza y algunos sectores del centro como la Alameda son inseguras. Ha visitado la colonia Tepito en una ocasión pero no le pasó nada. *“...creo que Tepito ha de tener una dinámica interna muy compleja y si no eres de ahí y no la entiendes te puede ir muy mal, como que tienes que saber antes de meterte.”* Señala que una vez llegó a esta zona por casualidad: *“...nos salimos, sin llamar la atención ni nada, igual ellos ni nos hubieran hecho nada pero es como la imagen de ‘chin, algo me va a pasar.”* Aunque también le provoca inseguridad las zonas nuevas y de mucho dinero como Santa Fé, Interlomas o Palmas. *“...eso me causa sentimiento de inseguridad porque digo si yo fuera ladrón, si yo fuera un delincuente, yo estaría aquí porque sé que aquí está el dinero, entonces me da miedo que me confundan.”*

Paula que vive en Pantitlán cree que esa zona es insegura, además considera del mismo modo a Tepito, Doctores, Barranca del Muerto, Iztapalapa, Tacuba y Tacubaya. Ha visitado esos lugares aunque a ella no le ha pasado nada pero sí a sus amigos y familiares: *“un amigo compró algo en Tepito y como lo compró se lo quitaron, a mi hermana también, a unos amigos le quitaron un coche ahí en la Doctores.”* Paula identifica esos lugares como inseguros: *“por el tipo de gente que se va a meter ahí, pues yo se que ahí está la gente que más te asalta, las banditas. Por mi casa una vez me iban a asaltar...”*

Para Carla algunos lugares del centro como la colonia Doctores, la Obrera, la Guerrero, el mercado de la Lagunilla y Tepito son inseguros. Ha visitado esta última colonia por curiosidad. *“Hicimos unas compras y nadie nos hizo caso, o sea, si tú no traes este*

prejuicio que sabes que Tepito es muy inseguro, no te das cuenta. Salimos de ahí y todo (...) Aunque tengo entendido que hay un barrio central en Tepito, que es el centro, el mero Tepito, donde vive gente muy violenta, muy inseguro pero no por necesidad sino porque son violentos. Hay peleas entre pandillas, entre los mismos negociantes, los comerciantes de Tepito entre ellos se pelean, son como mafias, parece Sicilia...” Sin embargo, cree que hay zonas de Iztapalapa más inseguras que el centro: “... tal vez porque frecuento más el centro, si frecuentara más Iztapalapa tal vez sería distinto, he oído cosas más macabras en esa delegación que en el centro... He sabido de violaciones, de muchos asaltos, de muchos robos de coches, te bajan del coche a pistola. Entonces, esas cosas hay que tratar de evitarlas. Esas son las historias macabras que he escuchado por ahí y curiosamente jamás he escuchado nada del centro de la ciudad...”

Francisco cree que Tepito, Ciudad Neza o el norte de la ciudad son zonas conflictivas, ha frecuentado esos rumbos donde, a veces, se siente extraño pero no le ha pasado nada. *“Nezahualtcoytl es un lugar al que he ido pero no me gusta ir. Muchas partes de ciudad Neza son muy contrastantes, de pronto tienes una zona habitable, no muy bonita pero bastante cordial. Pero hay zonas muy pesadas, donde he ido y la lógica de vida es totalmente distinta, igual violenta desde que llegas porque hay mucha basura en las calles, desorden, la gente de inmediato te reconoce que no eres de la zona, sientes las miradas. He ido pero son zonas que no frecuento...”* Relata que tiene amigos que viven en ciudad Neza pero su relación se establece en otras partes. A él, el norte de la ciudad no le gusta, siente que es una zona árida, de violencia y, por ese motivo, prefiere no visitarla. También refiere que en una ocasión iba rumbo a Tepito en el autobús y: *“...de*

pronto se subió un señor con un cuchillo, con un puñal. Realmente creo que era un aprendiz de asaltante porque estaba él más nervioso que uno y a un chico le quitó su bolsa y se bajó. Quizás en ese momento curiosamente no sentí mayor stress, ya cuando me bajé y recapitulé, regresé el cassette y dije: ‘uy estuve en una situación de probable peligro’...”.

Las representaciones son **formas de pensamiento práctico** que facilitan la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social. Informaciones, imágenes, opiniones, actitudes son parte del contenido de las representaciones en relación con un **objeto**, en este caso la seguridad/inseguridad. Representar es hacer presente en la mente una cosa: un acontecimiento, idea, persona, etc. Es un acto de pensamiento que restituye simbólicamente algo que está ausente o presente. Significa algo para alguien y muestra algo de quien la formula. Las representaciones estimulan a hacer cosas porque el mundo es como ellas dicen que es, de este modo relacionan los procesos simbólicos con las conductas. Configuran la mirada y la acción.

En lo que sigue, expondremos los relatos de nuestros entrevistados acerca de las medidas de prevención que toman para evitar ser víctimas de la “inseguridad”.

Héctor sostiene que una importante medida de seguridad, además de ir por lugares iluminados, bajar de la banqueta o corroborar que el taxi al que se sube cumpla con todos los requisitos, es la actitud. Él cree que si las personas no tienen seguridad en sí mismas en cualquier lado los pueden asaltar. La actitud es la estrategia de la que él se vale y gracias a ella, moviéndose de día, tarde o noche no le ha pasado nada. “...*si tu no conoces un sector que no se note que no lo conoces, o sea que no vayas buscando la*

pinche calle si son las doce de la noche. Por ejemplo, si me invitan a una fiesta y voy a llegar a las doce pero no se dónde es, pues pregunto. Pues voy a lo seguro, pregunto a lo mejor al del micro ‘¿me deja por tal calle?’, me dice que sí, y cuando ya llegué a la calle, me sigo derecho y voy viendo los números de la pinche calle. No voy dudando porque si es de noche, y es un sector medio feo o bonito pero es de noche, hay que ir con la actitud de que sé a dónde voy, que sé qué estoy haciendo y si es mi sector con más razón.”

Para Mariana las medidas de seguridad personales también están relacionadas con la actitud y con el modo de vestir. Cuando viaja en transporte público o va a un lugar por primera vez lo ideal para ella es lograr el equilibrio entre ir cuidando sus pertenencias pero a la vez mostrarse segura. Intenta pasar desapercibida, es decir: *“no llamar la atención por la forma de vestirte”* y, además, que no se den cuenta que no sabe en donde está. *“...sí, cambia el modo de vestir, en metro no me voy a ir de tacones, te pones unos tenis muy tranquilos, unos pantalones que no llamen mucho la atención, agarras tus cosas, de hecho me he llevado la laptop (...) Realmente mientras no le hagas nada a nadie y mientras que la gente no te note, o sea considero que el metro es muy seguro”*. Sin embargo, cuando tiene reuniones o eventos le gusta arreglarse más pero siente que si lo hace llama mucho la atención, entonces se pone un saco cerrado y cuando llega a destino final se lo quita.

Roberto siente que las medidas de seguridad que él adopta son inconscientes aunque reconoce que: *“...no uso nada ostentoso, cuando me subo en el metro y estoy solo veo a las personas. Voy alerta, no voy quedándome jetón y cuando voy con cuates tampoco*

voy echando mucho relajo en el metro y si me subo con mis hermanos no me gusta que vayan hablando mucho, me gusta ir callado.” Además, cuando sale en auto lo estaciona en lugares iluminados o donde haya otros autos.

Pedro practica karate a partir de una experiencia desagradable y siente que eso le da cierta confianza. Su medida de seguridad principal es ir alerta: “...ir volteando a todos lados, no dejas la espalda descubierta, vas girando, vas volteando a ver, ves quién viene. Muchas veces veo como vienen caminando, tal vez tú vas del lado de la calle y vienen dos personas de frente a ti y si ves que se separan y te rodean, dices ‘aquí va a pasar algo’, entonces aceleras el paso un poco para pasarlos rápido...” Igualmente, si va con alguna de sus amigas, novia o hermana: “de repente veo que viene un grupo de chavos lo que hago es cambiarla de lugar, ora sí que si ellos vienen del lado izquierdo y ella está precisamente del lado izquierdo, la cambio”.

Carolina aplica las medidas de seguridad en su propio barrio: “...cuando traigo dinero me pongo la mochila en frente o me guardo el dinero en el calcetín o en el brassiere o sea donde caiga, en el lugar menos visible. Guardarme las alhajas, no me las guardo en la mochila porque te arrebatan la mochila y se llevan todo, entonces me las guardo; el celular no lo traigo mucho, luego a veces ni me lo llevo porque me da miedo. Tampoco saco a mi sobrino...” Del mismo modo, su grupo familiar se cuida mucho de que lo asalten, su padre se guarda el dinero en los zapatos o en calcetín “pues casi nunca te quitan los zapatos ni nada de eso, entonces como que yo creo que revisan de aquí para acá (se señala de la cintura para arriba) si tienes algo de aquí para acá, ya lo perdiste”. Ella sostiene que es menos peligroso ir en grupos, caminando rápido y con

una actitud segura. Todos los días ve grupos de personas que trabajan en los puestos comerciales y que a las siete de la tarde pasan todos juntos, con amigos o conocidos, hacia el metro. *“Yo creo que así se protegen y ya no los asaltan, pero si viene uno despistado hasta atrás ya lo agarraron. Entonces, yo he visto que se vienen todos juntos. Los chineros empiezan a asaltar como a las ocho, nueve de la noche cuando ya viene una que otra persona pero a las siete que cierran aquí los puestos todos se van en bola. Entonces, es más difícil y eso se ve más en las quincenas, casi como manifestación...”*

Raúl en sus rutinas cotidianas dice no tomar precauciones pero sí estar “alerta” cuando visita una zona desconocida. *“...ir volteando, ver a tu alrededor, pues ver quien viene atrás de ti, si lo ves como sospechoso o si lo ves como drogado, te alarmas más. Nada más sería eso, ir volteando, viendo a las personas, como se comportan”*. Para viajar en metro, no cambia de ropa ni toma precauciones extraordinarias ya que es el medio de transporte que regularmente toma para ir a la escuela. Narra que al lado de su escuela hay un edificio en estado de abandono, en donde viven *“chavos conflictivos, rateros y en donde se vende droga.”* Sin embargo, no le producen miedo y, por consiguiente, no se siente alarmado ni toma medidas de seguridad. *“como voy diario a la escuela, imagínate que si voy con temor a la escuela, mejor no iría”*, afirma.

Asimismo, estas representaciones de lo inseguro así como también las respuestas para manejarlo o evadirlo son construidas socialmente. Estos filtros que organizan y clasifican la realidad son aprendidos a través de mediaciones como la familia y el grupo de amigos. Como bien señala Reguillo (1996a) la familia sigue siendo punto de llegada

y salida de las visiones de mundo y en su seno se fijan modelos de orden. Entonces, se pregunta: ¿Cómo la familia socializa a sus miembros para el uso de la ciudad?, ¿cómo se asegura de que sus miembros reciban y se apropien del mensaje sobre lo que ella misma percibe como fuente de amenaza? Además, “el grupo de pares funciona como un proceso alterno de socialización que permite a sus miembros confrontar visiones de mundo, y eventualmente puede constituirse en un núcleo importante de impugnación a las visiones y valores propuestos por la familia y la escuela” (Reguillo, 1996a: 72). Estas apreciaciones teóricas y los relatos recogidos nos indican que la familia y el grupo de pares son una mediación importante entre los jóvenes entrevistados y las inseguridades. Así, lo señalan las narraciones:

“Mi abuela inculca mucho esa idea de: ‘¡es que la vida es insegura! o ¡es que si sales te va a pasar algo!’. Entonces, si mi mamá dice: ‘voy a llegar a las doce la noche’ y llega doce y veinte, esos veinte minutos son de ‘¡Oh por dios qué le habrá pasado!’. Es horrible y eso te va creando un estigma y piensas ¿y si a lo mejor pasa algo? y puede pasar, igual no puedes tampoco vivir en tu casa...” (Entrevista con Mariana)

“Hay una colonia, que se llama la colonia Guerrero, por ahí hay eventos culturales, tenía ganas de ir pero también digo no (...) Haz de cuenta que ese día, le digo a mi mamá: ‘ya me voy’ y me pregunta: ‘¿a dónde vas?’, ‘voy ahí, ‘¿cómo crees?, estás loco, pregúntale a tu amigo Yahir’. Tengo un amigo con el que estoy saliendo ahorita, entonces ya le llamo a Yahir: ‘oye, acompáñame’ y me dice: ‘no, ahí no’...” (Entrevista con Roberto)

“Si fuera asaltada por algunos de los de aquí, sí los denunciaría, fuera lo que fuera. Aunque igual yo se que mi mamá me va a prohibir que lo haga porque mi mamá es muy miedosa; pues como te digo si lo haces también te arriesgas a que tomen represalias contra ti.” (Entrevista con Carolina)

“Si fuera asaltada primero le contaría a mi novio y luego a mi familia. Porque en mi familia mi mamá se preocupa demasiado. La vez que me quisieron hacer algo no le conté a mi familia porque me iban a decir ‘que dónde andas’, ‘ya ves por andar tan tarde’...” (Entrevista con Paula)

“Si fuera asaltada no me gustaría decirle primero a mi familia porque creo que se alarmarían mucho. Primero iría con mi novio.” (Entrevista con Julieta)

También del grupo de pares “se extrae la fuerza colectiva para ejercer poder sobre un mundo gobernado por fuerzas superiores (...) de ahí la posibilidad de aventurarse en una exploración colectiva, por tanto más segura, de la ciudad” (Reguillo, 1996a: 72) En tal sentido, los entrevistados salen siempre con su grupo de amigos y no manifiestan sentirse inseguros en esas ocasiones. Aunque, el grupo es también una mediación ambigua ya que, por un lado, de él se extrae la fuerza para enfrentarse a miedos colectivos y, por el otro, puede actuar como detonador de miedos. Por ejemplo, nos relata Mariana: *“El día que estuvo Manu Chao ahí en el centro, hubiera dado mi vida entera por quedarme ahí (...) y fui con mis amigos y uno me dijo: ‘no se me hace de onda llevarte porque es un lugar al que yo no llevaría mi hermana’, porque según él, fue al concierto de Café Tacuba y se puso súper pesado, ‘yo no llevaría a mi hermana,*

entonces no te puedo llevar a ti, ¿qué seguridad te voy a dar?’ y ya sabes todo el rollo y pues...ese día me regresé del centro a las ocho.” En un sentido similar, Roberto nos comenta que tiene un grupo de amigos con el cual se anima a recorrer lugares, que estando sólo no visitaría ya que *“estos chavos tienen mucha calle”*. Aunque cuando se reúne con ellos le provoca inseguridad *“que se pongan muy borrachos y luego subirme al carro con ellos, eso sí me estresa.”*

Podemos concluir, siguiendo a Reguillo (1996a), que los entrevistados perciben la ciudad en su conjunto como caótica y, para reducir esta anarquía, configuran por medio de representaciones y desplazamientos un paisaje urbano manejable. Entonces, los recorridos obedecen a lecturas simbólicas del espacio en donde una calle puede significar la frontera entre lo inseguro y lo seguro o subir al metro puede convertirse en una protección o todo lo contrario. Además, existen lugares que se evalúan como peligrosos aunque, en algunos casos, nunca se estuvo allí. Estos lugares son los que desde los medios de comunicación, la familia y el grupo de pares se señalan como amenazantes. En estos espacios, es donde habita el “otro diferente” (asaltante, chavos banda, cholos, teporochos, policías, etc.) y se lleva a cabo toda clase de “protecciones de supervivencia” para evitar un encuentro desagradable con el “otro”. Entonces, estas figuras y espacios no sólo condensan los miedos de una sociedad sino que también se constituyen en mecanismos de autovigilancia y control de la acción.

4.2. Representaciones de la violencia urbana

Partimos de dos conceptos clave como guías de análisis: *violencia* y *ciudad*. En primer lugar sostenemos que la *violencia* no es sólo un asunto de “individuos agresivos” sino que es una cuestión que concierne a la sociedad en su conjunto. La violencia es

inmanente a las relaciones sociales ya que forma parte de la tensión permanente entre el orden establecido y la transgresión. Además, los actos violentos son eficientes porque ponen en escena un poder y una legitimidad, mucho más que por sus resultados físicos. Basados en estas ideas y en los relatos de los entrevistados distinguimos entre *violencia física y simbólica o performativa*. Entendiendo a la primera como los comportamientos capaces de herir físicamente a una persona que se materializan en golpes, empujones, forcejeos, patadas, heridas de arma blanca o de fuego y que pueden llevar hasta la muerte. La violencia simbólica o performativa (que está ligada a la primera) pone en escena un poder y se manifiesta en insultos, gestos y amenazas entre otras formas. En segundo lugar, abordamos la *ciudad* “desde abajo”, es decir a partir de la mirada de los practicantes ordinarios de la ciudad. (De Certeau, 1996: 105) Entendiendo que las personas, trazan con sus cuerpos un “texto” urbano que escriben pero no pueden leer. “Las redes de las escrituras que avanzan y se cruzan componen una historia múltiple, sin autor ni espectador, formada por fragmentos de trayectorias y alteraciones de espacios: en relación con las representaciones, esta historia sigue siendo diferente, cada día, sin fin”, señala De Certeau (1996: 105). Estas prácticas del espacio, que escapan a las totalizaciones imaginarias del ojo, remiten a formas microbianas, singulares y plurales de hacer y habitar la ciudad, que son las que finalmente tejen las condiciones de la vida social. Esta vía de análisis procura “seguir la pululación de estos procedimientos, que lejos de que los controle o los elimine la administración panóptica, se refuerzan en una ilegitimidad proliferadora.” (1996: 108)

Con la ayuda de estas ideas analizamos las representaciones de las violencias urbanas. Y, para afinar más nuestra mirada, de la mano de Goffman (1979), acudimos al concepto de *Umwelt o entorno* para referirnos a la región que rodea al individuo, dentro

de la cual pueden originarse los signos de alarma y las fuentes de la misma. El entorno de la persona se mide en un radio de sólo unos metros, siendo su propio cuerpo lo que le puede preocupar inmediatamente ya que es vulnerable a golpes, caídas, disparos, etc. Pensar las violencias, mediadas por el entorno que rodea a los individuos, nos acerca a ellas a un nivel minúsculo, donde tienen lugar un plexo de rutinas que ofrecen sostén y alivio a las inseguridades y violencias del mundo de la vida.

Para Goffman los individuos presentan dos modos básicos de actividad: se dedican a sus cosas (descansar, jugar, trabajar) o, si se sienten furiosos, amenazados, alarmados se preparan para atacar, acechar o huir. Las personas median entre estas dos tendencias con una asombrosa facilidad para la vigilancia, en donde los olores, los ruidos, las visiones, los contactos, las presiones brindan una interpretación del mundo y, por consiguiente, una vigilancia del entorno. Cuando el entorno inmediato al individuo no presagia nada fuera de lo normal, puede continuar con sus tareas rutinarias ya que percibe que las apariencias son “naturales” o “normales”¹⁰, por lo que sólo debe “prestar una atención periférica a la verificación de la estabilidad del medio ambiente.” (Goffman, 1979: 241) Cualquiera sea la gama de peligros y oportunidades que contenga un medio, el individuo que se encuentra expuesto a ellas llega generalmente a adaptarse, introduciendo los reajustes que sean necesarios para abstraer de ellas rutinariamente su principal atención y seguir adelante con sus cuestiones.

Con estas breves consideraciones en mente nos introducimos en el concepto *representaciones de la violencia urbana* que está conformado por cuatro secciones: a)

¹⁰Las *apariencias normales* se vinculan con la cuestión del control social. En tal sentido, las representaciones de la violencia urbana operan sobre la base de la sospecha y la estigmatización de lo extraño, de lo diferente. Estas representaciones, que asocian lo diferente a lo peligroso, no sólo sirven a los sujetos para ordenar al mundo y ubicarse en él sino que también son importantes dispositivos de disciplinamiento social.

ciudad y violencia: el observador y la víctima, b) violencia y masculinidad, c) violencia e inseguridad, y d) violencia y manifestaciones políticas.

4.2.1 Ciudad y violencia: el observador y la víctima

Al tomar posición frente a una acción violenta, es decir al significarla como tal, se movilizan un conjunto de mediaciones como: el género, el nivel socioeconómico, la edad o la propia biografía de la persona que está observando la acción o que es víctima de ella. Para los jóvenes entrevistados existe un conjunto de indicadores tales como: la agresión física, los insultos, las amenazas, la imposición de un poder, las miradas retadoras, los piropos, las bandas de jóvenes en una esquina, las marcaciones territoriales, los choferes groseros, etc. que hacen que una acción, persona o situación sea considerada violenta.

Es interesante señalar, de acuerdo con Goffman, la capacidad que tienen los individuos para responder a los signos alarmantes efectivamente y con un mínimo de alteración de la rutina. Esta capacidad implica una habilidad para ocuparse de las urgencias con compostura y efectividad, además de una eliminación rápida de las falsas alarmas. Existe una eficacia fría que en principio depende de la experiencia. Entonces, lo que para uno es motivo de alarma para otro es una oportunidad de demostrar su experiencia. (Cf. Goffman, 1979)

A continuación, analizamos la percepción de los entrevistados como “observadores” y “víctimas” de la violencia en escenarios de la vida pública.

4.2.1.1. Pequeñas violencias: alarmas y reacciones

Las grandesocas del Canadá siguen al zorro hasta las tierras en falange cerrada y jamás vi [que el zorro] tratara de volverse contra ninguno de sus persecutores, sino que baja las orejas, les lanza una mirada de asco por encima del hombro y se va despacito para salvar las apariencias. (Lorenz, 1978: 36)

Carolina, quien vive en una zona popular, siente miedo ante situaciones de violencia que se le presentan a menudo en las calles de su colonia. Su reacción en estas situaciones es seguir de largo, sin embargo: “...*el hecho de que salgas y te encuentres con una pelea te descontrola, incluso te vas pero no con tranquilidad...*” Relata que las peleas en las calles de su barrio no son menores “*no son que te jalo los cabellos y ya, son a puño limpio y a sacar sangre*”. Cuenta que hace unos pocos meses salió de su casa a las tres de la tarde para ir a la escuela y vio sorprendida como los “chineros” le pegaban a una trabajadora sexual en la esquina de su cuadra. “...*lo peor es que a la chava la tenían entre las jardineras y le estaban pegando contra los hierros y rebotaba nada más la chava. Yo seguí de largo pero cuando llegué al metro me di cuenta que me había olvidado una tarea, entonces me regresé. Todavía me tardé un rato en regresar y vi que la chava estaba bien mal. Subí a mi casa y bajé y ya estaba la ambulancia. Creo que ya iban a llamar al forense porque no la recogieron. Incluso no la he vuelto a ver, quizás la habrán matado...*” En esta situación de agresión física a otra persona su reacción fue seguir de largo, “*aunque te duela, porque vives aquí y si te metes toman represalias contra ti y contra los tuyos. Simplemente no te metes aunque te duela...*”

Este tipo de altercados con violencia forman parte de la cotidianidad de Carolina, en consecuencia, está adaptada a este entorno (que desde nuestra perspectiva sería valorado

como violento) y aunque le da miedo, no deja de parecerle “natural”. Ella sabe cómo manejarse en él para ser considerada por los otros como una más de ellos, sabe cómo mostrar una “apariencia normal” en su ambiente. “Disfraza” sus actos y su apariencia para no causar alarma en los otros. “El desaparecer de la vista, el desvanecerse, no es disimular ni esconderse: es estar ahí, pero sin causar preocupación.” (Goffman, 1979: 258) Así lo relata Carolina: *“Hay un muchacho que se llama Kiko que asalta aquí abajo y me da mucho pero mucho miedo. Simplemente cuando pasa frente a mí, trato de esquivarlo, aunque también trato de no denotar que me da miedo porque si no puedo provocar que se enoje o que de verdad me haga algo. Nunca me ha hecho nada. Es el líder de todos ellos. Por ejemplo, han metido a la cárcel a varios, aunque siempre salen, pero a él nunca lo han podido agarrar. Él vive en la casa de los espantos, así le dicen. Es aquí como a media cuadra”*.

Raúl, quien vive en la misma colonia, tiene esa “eficacia fría”, a la cual se refiere Goffman, para detectar y neutralizar las alarmas de situaciones violentas de su entorno. En una ocasión, lo intentaron asaltar haciéndole una especie de llave en el pescuezo, no obstante, él supo reaccionar rápidamente devolviendo el golpe al asaltante. *“Ya después no iba temeroso, tengo quince años viviendo aquí, desde chico, entonces no me da miedo.”* En efecto, “las apariencias normales son lo que el individuo ha llegado a saber, con el tiempo y la práctica, que prevé manejar fácilmente. Al ir madurando sus competencias, lo que espera de su entorno irá quedando cada vez menos a disposición de su mente consciente; cada vez podrá decirnos menos en qué consisten esas apariencias normales” (Goffman, 1979: 261)

El *Umwelt*, como mencionábamos, es una zona egocéntrica fija en torno al individuo. Sin embargo, a la vez que se desplazan los individuos el entorno también se desplaza. Entonces, mientras unas alarmas se desplazan aparecen otras nuevas. “Parece que una burbuja o cápsula de acontecimientos sigue por todas partes al individuo, pero en realidad lo que ocurre, naturalmente, es que lo que cambia no es la posición de los acontecimientos, sino su proximidad.”¹¹(Goffman, 1979: 256)

En tal sentido, por ejemplo cuando se viaja en metro durante las horas de mayor afluencia de pasajeros, el entorno sobre el cual se pueden ejercer reivindicaciones territoriales disminuye. No obstante, en estos espacios y en esas horas es donde se producen innumerables signos de alarma: roces, rostros, cercanías, olores, etc. En consecuencia, también se producen malentendidos, forcejeos y peleas. Nos relata Adriana que es muy común que a la salida del metro se cruce con gente que comienza a empujarse y luego termina peleándose. Su actitud es alejarse “*si voy en dirección donde está la pelea prefiero dar la vuelta aunque tenga que caminar más.*” Igualmente, Mariana considera que a la salida del metro es donde se producen altercados entonces se tiene que poner “abusada” para que no le pase nada. “*No te pones a ver feo a la gente,*

¹¹ Es interesante señalar, a modo de ejemplo y sin pretender entrar en el debate de si la agresión es innata o aprendida, los estudios de etología de Konrad Lorenz (1978). El autor señala que la agresión es un instinto como cualquier otro y, en condiciones naturales igualmente apto para la conservación de la vida y de la especie. Al respecto, señala que los animales tienen un “espacio vital” y dependiendo de la especie una distancia crítica. “Muchos son los animales que huyen ante un temible enemigo si tienen tiempo de verlo de lejos, pero lo atacan furiosamente cuando los sorprende a una distancia crítica” (1978: 37) El autor retoma la idea darwiniana del valor de la agresión para la supervivencia del más apto y la noción de los ecólogos que indica que si no hay intereses especiales de una organización social que exijan una estrecha cohabitación, es más favorable que los individuos de una especie animal estén repartidos lo más regularmente posible en el espacio vital a utilizar. Análogamente, a los seres humanos “los estímulos que desencadenan el combate son más bajos allí donde el animal se siente ‘más seguro’, o sea donde su agresividad se ve menos contrariada por la tendencia a la fuga. A mayor alejamiento de este ‘cuartel general’, menor disposición combativa, y mayor efecto de desconocimiento e inquietud” (1978: 45). Asimismo, la frontera del territorio, no está trazada en el suelo de ningún modo sino que lo determina el equilibrio de las fuerzas y puede cambiar por poco que se modifique alguna circunstancia.

el chiste es no meterte con nadie ni incomodar a la otra persona porque a lo mejor te pueden perseguir en el metro o cosas así.”

Héctor cuenta una experiencia que es ilustrativa en relación a la violencia que se puede generar en un viaje en el metro durante las horas pico: *“Un día íbamos en el metro y a mi amigo no le gustaba mucho que se le pegaran y yo le decía: ‘güey no seas idiota ¿cómo no quieres que se te peguen?, pues vete en taxi’. Entonces, un día vamos en el metro y nos toca salirnos, yo me salgo pero él se atora con un tipo y el tipo lo retiene, no lo quería dejar salir, ya en mala onda. Entonces, mi cuate lo agarra, lo saca y se empieza a pelear con el tipo ahí en el metro, pero entre toda la gente sale el amigo de este güey, y de pronto eran dos contra uno. Entonces, cuando le iba a dar a mi cuate yo lo agarro y le pego. Nos estábamos peleando y llega un policía y... ¡mi amigo le pega al policía! El güey se ponía muy loco la verdad. Entonces, tumba al policía porque el cuate era fuerte, chaparrito pero fuerte, y cuando vemos que le pega al poli, el otro y yo nos calmamos, pensamos ‘ya valió, ya nos van a remitir a la cárcel’. Pero el policía lo vio tan loco y era el único pinche policía que le volvió a decir: ‘¿saben qué? váyanse del metro, peléense allá afuera si quieren’. Entonces, el otro cuate le dijo al poli: ‘le doy cincuenta pesos es que ya voy tarde para el trabajo, déjeme subirme en este metro’. El policía le aceptó los cincuenta varos y lo dejó que se metiera al metro y a nosotros nos dejó que nos fuéramos por fuera.”*

La mayoría de los entrevistados, tanto hombres como mujeres, ante una situación de violencia pública (como peleas callejeras, insultos o forcejeos) que no los involucre directamente, siguen de largo. Sostienen que a lo sumo llamarían a una ambulancia o a la policía aunque ninguno manifiesta haberlo hecho. *“Dices ahí se ven, es su bronca. Si te tienes que mover agarras tu bolsa y con permiso...me ha tocado ver peleas pero yo*

no hago filas para verlos, cada quien tiene sus broncas y ya. No me voy a meter 'ay no le pegues' por mi que hagan lo que quieran.”, refiere Mariana. En un sentido similar, señala Roberto: *“había una señora fuera de su carro y un señor le estaba pegando, me pare porque se me hizo extraño, igual sí quisieras hacer algo porque le están pegando a una señora pero tampoco sabes bien por qué razón... entonces, es mejor seguir”*

Por otra parte Juan y Francisco, señalan haberse encontrado, en el autobús donde viajaban, con niños o jóvenes aspirando cemento. A ambos les asombra este hecho aunque dicen tomarlo como parte de una cotidianeidad y como un asunto que no les compete. *“De pronto se suben al microbús los chicos que están drogados, como esa zona es muy popular. Una vez subió un chico que venía moneando, aspirando cemento, y sí es incómodo por el olor y demás. Estaba a mi lado pero tranquilo, 'oye, préstame guerito' y nada más”,* nos cuenta Francisco. Para Juan, la experiencia fue similar, aunque él se sintió tranquilo por el hecho de que el joven que estaba “moneando” viajaba en la parte de atrás del microbús siendo que él estaba adelante cerca del chofer; de este modo no afectaba su entorno inmediato.

4.2.1.2 Los sospechosos de siempre

Para profundizar más en las representaciones de la violencia urbana, les mostramos a los entrevistados una imagen¹² en la cual se veía un grupo de jóvenes *punk* bailando *slam*¹³ en una fiesta. Buscábamos establecer la existencia de alguna relación entre esta imagen

¹² Ver en Anexo, *los textos visuales: las fotografías*, imagen 1

¹³ Este tipo de baile constituye una especie de desahogo de las cuestiones sociales, por la misma carga de violencia que desprende. Al respecto del *slam* dice uno de los danzantes: “Esta música te ayuda a desahogar lo que tienes dentro. Vas a un concierto y sales calmadito, todo lo contrario a lo que se imaginan los que están afuera, que somos unos malditos (...) Se forma un círculo que se va abriendo conforme ingresan más danzantes. No va ninguna mujer, el baile es muy peligroso, y los que entraron muchas veces salen estropeados, pisoteados y hasta ensangrentados.” (Gallegos Pérez; 2004: 27)

y las representaciones de violencia. Para la mayoría de los varones esta imagen representaba un “toquín”, donde los jóvenes se expresan y bailan.

“Veo unos chavos haciendo relajo. Es divertido, pues están pasando un buen rato, haciendo su relajo. No sé qué están haciendo, si se están empujando o están bailando. Este cuate está como asustado pero este cuate está como bien contento” (Entrevista con Roberto)

“Muchas veces es su forma de vestir y no son los que representan. Pon tú él se ve muy peleonero igual y no lo es, y nada más porque se viste así los juzgas. Igual se viste así porque es de un grupo como darketos, skates o rockeros. Son grupos que se van juntando (...) algunos sí son peleoneros, de drogarse. Pero no lo juzgo por su forma de vestir.” (Entrevista con Raúl)

En el caso de las mujeres, la mayoría evaluó negativamente la imagen:

“Son unos chavos callejeros, como bandas. Veo una bronca entre bandas, de esas súper radicales, punk. Quizás intolerancia, a lo mejor no acuerdan sus filosofías, si es que la tienen. (...) Más violencia, como de esas uniones que hacen los chavos que a veces son tan estúpidas. Siento que es una pelea estúpida porque se cayeron mal o porque la novia de uno anduvo con alguno de la otra banda.” (Entrevista con Mariana)

“Yo no me metería ahí la neta porque se ven bastante... del estilo de Tepito (...) el de los pelitos parados es el estereotipo que te digo: ‘este guey me va a hacer algo’, a lo mejor no lo hace pero ya por la misma imagen. (...) Si yo estuviera ahí me les quedaría

viendo como ‘¿qué pedo con estos gueyes?, mejor vámonos porque no se ven muy amigables.’ (Entrevista con Paula)

“Veo violencia, me parece gente resentida con la sociedad, que no han tenido oportunidad de sobresalir o de alcanzar sus sueños. Me parece gente que no se dedica a nada, nada más que a hacer relajo, me parece que pocos de ellos tienen estudios y tampoco tienen sentido amplio de la vida, de la ciudadanía, el compañerismo (...) Cobardones, los típicos cobardes que tienen que tener un grupito para ser alguien”.
(Entrevista con Adriana)

En los casos en que se evalúa negativamente la fotografía, los entrevistados ven a un grupo bailando de modo agresivo o peleándose. Esa imagen funcionaría como un signo indicador de que de allí mismo proviene el peligro. Estar ahí cerca haría vulnerable al cuerpo. Además, este tipo de lectura podría explicarse por la tendencia de los individuos a organizar el entorno entendiendo los elementos como miembros de clases. El modo de vestirse, el peinado y el fenotipo entre otras características sirven para generalizar y agrupar a los individuos.

Estas narraciones, que generalizan al otro al incluirlo dentro de una categoría y lo expulsan al extrarradio de la propia imagen, podrían estar hablando de una “distancia social” entre los sujetos que observan la violencia y los que, en este caso, supuestamente la realizan (los grupos *punks*). La noción de distancia social nos posibilita “entender la emergencia de la violencia directa porque, gracias a ella, se difumina la idea del Otro en la agresión.” (Arteaga, 2004: 23) Análogamente, es interesante señalar la distinción entre *distancia social* y *diferenciación estructural*. La

primera hace referencia a la construcción de lazos de intimidad y entendimiento que caracterizan las relaciones personales y sociales y, la segunda, a las condiciones objetivas (económicas y políticas) de desigualdad en una sociedad. Ambas podrían actuar como facilitadoras de la violencia.

Igualmente, el concepto de *prejuicio*, desarrollado por Michel Wieviorka (1992) en su estudio sobre racismo, podría ayudarnos en la comprensión de estas narraciones. Según el autor el prejuicio combina:

...dos elementos: por una parte, la crisis del agente, su debilidad, su sentimiento de menoscabo o de amenaza, y, por otra parte, su capacidad histórica para extraer en medio de las referencias históricas y culturales o de la inferioridad manifiesta de un grupo ya racializado, los elementos de una identidad no social, negativa para el otro —equiparado con el mal y la inferioridad— y positiva para el agente racista. (1992: 124)

La distancia social del agente (que se siente amenazado) con el otro grupo (que representa el peligro) en términos de escala social puede ser mínima. Además, “cuanto más procede el racismo de un proceso de pérdida y reconstrucción imaginaria del sentido, más claramente construye ese prejuicio la imagen mítica de un enemigo —que él naturaliza, esencializa, biologiza o estigmatiza —, mayor es el foso existente entre los problemas sociales y culturales en que el prejuicio se elabora y las relaciones míticas que el inventa...” (Wieviorka, 1992: 128) Es decir, el prejuicio aborda, a través de un *mito*, temas sociales y culturales.

En un sentido similar, para Reguillo (1996a) los *mitos urbanos* expresan, por un lado, las áreas de vulnerabilidad social y, por el otro, se constituyen en mecanismos de

control. En tal sentido, en los relatos de los jóvenes encontramos miedos condensados en figuras como la del secuestrador de niños, la del pesero con dirección Tepito donde asaltan, la del hombre que en el antro cambia el vaso por otro para drogar y violar, la del policía que siembra pruebas falsas, etc. Gracias a estos mitos sobre los peligros en las calles se domestican los miedos, al nombrarlos y organizarlos. Sin embargo, también pueden convertirse en imágenes de la intolerancia. Si, como señala Malinowsky¹⁴, “el mito no es únicamente una narración que se cuenta, sino una realidad que se vive”, lo interesante es pensar el contexto social que posibilita la construcción de estos mitos.

Entonces, si bien los entrevistados rechazan los “estereotipos burdos o las discriminaciones aparentes”, en las narraciones aparece la estigmatización del otro, a veces sutilmente y otras no tanto. Y, por medio de estos procesos de estigmatización, se representa al “otro”, muchas veces, como el culpable de la violencia.

Para la mayoría de los entrevistados quienes provocan inseguridad y violencia son aquellos que matan, roban, violan o secuestran. En cambio, muy pocos de los entrevistados se refirió a otro tipo de inseguridad y violencias que son causadas por “los delitos de cuello blanco” como fraudes fiscales, prácticas comerciales injustas, desfalcos, la manufactura o venta de productos peligrosos, la contaminación ambiental, etc.¹⁵ Los aspectos violentos de los delitos de cuello blanco son menos evidentes que los homicidios o las agresiones, pero son igualmente reales y, en ocasiones, de consecuencias muchos más graves. En este sentido, la cantidad de dinero que maneja este tipo de delitos en EEUU es cuarenta veces mayor que la se maneja en los delitos ordinarios contra la propiedad. (Cf. Giddens, 2002)

¹⁴ Citado por Reguillo, Rossana (1996a)

¹⁵ Sin embargo, puede ser que este tipo de inseguridades no hayan sido mencionadas por el modo en el que la entrevista fue organizada.

4.2.2. Violencias y masculinidad

Los entrevistados varones sostienen que ante una situación violenta, que puede ser desde una provocación verbal o corporal hasta un intento de asalto, responden también con violencia física y verbal. Así lo demuestra el hecho que en la mayoría de los casos los hombres sufrieron asaltos o intentos de asalto con violencia. Asimismo, los varones refieren haber participado en peleas en la calle, en lugares de diversión, en el metro, etc.

“...nos agarraron, nos metieron a una parte del antro que es la salida de emergencia, donde nunca hay nadie porque está oscuro. A mi amigo lo pusieron contra la pared y a mi igual. Pero a él como se puso más loco y les empezó a querer pegar, lo tiraron al piso, le pegaron, lo sacaron del antro, lo asaltaron, lo metieron en un coche, le dieron un paseo como por tres, cuatro horas y lo fueron a tirar por ahí. A mí nada más me quitaron el celular, el dinero que traía en la cartera y ya me dejaron ir...” (Entrevista con Héctor)

“...se me acercaron tres chavos y me sujetaron del brazo. Tuve un cierto forcejeo con ellos y después de que yo le lastimé el brazo a dos de ellos, el tercero fue así como que no, ya mejor se llevó a los otros dos...si me espanté pero salí. No sé que me querían hacer, me querían sujetar y ya sujetándome sacarme la quincena, quitarme el reloj o la mochila, no sé.” (Entrevista con Pedro)

En cambio, las mujeres, en la mayoría de los casos, no han sufrido asaltos con violencia física aunque sí han sido agredidas de otras formas que caen en lo que denominamos

violencia simbólica. Ellas dicen no responder con agresión a una provocación pero reconocen que sus amigos o novios lo hacen de este modo.

“He visto pelear a mi novio y nunca lo había visto tan asustado. Siempre lo veía diciendo ‘nos rompemos la madre, si me pegas te pego y me vale’ pero ese día él también se asustó.” (Entrevista con Carolina)

“Creo que las mujeres tenemos una ventaja de género. A lo mejor es mi imaginación pero creo que pueden decir ‘bueno es una mujer le vamos a dar chance’. También a lo mejor es parte un instinto natural de los hombres de tender a proteger y de estar más a las vivas, tanto a ser agredidos como a agredir y nosotras no.” (Entrevista con Julieta)

“Hay un temor distinto porque nosotras nos paralizamos, es muy común que como chica te paralices. El miedo me paraliza y no puedo hacer nada, en cambio los hombres no. Reaccionan a correr, a arrancar el coche, a gritar, a golpear, no sé...” (Entrevista con Carla)

“La mujer siempre tiene más para perder que los hombres. Yo creo que mis amigos son felices, se la viven y la mujer no porque se tiene que andar cuidando. Yo me siento más segura cuando salgo con mis amigos o con algún hombre, de hecho no me gusta salir con gente que no me la presentan mis amigos.” (Entrevista con Mariana)

Estas diferencias en la forma de responder a una agresión esta asociada al modo en que somos socializados varones y mujeres. Nuestra sociedad enseña que las “características masculinas” son el poder y el control sobre los otros, la fuerza y la superioridad. De este

modo, los crímenes violentos, las lesiones corporales, ciertos lenguajes y agresiones son contados y representados como un privilegio de los varones. Históricamente, las conductas agresivas o la ausencia de ellas desempeñaron un rol en la construcción de las imágenes masculinas. En el discurso de género del siglo XIX los hombres encarnaban la resolución, el valor y la fuerza, y los “duelos” demostraban valores y actitudes vinculados a estas imágenes. “El valor se expresaba por medio del cuerpo, que se ponía en movimiento para afrontar el peligro. La ausencia de miedo, incluso de miedo a la muerte, era una virtud opuesta a la cobardía (...) La violencia, la rudeza y la destrucción pertenecían al ‘carácter masculino’ pero debían estar disciplinadas. A fines del siglo XIX la violencia llegó a ser un medio legítimo para expresar y experimentar el poder y la virilidad, pero tenía que ser ordenada, predecible y controlada.” (Gayol, 2002: 53-54) En la actualidad, algunas de estas características que demuestran la virilidad se siguen valorando positivamente¹⁶. Pero mientras que la propia violencia se valora positivamente, no sucede lo mismo con la de los otros.

Por ejemplo, Pedro relata que ante una situación de agresión: *“Si voy solo y veo que no son muchos hasta me les aviento, pero si voy acompañado, y en especial de mujeres, como que das la retirada. No sé, por cuidarla a ella. Si me pongo a pelear con la persona que me está agrediendo o por la que me siento agredido y gano, genial pero y ¿si pierdo?, dejo desprotegida a la compañera que vaya conmigo.”*

Aunque el mismo, ante la fotografía de los jóvenes que están bailando *slam*, señala que si estuviera allí se sentiría preocupado y se retiraría de ese lugar porque *“no soy*

¹⁶ En una investigación sobre la representación social de la violencia en la trova popular mexicana, (Héau Lambert y Jiménez, 2004) se analiza el modo en el que, desde el siglo XIX, los corridos han desarrollado representaciones en torno al honor y al machismo, la valentía y el contrabando, ligadas con el ejercicio legítimo o ilegítimo de la violencia. La idea de violencia, en los corridos de valientes y últimamente en los narco-corridos, está ligada al honor y a la valentía, ambos atributos masculinos.

partidario de la hostilidad, no me gusta agredir y aquí siento que me vería obligado a golpear a alguien. Me retiraría con la menor cantidad de daño posible.”

Otro entrevistado, Héctor, relata que él siempre estaba en todas las peleas, que antes cuando era más chico se peleaba con todos y por todo. *“Me peleaba con los choferes del micro porque son muy groseros. Yo muchas veces iba con mi mamá y ya arrancaba el micro y todavía no teníamos los pies en el piso. Entonces, yo le pateaba el micro, le pegaba en la puerta, le decía: ‘bueno...qué pedo, pendejo’. Me la mentaban y ya se subían al micro, varias veces le abollé el micro a algún cabrón o agarraba una piedra y le pegaba en el vidrio y me valía. Los gueyes como te ven tan mal, les da cosa y se van. Solamente dos veces se bajaron unos gueyes pero no me peleé a golpes porque los cuates no querían, si hubiera sido por mí sí les pego. Después mi mamá me decía ‘un día te vas a encontrar a un cabrón y te va a romper tu madre’ pero no entendía yo; ya con el tiempo se me fue quitando. Ahora no pasa de que yo diga ‘ay estos idiotas’. La gente se pelea pero verbalmente.”*

Roberto relata una experiencia similar, en el sentido de que sus acciones agresivas son valoradas positivamente: *“Fue en Acapulco, estábamos haciendo relajó en la playa, a la noche. Estábamos bien pedos, destruimos el letrero de un hotel y como llegaron los guardias del hotel, nos echamos a correr. Pero estábamos tan pedos que nos echamos a correr hacia el mar, aparte traíamos una bandera que habíamos arrancado, éramos puros hombres. Entonces, destruimos un letrero gigante de madera. En eso llegaron unos gueyes vestidos de negro, no eran policías, ‘¿pues que pasó?’ y así se nos bajó la peda. Me molestó porque fue una cuestión de dominante/dominado, yo estoy acá y tú*

estas ahí, en lugar de ser más flexibles de ‘¿qué hicieron?, ¿rompieron eso? bueno páguenlo’...”

Es interesante que en los relatos de las mujeres la mayoría nunca ha sido partícipe de peleas con agresión, salvo como observadoras de las peleas de sus amigos varones. Consideran que responder agresivamente es “rebajarse” o “ponerse en el lugar del otro”. “Yo creo que mi reacción siempre es la huida. La vez que intentaron asaltarme ni siquiera dije nada y me fui”, nos cuenta Paula. Igualmente, Carla señala: “lo que hago por lo regular es gritar, levanto la voz y ya.”

4.2.3. Violencia e inseguridad

La opinión pública, expresada a través de los medios de comunicación y los discursos políticos, representa a ciertos lugares y zonas como inseguros. En otras palabras, existe un discurso hegemónico que liga las nociones de inseguridad, peligrosidad y violencias a lugares específicos de la ciudad. Sin embargo, las representaciones de los individuos en relación a las inseguridades y violencias no están absolutamente determinadas por esta lógica. Asimismo, la inseguridad y la violencia no son un par con idénticas representaciones. Gracias a las entrevistas realizadas podemos afirmar, junto a De Certeau (1996: 110), que si bien existe un orden espacial que organiza un conjunto de posibilidades y de prohibiciones, el caminante actualiza algunas de ellas. El caminante desplaza e inventa otras ya que los atajos, desviaciones, improvisaciones del andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales. Entonces, si bien el transeúnte sólo hace efectivas algunas posibilidades fijadas por el orden construido (va solamente por aquí pero no por allá); por otro, aumenta el número de posibilidades (por ejemplo, al crear atajos o rodeos) y el de las prohibiciones (por ejemplo, se prohíbe seguir caminos

considerados lícitos u obligatorios). Estas consideraciones, echan luz a ciertas prácticas de los entrevistados que, no obstante las prohibiciones de adentrarse en ciertas partes de la ciudad, han recorrido y recorren fragmentos de la ciudad cotidianamente.

¿Todo lo inseguro es valorado como violento?, para profundizar en esta pregunta, una vez que los entrevistados habían identificado en sus relatos ciertos lugares o situaciones como inseguros, por ejemplo: colonias de “mala fama”, zonas específicas, medios de transporte, etc.; indagamos si en esas “figuras” y “condensaciones” creadas por los entrevistados las personas o las situaciones eran evaluadas como violentas¹⁷.

Al respecto, para algunos entrevistados en esos lugares es probable encontrar personas alcoholizadas o bajo efectos de drogas, lo cual los lleva no ser conscientes de sus acciones. Por ejemplo, nos cuenta Adriana: *“ver gente tomando en la calle me provoca inseguridad porque no sabes de qué modo va a reaccionar.”* En el caso de las mujeres, es probable que se encuentren con hombres que les griten piropos o que las miren “demasiado”. Además, en estos espacios también se pueden “encontrar” con chavos bandas, cholos, teporochos, vagos, etc. Por ejemplo, nos cuenta Julieta que en esos lugares le molesta: *“...la gente que es demasiado prepotente o que te hace saber que es poderosa en ese lugar. A veces va un grupo de jóvenes generalmente echando mucho relaxo, hablando fuerte o diciendo muchas groserías.”* En un sentido similar a Carla en estos lugares le molestan *“estas cosas de marcar territorio, incluso cuando juegan al fútbol de marcar las calles. Por lo regular, son personas que no tienen consideración con la urbanidad, el aseo de las calles, la basura, cerrar las calles. Esas son las actitudes que me molestan, de no consideración a otras personas que también utilizan la vía pública.”*

¹⁷ Cabe aclarar que en el transcurso de las conversaciones con los jóvenes procuramos no utilizar la palabra violencia para que emergiera desde el discurso de los entrevistados. Esta fue remplazada primeramente por “acciones que te disgustan” y luego por “acciones agresivas”.

Por ejemplo para Pedro: *“La gente que vive en esos lugares no se queda ahí también sale (...) te voltean a ver y si te les quedas viendo te regresan una mirada agresiva y si te les quedas viendo es cuando vienen los problemas. Tal vez llegan y con afán de quitarte la cartera sin agresión física alguna, el tipo te empujó y mientras te empujan sin que te des cuenta te quitan la cartera. Yo pienso a mí me cuesta trabajo ganar las cosas para que de repente venga uno y me las saque. Si te estoy mirando pero no te estoy viendo ¿por qué has de molestarte? o ¿por qué ser agresivo? O si voy acompañado de mi pareja qué tienes que quedártele viendo de una manera fea y no respetarla, entonces eso me molesta”*. Estas expresiones de Pedro dan cuenta de las distinciones del *adentro* y *afuera* en la formulación de los miedos ya que para él los “otros” que miran agresivamente a él o a su pareja (también asociados con la posibilidad de un asalto) provienen de esas colonias peligrosas.

A grandes rasgos, existe un continuum en el que se relaciona colonias populares con desocupación, falta de urbanidad y grupos de jóvenes alcoholizados o drogados, aunque estas características no son evaluadas necesariamente como violentas. Además, no existe una relación directa entre violencia e inseguridad dado que, como se analizó anteriormente, muchos entrevistados han vivido situaciones de violencia como observadores o partícipes y no se han sentido inseguros.

“Andar es no tener un lugar. Se trata del proceso indefinido de estar ausente y en pos de algo propio. El vagabundeo que multiplica y reúne la ciudad hace de ella una inmensa experiencia social de la privación de lugar; una experiencia, es cierto, pulverizada en desviaciones innumerables e ínfimas (desplazamientos y andares)”, señala De Certeau, (1996:116). En la Ciudad de México, a pesar de las imágenes de inseguridad y violencia que persiguen a los transeúntes y de las dificultades del transporte y las distancias, los

jóvenes entrevistados se las arreglan para “vagar” por la ciudad cuando ésta les da un respiro.

4.2.4. Violencia y manifestaciones políticas en el espacio público

Indagamos también las representaciones de los entrevistados ante manifestaciones políticas que incluyen o podrían incluir agresión ya que estas percepciones podrían tener incidencia en lo que hemos denominado “violencia urbana”. Estas manifestaciones tienen lugar en el espacio de la ciudad y los entrevistados en sus recorridos por las calles (en auto, transporte público o a pie) las encuentran o participan en ellas.

Podemos distinguir tres diferentes percepciones ante estas manifestaciones¹⁸. El primer grupo de entrevistados, que toma posición a favor de los manifestantes, se siente indignado o molesto ante la fuerza policial en contra de personas organizadas. Además, y a pesar de que han tenido problemas de circulación cuando se encontraron con estas manifestaciones, las apoyan. Valoran positivamente la violencia utilizada por los manifestantes porque pueden comprender las razones que tienen para reclamar. Sin embargo, la violencia de las fuerzas policiales (entendida como represión del derecho a la expresión) es evaluada en términos negativos. Asimismo, estos entrevistados han participado de manifestaciones políticas (en apoyo a López Obrador, en apoyo al EZLN, contra la guerra, a favor del movimiento de vivienda digna, etc.).

“...en el frente hay tres mujeres empujando y luchando contra los policías que están escudados. Parece que fuera una movilización importante. Me recuerda de inmediato

¹⁸ Para indagar en estas percepciones se le presentaron a los entrevistados dos imágenes. En una de ellas hay un grupo de manifestantes enfrentándose con la policía; en la otra imagen a lo lejos hay un grupo de manifestantes y, en primer plano hacia los costados, un grupo de policías fuertemente armados. Ver Anexo los textos visuales: las fotografías imagen 4 y 5.

*cuando entró la policía a las comunidades zapatistas en Chiapas. Lo que me provoca es indignación, porque aunque los policías no tengan miedo son el instrumento de represión de estas movilizaciones. Y las personas que se están manifestando también reclaman alguna necesidad que no han podido satisfacer y les están pidiendo a sus administradores que se solucione. Me parece que es **violencia** pero instintiva, me parece que han sido orillados a eso, y ese es el resultado".* (Entrevista con Carla)

*"...veo un enfrentamiento. Son los granaderos contra comerciantes sino me equivoco. Pues yo creo que aquí uno está cumpliendo con su deber en este caso los policías y ellos están defendiendo que tienen un trabajo informal. Es simplemente un conflicto de intereses. Sería genial si hubiera un modo pacífico de hacer las cosas pero si los policías llegan a quitarles la mercancía, pues obvio que se van a defender y muchas veces defenderse conlleva **una agresión** o a responder de manera agresiva".*
(Entrevista con Pedro)

*"Esta foto para mí representa un poco la represión. Es como 'OK, tú estás inconforme con algo, te vas a quejar pero no te vamos a dejar que te manifiestes, te vamos a callar' porque muchas veces hay **marchas violentas pero hay otras que son pacíficas**. Yo no veo a los manifestantes como: 'Oh, qué horror ¿por qué vienen con sus machetes a la ciudad?'. Si vienen es por algo, entonces si están aquí es porque quieren ser escuchados, no para que los satanicen".* (Entrevista con Julieta)

El segundo grupo valora negativamente la violencia utilizada tanto por los manifestantes como por la policía. Este grupo de entrevistados no encuentra razones en

la expresión con violencia por parte de los manifestantes y sí en la fuerza utilizada por la policía, en tanto autoridad que restablece el orden y que, por lo tanto, hay que respetar. Estos jóvenes no han participado en manifestaciones y si por casualidad encuentran alguna en la calle, salen corriendo hacia el otro lado ya que les provoca temor, miedo, violencia e inseguridad. En estos casos hay una similitud entre protesta social, violencia y, sin temor a exagerar, delincuencia.

“Yo creo que estas peleas son realmente vergonzosas. No voy a salir con machetes a darle a un policía. Yo, desde mi particular punto de vista, no lo haría. ¡Qué pena!, cuando veo estas cosas digo ‘otra vez’. Hay gente que se pelea de plano por todo. Seguramente la gente se estará peleando por una causa justa pero lamentablemente en México no es tan común que la gente pelee por una causa justa, o sea pelean a lo guey. Muchas veces el gobierno tiene la culpa de que haya este tipo de levantamientos porque los permite, los deja que pasen, no los soluciona o a la vez los provoca. La reacción de la gente es la que... ¿qué ganas yéndote a pelear?” (Entrevista con Mariana)

“Es una falta de respeto, ¡ponerse en contra de las autoridades! Las autoridades son muy malas, yo no estoy de acuerdo con las autoridades en México, pero también es una falta de respeto que te pongas en contra de una autoridad. Sería más fácil que se manifestaran tranquilamente y que nunca tuvieran que existir estos conflictos. Si vas a una marcha en donde te dijeron vamos a pelear por una causa justa y tú aceptas y acaba en esto ¿con qué ganas vas a manifestarte de nuevo? Entonces, me provoca inseguridad porque ahí sabes que te puedes meter a que te manoseen, te hagan y te

deshagan o salgas lastimado con algún golpe de los policías.” (Entrevista con Carolina)

“Veo gente que se aprovecha de las masas y, quizás en una afán de exponer una inconformidad, terminan siendo ellos la inconformidad. Se manifiestan para exponer algo que no les parece y terminan siendo delincuentes o peleándose con la policía. Entonces, no entiendo a qué fueron, cuál es el objetivo del asunto, me parece absurdo”.
(Entrevista con Adriana)

“Esto es violencia y la violencia lleva a más violencia. Entonces, yo nunca me pondría en una situación así. Jamás iría a una marcha porque creo que no es la manera de solucionar. Estarse peleando con los policías y luego te haces la víctima, pues no. Yo creo que hay otras maneras más inteligentes de protestar.” (Entrevista con Paula)

El tercer grupo de entrevistados tienen una valoración ambigua de la violencia. Argumentan que hay agresión por parte de los dos grupos (manifestantes y policías) y no comprenden a ninguna de las dos. Algunos de estos jóvenes han participado en marchas pero “pacíficas” (según sus propias palabras).

“Esta imagen es violenta por lo que los de la derecha y la izquierda representan. Cuando echan a los granaderos evoca violencia y de las dos partes, no podría emitir un juicio, tampoco soy de derecha, pero de las dos partes hay violencia”. (Entrevista con Juan)

“Es una marcha, ellos quieren pasar y los granaderos no los dejan. Muchas veces también hay mucha gente revoltosa que provoca a los mismos granaderos, les pegan y todo, pero luego también hay abusos por parte de los mismos granaderos hacia la gente”. (Entrevista con Raúl)

“Seguimos siendo bien animales, aún sigue siendo una lucha de poder del dominante y del dominado, como en la selva. Aquí es una cuestión de fuerza, o sea la acción de poder radica aquí en la fuerza. Pues sí, como animales. No siento que esté muy chido. Me da un poco de tristeza por parte de los dos lados. Es como un movimiento animal, bestial, tribal y eso me da tristeza. No hemos evolucionado mucho, esto es una selva, no hay diferencia. Siento que es inútil, que las cosas se podrían hacer de otra forma y es degradante”. (Entrevista con Roberto)

Ninguno de los tres grupos de entrevistados acepta al conflicto (y por lo tanto la posibilidad latente de violencia) como parte de lo social. En todos los relatos está presente el deseo de que no existan conflictos y de convivencia pacífica. Esto nos remite a la cuestión del orden y, en ese sentido, se vincula también con la representación de lo político.

4.3. Discurso político y discurso de la inseguridad/violencia urbana

Sacado de la soledad donde vivía encadenado, el joven príncipe Segismundo vive su existencia de rey como una loca irrealidad; experimenta la locura del poder al volverse loco. El personaje del rey sólo consiste en representaciones que provienen de simbolismos cósmicos. El joven príncipe se libra del efecto de los sueños y

delirio porque lo transforma en realidad mediante la violencia y la crueldad que el poder absoluto le autoriza. (Lefebvre, 1983: 82)

En la actualidad, el problema de la inseguridad ciudadana y la violencia urbana goza de centralidad en el debate político. No obstante, se lo presenta de manera simplificada así como también a sus posibles soluciones. En México, esto se vio claramente reflejado en la pasada campaña electoral, donde las plataformas políticas de los candidatos, tanto de derecha como izquierda, manifestaron una evidente preocupación por el tema. Pero, como señala Cohen (1996), la relación del delito con la política no es asunto novedoso. La percepción del crimen como amenaza política y la emergencia de ideologías políticas para explicarlo y combatirlo (conservadora y liberal, simplificando el asunto) datan del siglo XIX. Señala que los criminólogos de los años sesenta no sospecharon que el problema del crimen se convertiría en dominante en la retórica política contemporánea de las democracias occidentales. Por ejemplo, no imaginaron la fuerza que tendrían las nociones de ley y orden en las campañas electorales o en las políticas de justicia criminal de los gobiernos conservadores de Thatcher en Inglaterra y Reagan en EEUU. Ahora bien, siguiendo a Cohen (1996), podemos concentrarnos en el problema de la criminalidad a través de un triángulo. En la primera de sus esquinas está la evidencia actual del riesgo a ser víctima del crimen. En la segunda, se encuentra la percepción pública de la seriedad del problema del crimen (en nuestro caso hablamos de las *representaciones*). Y, en la tercera, está la manipulación retórica del problema en los medios y en el discurso político. ¿Cuál es la congruencia entre estas tres esquinas?, ¿Es real el discurso público acerca del crimen o es una metáfora para expresar otras cuestiones sociales? Para el autor, si bien hay una promoción exagerada por parte de los medios de la criminalidad, existe un conjunto de evidencias que señalan que el

problema es suficientemente real. Asimismo, la resonancia política del problema es explícita. Para dar cuenta del modo en el que el crimen es politizado, en el mundo occidental y más allá de él, cita el discurso de un líder ruso después de la matanza de Listyev en Moscú en marzo de 1995. “Estas acciones de vándalos y criminales (...) han provocado la bien fundada alarma de la sociedad. Estos crímenes pueden ser descritos como una manifestación creciente de un terror criminal, como un cambio en el curso de las reformas democráticas hacia el establecimiento de una sociedad civil.” (Cohen, 1996: 8)

Además, “la guerra contra el crimen” no es sólo una metáfora ya que existe todo un despliegue de técnicas y de personal del aparato militar para el cumplimiento de la ley en la vida doméstica. Todo esto no significa que el crimen en sí mismo sea visto naturalmente como un problema político. Más exactamente, *un mayor esfuerzo político ha sido desplazado hacia el terreno del desorden doméstico.*

Para indicar cómo el control político del crimen ingresó en el discurso del orden y la seguridad cita a Garland (1996). Este último autor concluye en la erosión de uno de los mitos fundacionales de la sociedad moderna: que la soberanía del Estado es capaz de proveer seguridad, ley, orden y control criminal. Esto conduce a que se desarrollen nuevas formas de gobernabilidad, especialmente: a) un crecimiento del sector privado, en la venta de seguridad, b) un modelo del crimen como un riesgo a ser calculado (tanto por el infractor como por la potencial víctima) o un accidente que debe ser evitado más que una aberración moral que necesite ser explicada especialmente, y c) hacer a los ciudadanos responsables por el crimen (a través de campañas publicitarias, grupos de autoayuda, etc.), entre las más importantes.

El mensaje es que el control del crimen está más allá del Estado. ¿Entonces por qué la retórica punitiva? y ¿Por qué el sistema tradicional de prisiones se sigue expandiendo? En vistas de que el crimen no responde al nuevo poder policiaco ni al extendido uso de la prisión, los gobiernos siguen apelando a la vieja retórica de ley y orden ya que los costos políticos, en el corto plazo, de admitir la futilidad de estos métodos son inaceptables. Entonces, los volátiles cambios de humor de la política, como respuesta al sentimiento popular de ira y frustración particularmente después de escaladas criminales, se basan en la manipulación cínica de los símbolos de poder del gobierno y en políticas que deliberadamente aumentan la población carcelaria. De este modo, el show de la fuerza punitiva es usado para reprimir cualquier conocimiento de la sistemática inhabilidad del Estado para controlar el crimen. Así, la soberanía del Estado sobre el crimen es simultáneamente negada (transfiriendo poder a las corporaciones de seguridad privada o hacia la responsabilidad ciudadana) y simbólicamente reafirmada.

4.3.1. El caso mexicano: populismo punitivo y pánico moral

Arteaga (2004) señala que las políticas para hacer frente a la inseguridad en los países “desarrollados” procuran reestablecer la legitimidad del Estado frente a la violencia bajo tres criterios que en principio parecen contradictorios: a) se busca aumentar la racionalización del control social, b) descentralizar la capacidad de vigilancia y castigo, y c) aplicar medidas populistas en materia de seguridad pública. Estas últimas medidas intentan, por un lado, introducir dispositivos no públicos de control social y, por el otro, tranquilizar a la población otorgándole, de forma discursiva, lo que reclama. En efecto, el populismo es un mito que pretende resolver los problemas por la magia del discurso y sus representaciones. Promete un acercamiento del pueblo al poder político

garantizando: la esperanza de representarlo todo, de encarnar el pasado, la tradición, la nación, la continuidad histórica, involucrando al mismo tiempo el cambio y la modernización. Ahora bien, ¿cómo se vinculan populismo y violencia e inseguridad?

El populismo punitivo es el acto por el cual los políticos llevan a cabo medidas que pretenden, supuestamente, castigar y que creen que la mayoría de la gente respalda o está de acuerdo con ellas. (...) Los políticos basan su acción en la idea de que, efectivamente, llevando a cabo las acciones que se proponen, se reducirá el crimen; pero, además que con ellas se fortalecerá la unidad moral y el consenso social sobre el problema particular de la violencia, con lo que se podría satisfacer a un sector particular del electorado. (Arteaga, 2004: 142)

Además, este discurso securitario de tipo populista tiene como estrategia acercar los mecanismos de control social, tradicionalmente vinculados a la policía, a la sociedad; considerando la vigilancia como un acto de corresponsabilidad. Entonces, “la coproducción de la seguridad es el resultado de una idea central: acercar el poder al pueblo y que éste se sienta más cerca de aquel” (Arteaga, 2004:142); uniendo, de este modo, lo tradicional (las relaciones comunitarias) y lo moderno (la tecnología de control).

El modelo de racionalización social, cimentado en criterios de clasificación y de orden en el sistema de punición, necesita legitimar medidas impopulares mediante un consenso en la población acerca de sus prácticas. Por este motivo, combina medidas de “populismo punitivo” con políticas más duras de “tolerancia cero”.

El autor señala que en México se articularon estas propuestas de diverso modo: a nivel nacional, en el programa de gobierno de Vicente Fox del Partido de Acción Nacional

(PAN), y en la Ciudad de México, a través del programa del Partido de la Revolución Democrática (PRD) cuando Andrés Manuel López Obrador era jefe de gobierno. Ambos programas de seguridad coinciden en la perspectiva sistémica, actuarial y estadística como herramienta para combatir la delincuencia. Además, establecen un discurso populista aunque con distintos matices. “Las dos expresiones políticas fundan, asimismo, su legitimidad en un pretendido acercamiento del pueblo al poder político, y pronuncian propuestas punitivas igualmente para acentuar su legitimidad” (Arteaga, 2004: 164). Sin embargo, para Fox las causas de la violencia están en la mala administración priísta mientras que para López Obrador están en la pobreza y la miseria, problemas determinados en última instancia por los gobiernos priístas. De este modo, existió una similitud entre ambos discursos (supuestamente de derecha y de izquierda) en materia de seguridad pública.

A este escenario político podemos sumarle, para intentar comprender la construcción de prácticas y representaciones de la violencia e (in)seguridad en los jóvenes, la noción de “pánico moral” utilizada por Stuart Hall. Dice el autor:

Cuando la reacción oficial hacia una persona o grupo de personas o serie de hechos es completamente desproporcionada a la amenaza representada, cuando los expertos, ‘encarnados’ por jefes de policía, el sistema judicial, los políticos y los editores perciben la amenaza de formas completamente disímiles (...) cuando los medios (...) enfatizan “repentinos y dramáticos” incrementos (...) por encima y más allá de lo que un estudio sobrio y realista podría sostener, entonces creemos que es apropiado hablar de los comienzos del pánico moral. (Citado por Isla y Míguez, 2003: 6)

Este concepto, según Isla y Míguez, indica que los estados de pánico moral no devienen, tan sólo, de las tendencias objetivas reflejadas por las estadísticas, sino también de los esfuerzos que diversos actores hacen por otorgar significados específicos a estas tendencias objetivas de la realidad. Estos discursos exaltan los riesgos, “...promoviendo una sensación exagerada de ansiedad y temor en la población, que produce una demanda, o al menos consensos, en torno a políticas represivas y restrictivas de las libertades (...) el pánico a la violencia delictiva podría actuar como catalizador de un conjunto de temores vinculados a la pérdida de seguridad en diversos planos de la vida.” (2003; 7)

4.3.2. Mienten mucho, no les creo nada

Siguiendo las anteriores consideraciones nos preguntábamos: ¿de qué forma el discurso político contribuye en la constitución de representaciones de lo violento y lo inseguro? Interrogamos a los entrevistados sobre cómo percibían que los políticos abordaban el problema de la inseguridad y la violencia, especialmente en las últimas campañas electorales. Al respecto, rescatamos algunas de las narraciones más representativas:

“Creo que lamentablemente para muchos de ellos es una oportunidad de mercadotecnia y de vender ciertas propuestas. Quizás me equivoco pero veo en muchos de ellos simplemente puro bla, bla, bla. Es la oportunidad de vender la posibilidad de mayor seguridad y, por tanto, conseguir más votos.” (Entrevista a Francisco)

“Yo percibo que es un juego para ellos. Es nada más una excusa para ganar votos porque... ¿qué van a saber ellos si viajan con su escolta y veinte guaruras?, ¿quién los va a tocar? No creo que tengan idea de lo que es la inseguridad. No creo que sepan lo

que es. Viven en un país diferente al de mucha gente, no tienen una dimensión exacta de lo que es ni de lo que representa. Yo creo que es sólo para jalar votos.” (Entrevista con Julieta)

“No me gusta pensar que podemos regresar a la concepción de mano dura. No me parece que sean dignos de llamárseles políticos, no son dignos de llevar las riendas de un país. Porque el país no es solamente de los que no delinquen, los delincuentes también viven aquí y les tienes que resolver el problema. Me parece que todos los políticos son unos incompetentes.” (Entrevista con Carla)

“Le dan al pueblo lo que quiere y hablan de lo que el pueblo quiere pero en realidad les importa un carajo. Ellos quieren ganar y cuando lleguen al poder les va a valer madres.” (Entrevista con Paula)

“Para los políticos es otro negocio. Es un tema lucrativo. Como un lema que utilizan para subir al poder. El problema existe y lo saben pero lo usan como un discurso porque cuando finalmente llegan al poder la inseguridad va a seguir y no la van a terminar. Sigue todo igual o hasta peor.” (Entrevista con Adriana)

“Mi opinión es que los tres candidatos del PRI, el PRD y el PAN no saben nada ni del país, ni de leyes, ni de economía, o sea son unos ignorantes en todo. Están mal sus propuestas y la inseguridad no se va acabar. No les creo nada y definitivamente no van a erradicar la inseguridad. Sería muy difícil, ni en Estados Unidos que son tan buenas

sus leyes y sus códigos lo lograron, entonces ni en Estados Unidos menos en México”.

(Entrevista con Carolina)

“Si está bien lo que dicen los políticos pero ora sí que no sabes si va a pasar, si lo van a hacer en realidad” (Entrevista con Raúl)

Como reza la canción del grupo de rock *la maldita vecindad* y que es el título de esta sección “mienten mucho, no les creo nada”, queda claro que el discurso político carece de cualquier tipo de legitimidad en los jóvenes entrevistados, de forma tal que para la construcción de representaciones de la inseguridad y la violencia acuden a otro tipo de referencias. Existe un absoluto descreimiento en los políticos y en su actividad. De este modo, las propuestas y acciones de los programas de seguridad de la clase política (y de la clase dirigente) caen en un escenario de total escepticismo¹⁹.

4.4. Estado: Legitimidad y legalidad del orden

Lo representativo reina sin más apoyo que la presión del poder político y la amenaza de la represión. Ese mundo de las representaciones, con su superficie y lo que de ella emerge y lo que oculta, con lo que se descubre al desgarrarla, este mundo puede durar. Se desquicia por el hecho de que su discurso sólo se basa en sí

¹⁹ Podemos relacionar estas respuestas de escepticismo en torno a lo política con los datos de la Encuesta Nacional de Juventud, año 2000 (Cf. www.imjuventud.com.mx). Los resultados para el Distrito Federal (en hombres y mujeres de 20 a 24 años, un grupo de edad similar al que nosotros abordamos) en relación a la pregunta de dónde o con quién habían aprendido lo más importante que saben de política, indicaron que un 29% de los hombres y un 28% de las mujeres lo aprendió de los padres, un 24,9% de los hombres y un 29% de las mujeres lo aprendió en la escuela y un 29,1% de los hombres y un 26% de las mujeres lo hizo a través de los medios de comunicación. Por lo tanto, los jóvenes aprenden a leer el mundo de la política mayoritariamente a través de los ojos de la familia y de los medios de comunicación. Esto tiene que ver, como se analizó anteriormente, con el importante papel de la familia como transmisora de las representaciones de mundo y con los medios de comunicación también como referentes fundamentales.

mismo, en su propia coherencia de tendencia repetitiva, en su redundancia.

(Lefebvre, 1983: 88)

En gran parte de América Latina las instituciones de disciplinamiento incurren ellas mismas en transgresiones a las normas que supuestamente encaran. Entonces, a la vez que ejercen un disciplinamiento también promueven la transgresión delictiva, ¿qué efectos producen estas instituciones en relación al sostenimiento del orden social? (Cf. Isla/Míguez, 2003; Tulchin/Fagan, 2003) En este contexto, exploramos cómo es percibido el accionar de las agencias del Estado (policía y justicia) encargadas de prevenir y reprimir las acciones de violencia urbana y velar por la seguridad de los ciudadanos. Los entrevistados: ¿perciben esta ambigüedad de las instituciones de disciplinamiento social? Cabe destacar que lo legal e ilegal así como lo legítimo/ilegítimo son conceptos que se hacen y deshacen en el transcurso de las relaciones sociales.

Directamente vinculado a lo anterior, se señalan a ciertas personas o instituciones como las responsables de dar respuesta a estas problemáticas, al mismo tiempo que se indican las medidas que apoyan para prevenir y reprimir el delito. La mayoría de los entrevistados se inclinaron por hacer responsable al Estado y a los propios ciudadanos del problema de la inseguridad/violencia. Sin embargo, no creen que sea un asunto que se pueda remediar. En tal sentido, obtuvimos los siguientes relatos:

“No creo en las instituciones, entonces no creo que la solución venga de parte de una institución. Creo que es una cuestión de responsabilidad individual. No creo que la solución sean reglas más estrictas, más vigilancia. Siento que va a seguir pasando de

cualquier forma. Si la ley encuentra formas de sofisticarse y hacerse más dura, igual el otro lado va a encontrar por donde sofisticarse también. Siento que es algo más de responsabilidad individual.” (Entrevista con Roberto)

“Yo creo que la ciudadanía y el gobierno, creo que el trabajo es en conjunto. Creo que la familia es fundamental porque no puedes pedir una sociedad con gente para bien si la familia a nivel nuclear no está bien, o sea, si los papás son drogadictos y los niños viven violencia. Creo que es responsabilidad de la familia, de los padres. En principio es responsabilidad del gobierno pero también de la ciudadanía. Me refiero a que la gente sea más comprometida, por ejemplo si ven que su hijo está mal, que su sobrino está mal, que no cierren los ojos de decir lo saco de la cárcel y no hay bronca...” (Entrevista con Mariana)

“Yo creo que el gobierno es el responsable porque uno como ciudadano toma sus medidas pero no puedes vivir así siempre. No siempre te vas a acordar de quitarte la esclava, el anillo, el arete, luego se te olvida y te lo van a quitar. Entonces no es uno, es el gobierno. Tenemos muchas leyes muy buenas en México pero no hay gente que las aplique como son. Yo creo que se arreglaría la situación en México si hubiera gente que sepa aplicar las leyes, que se apegue al derecho, solamente eso, apegarse a derecho.” (Entrevista con Carolina)

“Creo que, en primer lugar, la sociedad. Nosotros individualmente, dedicándote a buscar un trabajo, a buscar la manera de que robar no sea la alternativa a vivir sino buscar una manera honesta y responsable de vivir. En segundo lugar, yo creo que el

gobierno debería implementar planes más responsables para que pudieras atreverte a hacer una denuncia, instruir a los policías para que sean honestos, sean responsables y no se coludan o se vendan a los delincuentes...” (Entrevista con Adriana)

“Yo siento que es el Estado el que tiene que resolverlo, por medio de las policías: la preventiva, la estatal, el ejército. No es nada más la policía por la policía, mano dura y todos a la cárcel. Creo que lejos de resolverlo va a provocar otro tipo de crisis. Yo siento que uno de los principales factores que disminuyen la delincuencia es la seguridad social, educación, salud, vivienda, trabajo, la gente necesita trabajar, necesita capacitarse, esas cosas son importantes. La sociedad civil tiene mucho que ver.” (Entrevista con Carla)

“Creo que el problema tiene que ver con la educación y con cómo nos percibimos los unos a los otros. Unos califican a otros de: ‘son muy fresas, seguro porque eres fresca tienes dinero entonces te voy a asaltar’, o lo contrario ‘tú, te ves feo entonces seguro has de ser un delincuente’. Yo creo que de ahí vienen muchas frustraciones. Supongo que eso se podría solucionar con políticas culturales más incluyentes.” (Entrevista con Julieta)

En algunos testimonios se vincula la “desviación” con la degeneración moral, la decadencia de la familia y la erosión de los valores tradicionales. Enfoque que, en términos de seguridad pública, implica abordar la delincuencia desde un punto de vista centrado en las patologías individuales y, por lo tanto, en el “orden público”. Esta es la respuesta que los gobiernos conservadores aplicaron, intensificando sus actividades para

el cumplimiento de ley, dándoles más poder a la policía e incrementando el presupuesto del sistema de justicia penal. Esto condujo a una “gestión del riesgo”, que se basó en prácticas como la de dificultar el blanco o en crear “burbujas de seguridad”. Sin embargo, el éxito de estas medidas radica en la protección frente a la delincuencia de ciertos grupos de la población y en el desplazamiento de ésta hacia otros ámbitos. Esta dinámica se materializa en la exclusión física de ciertas personas de los espacios comunes, con la intención de reducir el número de delitos y la percepción que se tiene del riesgo de que estos se produzcan. (Cf. Giddens: 2002) “El objetivo de ciertas prácticas de gestión del riesgo como son el control policial, los equipos de seguridad privados y los sistemas de vigilancia es proteger al público de posibles riesgos.” (Giddens, 2002: 290)

En otros testimonios está presente la idea de políticas más inclusivas económicas, sociales y culturales ya que las personas que delinquen lo hacen *“porque la misma sociedad los orilla a eso.”*. Estas narraciones dan cuenta de una visión que no sólo pretende que ciertos delitos no ocurran sino que considera que la convivencia social es una cuestión de confianza y relación de las personas entre sí y con las instituciones.

La mayoría de los entrevistados no se define como partidario de la “mano dura contra la delincuencia”. Sin embargo, en el transcurso de algunos relatos se pudieron apreciar ideas consecuentes con estas políticas. Por ejemplo, Carolina que se manifiesta en contra de este tipo de medidas, cuando le mostramos una de las imágenes en donde hay un grupo de jóvenes pintando graffitis en las paredes, nos dice: *“Me provoca ganas de limpiarlo y sacar a toda esa gente del país. Más bien de matarlos porque la gente así ya no se puede corregir. Les puedes dar una educación, meterlos a una escuela, tratar de corregirlos pero no creo que cambien. Luego sí apruebo las leyes de Estados Unidos de*

que maten a las personas, que les den la pena de muerte. Me da mucho coraje, pues ya mátenlos. Tú ves que son jóvenes que pueden trabajar, estudiar, hacer prosperar al país y lo que hacen es ir a vagar, estar pintando, haciendo desmanes. Entonces, es como para matarlos". En un sentido similar Adriana relata: *"Me parece una muy buena medida la que hacían en el viejo oeste. A los delincuentes cuando los mataban ponían sus cabezas a exhibir para que todo mundo supiera que ese era un delincuente. O, por ejemplo, que los jóvenes delincuentes usaran cierto atuendo para que tú supieras que ese era un ladrón. O sea infundir más la conciencia social de que ser un delincuente no es bueno, me parecería más eso que imponer penas más severas."*

No obstante, un grupo mayor de entrevistados no está a favor de este tipo de medidas porque perciben los procesos de corrupción de las instituciones que las proponen. Así, por ejemplo, lo admite Pedro: *"Lo de poner más policías en las calles suena bien, siempre y cuando les paguen bien. Si le pagan mal, entonces nosotros mismos lo estamos orillando a que se una al bando contrario. Él tiene la necesidad de alimentar a una familia y va a buscar la manera de sustentar mejor a su familia y qué genial si recibe dinero de la mafia y al mismo tiempo recibe dinero del gobierno."*

Las disfunciones de las instituciones encargadas de ejercer el orden público se encuentran claramente representadas en la percepción que tiene la ciudadanía de la policía. "La imagen de las corporaciones policíacas refiere a un aparato que de manera formal está dedicado a hacer justicia y, en términos informales, a extorsionar a los ciudadanos." (Arteaga y López, 1998: 9) Sin embargo, la policía no es algo externo a la sociedad sino que refleja la degradación del sistema social e institucional. Para indagar esta representación utilizamos como indicadores las vivencias o conocimiento en torno

a abusos de la policía y las instituciones que, dado el caso, brindarían confianza a los jóvenes en una situación delictiva.

La mayoría de los entrevistados no siente confianza en la policía ya que en el caso de sufrir un asalto acudirían a su familia o novio/a. Generalmente, esta percepción esta basada en alguna experiencia de corrupción con la policía. *“Sí denunciaría pero sería mi última opción, no recurriría a la policía porque me dan miedo (...) A mi hermana la policía la extorsionó una vez y a mí también.”*, relata Julieta. En un sentido similar, nos cuenta Carla *“íbamos con mis amigos a una fiesta en el carro de uno de los chicos que traía marihuana en la cajuela y una pipa (...) nos paró la patrulla y le quitaron 200 pesos.”* También Raúl sufrió un abuso policial cuando *“íbamos caminando con un poco de alcohol encima y nos paró la policía. Entonces, un policía me quería meter las manos en la bolsa, yo le dije ‘no me meta las manos, yo le enseño lo que traigo’, ‘no te pongas pesado’, me dice (...) Entonces, agarró y me dio un manotazo, me tiró mi cartera, la recogí y me empecé a reír...”* Los relatos en este sentido son muchos, la mayoría de los entrevistados ha sufrido alguna experiencia de “mordida” por parte de la policía cuando cometieron alguna infracción vial, cuando estaban alcoholizados o llevaban algún tipo de drogas en el coche.

Para profundizar esta percepción, les mostramos una figura en la cuál se veía un policía custodiando una dependencia pública y a la izquierda una persona caminando²⁰. La mayoría de los entrevistados supusieron que se trataba de una situación de posible corrupción entre el policía y la otra persona. Además, las características que se le atribuyen a la figura del policía son: la inmovilidad, la pereza, la poca agilidad, el mal estado físico, la poca autoridad, la indiferencia, la visión corta, etc. Aunque

²⁰Para indagar en este asunto además del relato que fluyó de las entrevistas, utilizamos la imagen 6 y 7. Ver Anexo.

significativamente, a veces, son justificados: *“pobrecitos es que le pagan tan poco”, “los tenemos descuidados”, “ellos no tienen la culpa de ser obesos”, “siento que una de las razones de la corrupción es el salario bajo de la policía y como padres de familia que son tienen que pensar en sus hijos”, “siento que hay una indiferencia muy grande del policía pero no lo culpo, seguramente las condiciones de trabajo no son las mejores”*.

A pesar de todo lo anterior, es interesante destacar que, casi todos los entrevistados sostienen que si sufrieran un asalto de magnitud o secuestro, harían la denuncia. En estos casos la policía y el sistema judicial sí gozan de legitimidad. Es decir, hay una conciencia de que sin la policía no se podría vivir y que el Estado debería tomar medidas para profesionalizarla. Entonces, en ciertas ocasiones, se reconoce la legitimidad de la policía y la justicia como reguladores y mediadores de la violencia²¹. Finalmente, se comparte la idea de que el Estado es el agente regulador, mediador y controlador de las relaciones sociales. “También como tal, le delegamos el poder represivo o de violencia legítima, pero esta legitimidad no es esencial (en el sentido filosófico), sino que se construye y deconstruye”. (Puex, 2003: 69)

4.5. Medios de comunicación e inseguridad/violencia urbana

La violencia no es solamente algo espontáneo, o algo que producimos, reside también en la mirada que posamos sobre el mundo. (Mongin, 1999: 130)

²¹ Al respecto podemos señalar la relación entre el poder de la policía y el poder de los políticos que Nathalie Puex apunta: “...es posible interpretar el papel de la policía como un elemento de regulación del poder político. Es decir, que si la policía es tan corrupta es en gran parte porque el poder político permite esta corrupción o, por lo menos, hace poco para impedirla y luchar contra ella. (...) La policía es constitutiva de la estructura de la política y participa de la definición de sus fines. (...) Forma parte de una estructura de poder y de decisiones que, en gran parte, tolera o contribuye a sus desviaciones en los casos más extremos.” (2003:67)

Las representaciones de lo inseguro y lo violento circulan por la ciudad. “Interpretan la vivencia y las prácticas; intervienen en ellas sin por ello conocerlas ni dominarlas.” (Lefebvre, 1983: 29) Esta certeza nos llevó a preguntarnos: ¿quién engendra o produce estas representaciones?, ¿dónde emergen?, ¿qué sujeto las produce? En tal sentido, habíamos identificado a los medios de comunicación como constructores de representaciones dominantes. Ahora bien, ¿cómo perciben los jóvenes entrevistados este discurso?, ¿qué legitimidad tiene el mismo a la hora de construir representaciones del mundo?

Diversos autores han abordado la importancia de los medios de comunicación y el poder de la imagen en la construcción social de la realidad. Argumentan que la lógica comercial orienta a este campo, en donde sólo los malestares dramáticos o conmovedores atraen la atención. Las imágenes no señalan que se trata de un discurso producto de la selección y construcción sino que designan una realidad indiscutible. (Cf. Champagne, 1999) Estas representaciones sociales motivan percepciones sesgadas e interpretaciones espontáneas que movilizan los prejuicios y ahondan las brechas sociales. “El poder de las imágenes de la violencia, que **se consumen y se viven sin mediaciones**, provoca posiciones encontradas sobre sus posibles causas, entre las cuales se privilegian los factores de naturaleza socioeconómica, confundiéndose así la visibilidad de algunas de sus variables con el problema verdadero, su origen multicausal y sus consecuencias.”²² (Sanjuán, 2000: 82)

Sin embargo, contrariamente a lo expuesto por esta autora, podemos aseverar que las imágenes así como el discurso escrito de los medios son vividos por los jóvenes entrevistados a través de importantes *mediaciones*. Principalmente, como señalábamos

²² Sin negritas en el original.

más arriba, la familia y el grupo de pares²³ son mediaciones fundamentales. De este modo, la mayoría de los entrevistados percibe que los problemas de la inseguridad y la violencia urbana son abordados por los medios con “*amarillismo*”, “*sensacionalismo*”, “*lo hacen para vender.*” Entonces, sí tienen una conciencia de la lógica que guía a estas imágenes, de modo, que nos son consumidas pasivamente. Como señala Reguillo: “tampoco pueden obviarse las resistencias y aún oposiciones abiertas con las que distintos grupos sociales enfrentan los discursos del ecosistema informativo. Ello quiere decir que la recepción como el espacio de la producción de sentido y elemento desencadenante de la representación acción, no es un proceso suave y sin fisuras, sino fundamentalmente el espacio de las tensiones y negociaciones de significados.” (1996b: 219) A continuación, algunas narraciones al respecto:

“Yo creo que los medios son amarillistas y en ocasiones exageran las cosas. Hay cosas que deberían mencionarse y no se mencionan. Muchas veces cubren una parte de la historia y abandonan la otra parte porque va a vender más si lo dicen sólo así. Lo van a acomodar al modo que ellos crean que se va a vender más.” (Entrevista con Pedro)

“Yo pienso que son unos amarillistas, se me hacen muy exagerados. Yo creo que ellos, en gran parte, han ayudado a generar este sentimiento de inseguridad. Se focalizan en las historias más feas o en las más alarmantes.” (Entrevista con Julieta)

“La mayoría de los medios informan con la intención de lucrar, de obtener lana del amarillismo...” (Entrevista con Adriana)

²³ Habría que indagar el papel que tiene a la escuela en este proceso pero quedaría fuera de los límites de la presente investigación.

“Su objetivo principal es vender, no es comunicar es vender y lo que vende es el miedo.” (Entrevista con Carla)

No obstante, si bien se reconoce el interés económico de los medios (sobre todo la televisión) a la hora de leer los acontecimientos, también está presente en los relatos la estigmatización de ciertos sectores de la ciudad y de personas que, en cierta medida, son los que se promueven desde la televisión o la prensa. Entonces, como bien señala Bourdieu, debemos reconocer que:

...las relaciones de comunicación son siempre, inseparablemente, relaciones de poder que dependen, en su forma y contenido, del poder material o simbólico acumulado por los agentes comprometidos en esas relaciones y que (...) pueden permitir acumular poder simbólico. En cuanto instrumentos estructurados y estructurantes de comunicación y de conocimiento, los “sistemas simbólicos” cumplen su función política de instrumentos de imposición o de legitimación de la dominación, que contribuyen a asegurar la dominación de una clase sobre otra (violencia simbólica) aportando al refuerzo de su propia fuerza a las relaciones de fuerza que las fundan, y contribuyendo así, según la expresión de Weber, a la “domesticación de los dominados.” (2000; 68)

De este modo, los mismos sujetos que reconocen la lógica comercial periodística señalan ciertas colonias como peligrosas sin haber puesto nunca un pie allí. Para indagar un poco más en relación al discurso mediático de la seguridad les preguntamos a los

entrevistados cuál era su percepción acerca de la denominada “marcha blanca”²⁴. Algunos, no estuvieron enterados de esta manifestación y ninguno de ellos participó en ésta. Aunque la mayoría estuvo informada del acontecimiento, principalmente a través de los medios de comunicación. Al respecto, sus posiciones, variaron del mismo modo que en los medios de comunicación:

“La vi por la televisión pero no participé, no porque no estuviera a favor de esa posibilidad de manifestar el enojo y, por supuesto, el llamado a una legalidad y la justicia, sino porque me pareció que, lamentablemente, la buena voluntad de mucha gente fue utilizada por cierta gente de derecha y ciertos medios de comunicación.”

(Entrevista con Francisco)

“Me pareció bien porque fue una marcha pacífica, no se fueron grafiteando por todas las paredes, ni se pelearon con nadie. Yo creo que fue una marcha inteligente, marcharon y se fueron, no esperaron a que llegara la policía para pelearse.”

(Entrevista con Paula)

“La gente fue a esa marcha demandándole a las autoridades soluciones, pero muchos de ellos no se daban cuenta de que ellos mismos tenían que empezar a hacer esas cosas. Yo no fui a esa marcha porque no estaba de acuerdo. No creo que haya sido muy plural. ¿Cómo pueden decir que todo viene de las autoridades cuando mucha gente de ahí desprecia a los otros porque son diferentes? Yo creo que eso genera también mucha

²⁴ En junio del 2004 se congregaron en el zócalo de la ciudad de México una multitud de ciudadanos para manifestarse en demanda de mayor seguridad, en lo que se denominó la “marcha blanca”. Este hecho gozó de una extensa cobertura desde los medios de comunicación.

inseguridad. Además, lo mediatizaron tanto que se hizo una cuestión de moda, también había un chorro de borregos.” (Entrevista con Julieta)

Entonces, algunos de los entrevistados perciben la conexión existente entre los medios y la política. En este caso, la complicidad de ciertos sectores de derecha con las cadenas de televisión más importantes del país. Desde una lógica de los campos, según Bourdieu (1997), los agentes del campo periodístico y el político están en una relación de competencia y de lucha permanente, aunque el campo periodístico está, en cierta medida, englobado dentro del campo político, en donde ejerce unos efectos muy poderosos. Para este pensador, la influencia creciente del campo periodístico sobre el político contribuye al debilitamiento de la autonomía de este último y a la capacidad de los representantes de invocar su competencia de expertos. (Cf. Bourdieu: 2005)

Asimismo, la denominada “marcha blanca” puede ser interpretada en un escenario de “pánico moral hacia la delincuencia”. Una de las primeras definiciones de este concepto fue la de Stanley Cohen (1972), usada para caracterizar las reacciones de los medios y los agentes públicos del control social en los disturbios juveniles. Dice el autor:

Las sociedades parecen estar sujetas, antes y ahora, a periodos de pánico moral. Una condición, episodio, persona o grupo de personas emergen y comienzan a ser definidas como una amenaza a los valores e intereses de la sociedad; su naturaleza es presentada de manera estereotipada por los medios de comunicación; las barricadas morales tripuladas por editores, obispos, políticos y otra gente de derecha pronuncian sus diagnósticos y soluciones como acreditados expertos sociales. (...) A veces el sujeto, sobre el que recae el pánico, es bastante novedoso y otras veces es algo que ha existido tiempo atrás y, de repente, aparece en el centro de la

atención; a veces el pánico es pasado por alto y es olvidado, excepto en el folclore y la memoria colectiva, y otras veces es algo más serio y tiene repercusiones más duraderas ya que puede producir cambios en las políticas legales y sociales. (Cohen, 1972:9) ²⁵

Sería interesante indagar los efectos que tuvo aquella marcha en las políticas públicas de seguridad. Además, se debería verificar si por aquel entonces (junio del 2004) los índices delictivos estaban creciendo verdaderamente o el aumento en la percepción de la inseguridad fue producto de un proceso de *pánico moral*.

4.6. Juventud y violencia urbana/inseguridad

Algunos autores afirman que la violencia en las ciudades latinoamericanas tiene a los jóvenes como sus principales actores: como agentes de las violencias y como principales víctimas (Carrión, 2003). Señalan que en la mitad de los países de la región, el homicidio es la segunda causa de muerte para este grupo poblacional. Además, los informes sobre violencia urbana en América Latina (OMS, 2005) indican que la condición de la niñez y juventud en la región exhibe un panorama precario. La “próxima generación” es una de las más activas protagonistas y receptoras de la violencia. Paralelamente, el discurso de las autoridades, escuelas y medios de comunicación demoniza a los actores juveniles al ritmo que decrece la capacidad de gobernabilidad de los regímenes de la región. Este discurso autoritario, que no contribuye a generar una discusión razonada ni a replantear políticas públicas juveniles, se ha convertido en el imaginario que predomina en la sociedad. (Reguillo, 2001)

²⁵ Citado por Thompson, Kenneth (1998): *Moral Panics*. Florence. KY. Routledge. USA. Pág.7 y 8

Con este marco, y dado que nuestro grupo de estudio esta conformado por jóvenes entre 20 y 25 años, es interesante preguntarnos por el modo en el que ellos mismos se perciben como participantes de esta problemática. ¿Se encuentran altamente expuestos a situaciones de violencia o inseguridad?, ¿son simplemente espectadores de un escenario de violencia social? o ¿la violencia y la inseguridad se deben explicar por otros factores en los que el grupo etario no es relevante?

En relación con lo anterior, cabe mencionar que el concepto de “juventud” (Margulis; 2003) está cargado con diferentes evocaciones y significados, por lo que se deben tener en cuenta la *heterogeneidad social* y las diferentes modalidades con que se presenta en la sociedad y en la cultura la condición de joven. *Juventud* nos habla de un presunto colectivo, siempre nuevo, siempre cambiante. El concepto no reposa en un mero enclasmiento de edades, es más que una categoría estadística. Hay muchas maneras de ser joven, diferentes juventudes, atendiendo, sobre todo, a la diferenciación social, a la generación, al género y a la cultura local. Implica también ocupar el papel de joven en las instituciones, especialmente en la familia, y ello conduce a participar en un juego de roles e identidades.

Se debe “desnaturalizar” el concepto de jóvenes ya que encierra una gran diversidad, en relación no sólo a las elecciones identitarias de los propios jóvenes sino al tipo de sociedad en el que se insertan. Son elementos constitutivos de la categoría jóvenes: las diferencias de género, religiosas, pertenencias étnicas, los grados de escolaridad, los agentes socializadores a través de los cuales los jóvenes construyen referencias para ser y estar en el mundo, sus gustos, sus preferencias y finalmente sus biografías. (Reguillo, 2001)

Con estas breves consideraciones en mente, nos introducimos en la mirada de los entrevistados acerca de su condición de jóvenes y su relación con la inseguridad/violencia urbana.

“Yo siento que es distinto, la violencia que nosotros percibimos es bien distinta, la percibimos hasta en la manera que nos tratamos entre jóvenes. Yo no creo que unos sean más susceptibles que otros, yo creo que todos estamos expuestos de igual manera, en la misma cantidad pero en calidad distinta.” (Entrevista con Carla)

“Las autoridades quizás si abusan más de los jóvenes pero en general, robos, secuestros o cosas así es independiente de que seas joven. Pero por parte de la autoridad el hecho de que seas joven te hace más vulnerable” (Entrevista con Roberto)

“Siento que para todos es lo mismo, creo que todos estamos expuestos a todo.”
(Entrevista con Raúl)

“Yo creo que las muchachitas chiquitas que recién comienzan a salir a la calle y tienen miedo son las que pueden ser víctimas. Las que son como yo era antes...” (Entrevista con Adriana)

“Yo creo que los jóvenes estamos un poco más expuestos por la misma dinámica de tomar en la calle, que te vas a fiestas, a un partido de fútbol, ese tipo de cosas. O, inclusive, involucrarte en cierto tipo de situaciones, por ejemplo, vendemos en la calle

cosas y eso es ilegal. Igual en algún momento nos podría llegar la policía y levantarnos. Digamos que puede haber condiciones.” (Entrevista con Francisco)

“Los jóvenes estamos más expuestos porque somos más alocados y nos gusta andar en todos lados. Nos dicen que hay una fiesta en tal lado y allá vamos, qué más da ¿no? Salimos tarde, no nos importa, nos despreocupamos. A lo mejor sí sabemos que están asaltando un buen pero por una fiesta vamos cualquier lado y para ir a comprar algo vamos a cualquier lado. Creo que estamos más expuestos pero porque nosotros solitos lo propiciamos.” (Entrevista con Paula)

“Creo que los jóvenes no estamos tan expuestos porque muchos de nosotros no tenemos mucho dinero, muchas pertenencias, entonces tampoco creo que nos puedan sacar mucho.” (Entrevista con Julieta)

“Yo creo que la mujer, definitivamente la mujer, ya no tanto las chavitas porque igual dices, igual puedes parar a una chavita pero ¿qué le quitas?, ¿su libro de la universidad?, ¿los diez pesos para el camión? Entonces, yo creo que las mujeres que vienen de oficina son las que están más expuestas porque salen con dinero, salen con cosas de valor.” (Entrevista con Mariana)

Podemos apreciar que no existe una valoración uniforme de que la juventud sería una condición que propicie situaciones de inseguridad o violencia. Más bien depende de las experiencias individuales, de las representaciones aprendidas en la familia y con los amigos, de las actividades, de los consumos culturales, entre otros factores. Asimismo,

podríamos concluir que la juventud sería factor de vulnerabilidad en un contexto de pobreza y marginación, que no es el caso de nuestros entrevistados. Aunque, en algunos casos la dinámica propia de la juventud como salir a menudo y por las noches o tomar acciones riesgosas, pueden convertirlos más fácilmente en víctimas de la delincuencia.

A lo largo de este capítulo transitamos por un conjunto de relatos, en donde aparecieron imágenes, símbolos y saberes que organizaron, seleccionaron, reunieron y construyeron una realidad, guiando de este modo las prácticas de los sujetos. Estas narraciones respondieron algunas de las preguntas que ordenaron esta investigación y a la vez abrieron nuevos interrogantes. Los relatos operaron como metáforas que intentaron atrapar la gran ciudad, atravesando y organizando lugares y prácticas. Como dice De Certeau: “Estas aventuras narradas, que de una sola vez producen geografías de acciones y derivan hacia los lugares comunes de un orden, no constituyen solamente un suplemento de las enunciaciones peatonales y las retóricas caminantes. No se limitan a desplazarlas y trasladarlas al campo del lenguaje. En realidad, organizan los andares. Hacen el viaje, antes o al mismo tiempo que los pies lo ejecutan.” (1996: 128) Así, pudimos entender, a través del ejercicio de escuchar, que la fuerza de las representaciones es constitutiva. La violencia urbana y la (in)seguridad son representaciones construidas mediante importantes mediaciones familiares, de los grupos de pares y de los medios de comunicación. No obstante, estas mediaciones que intervienen en el proceso de aprehensión del mundo son desiguales y desniveladas. Como bien señala Reguillo, refiriéndose a las mediaciones de las que se valen los sujetos para enfrentar el discurso mediático:

...las múltiples imágenes que interpelan a los actores sociales, en tanto ‘ofertas culturales’, son leídas de manera fragmentada y selectiva. Hasta donde es posible, de los discursos que circulan, los actores tenderán a apropiarse de aquellas partes que armonicen o no entren en conflicto con las representaciones que poseen sobre el mundo; sin embargo, el número y la diversidad de discursos a los que el ciudadano promedio tiene acceso en un solo día, dificultan esta operación. (1996b: 219)

De este modo, la recepción que hacen los sujetos de los discursos de los medios de comunicación, de los discursos políticos y de los discursos de las agencias del Estado, no es un proceso suave y sin fisuras, sino un espacio permanente de tensiones y negociaciones de significados.

En las narraciones acerca de los miedos, la (in)seguridad y las violencias hubo diferencias pero también acuerdos, debido a que la construcción de representaciones es un acto intersubjetivo. Dar coherencia y dotar de sentido a la realidad es una tarea que se basa en la producción y reproducción de representaciones como marcos interpretativos y como guías para la acción. De ahí que: “...toda descripción es más que un acto de fijación, es un acto culturalmente creador. La descripción cuenta incluso con un poder distributivo y con una fuerza performativa (hace lo que dice) cuando se reúne un conjunto de circunstancias.” (De Certeau, 1996: 135) La fuerza de los relatos y de las representaciones que se cristalizan a través de ellos, es la de abrir un teatro de legitimidad para acciones efectivas. Crea un campo que autoriza prácticas sociales arriesgadas y contingentes.

Finalmente, concluimos con la idea de De Certeau (1996:139-140) acerca de la existencia de una frontera en todo relato. Esta frontera indica un límite entre un espacio y su exterioridad. Es una figura contradictoria y dinámica porque crea una delimitación

y una movilidad. El relato no se cansa de poner fronteras pero ésta tiene al mismo tiempo un papel mediador: articula, da paso. “En el relato la frontera funciona como tercero. Es un intervalo, un espacio entre dos. (...) Ambigüedad del puente: unas veces suelda y otras opone insularidades. Las distingue y las amenaza.” De este modo, las narraciones de nuestros entrevistados apuntaron una frontera ante la cual nos detuvimos (aunque se abrieran nuevos puentes) y que es, en cierta medida, la que nos detiene en este momento a concluir este relato.

5. Conclusiones

Iniciábamos esta investigación preguntándonos cuáles eran y cómo se construían las representaciones de la (in)seguridad y la violencia urbana en la ciudad de México desde la mirada de los jóvenes. A la vez, nos interrogábamos por el modo en que éstas incidían en la vida cotidiana, organizando rutinas y prácticas. Para dar cuenta de estas representaciones, en continuo vaivén entre el mundo social y la subjetividad, nos abocamos a escuchar diferentes relatos que las cristalizaban. Tarea difícil por la calidad *intangible* de las representaciones, que circulan, se cruzan y se condensan en nuestro universo cotidiano (también en el de los investigadores) a través de palabras, gestos y encuentros. Estas narraciones nos ayudaron a comprender que, más allá de los discursos de los “expertos” (académicos, periodistas y políticos entre otros), la (in)seguridad y la violencia se encuentran en una encrucijada entre ese discurso hegemónico y las vivencias personales. Y, como toda representación social, deben ser consideradas como una textura psicológica autónoma y a la vez como propia de nuestra sociedad, de nuestra cultura.

De este modo, ante una situación similar los jóvenes respondían de distintas maneras, actualizando diferentes registros según el caso. Aunque, también encontramos dimensiones compartidas al momento de nombrar, organizar y explicar los miedos, las (in)seguridades y las violencias. Similitudes que, en buena medida, se explican por la pertenencia a un mismo tiempo histórico, a una misma ciudad y a un mismo grupo de edad. En tal sentido, las representaciones compartidas son fundantes de las relaciones sociales y nos hablan de lo qué está pasando en una determinada sociedad.

En un escenario donde cotidianamente se consumen imágenes y discursos que dan cuenta de un supuesto aumento de la violencia delictiva y la inseguridad, donde se

publicitan políticas de seguridad represivas, como las de tolerancia cero, fue fructífero hacernos un tiempo para escuchar las narraciones de los jóvenes. Además, y considerando que las representaciones sociales son una *preparación para la acción*, en la medida en que no sólo guían el comportamiento sino que también modifican los elementos del medio en el que éste tiene lugar, fue valioso indagar cómo estas representaciones ordenan las acciones y el mundo de la vida de los sujetos. Asimismo, las representaciones sociales dan sentido a las prácticas al integrarlas en una red de relaciones y, al unísono, proporcionan las nociones, las teorías y el fondo de observaciones que hacen eficaces y estables a estas relaciones. (Cf. Moscovici, 1979)

Las mediaciones

Uno de nuestros supuestos de trabajo apuntaba la importancia de los discursos mediáticos, políticos y de las agencias estatales en la creación y difusión de las representaciones de mundo y, por consiguiente, en las representaciones de lo violento y lo (in)seguro. Los denominamos discursos hegemónicos porque tienen un poder simbólico y material que les posibilita la construcción de la realidad. Y, como bien señala Bourdieu: “los sistemas simbólicos cumplen su función política de instrumentos de imposición o de legitimación de la dominación de una clase sobre otra.” (2000: 68) No obstante, estos discursos e imágenes no son consumidos pasivamente por los sujetos ya que entre ambos existen *mediaciones* como: la familia, el grupo de pares y la escuela. En el transcurso de la investigación comprobamos que la familia socializa a sus miembros para el uso de la ciudad y, en este proceso, decide qué lugares, personas o situaciones pueden ser peligrosas, violentas o inseguras. Fue un común denominador en los relatos que los jóvenes alegaran las siguientes razones para explicar sus acciones: *mi*

abuela siempre dice, mi mamá es muy miedosa por eso no fui, mi papá me enseñó a tener actitud, etc. Sin embargo, la familia no está aislada del contexto, “su interacción necesaria con la dinámica social implica una negociación y readecuación constante de sus modelos de orden.” (Reguillo, 1996a:72) En tal sentido, desde la familia se producen representaciones que funcionan también como dispositivos de vigilancia y control.

Además, el grupo de pares funciona como socializador y permite que los sujetos confronten estas visiones de mundo aprehendidas en el hogar. De modo tal que se atreven a explorar la ciudad en las noches, sólo si es con un grupo de amigos. Aunque, también es una mediación llena de ambivalencias ya que, por un lado, anima a los jóvenes a salir al mundo (las entrevistas señalan que los consumos culturales de los jóvenes son fundamentalmente grupales) pero, por otro lado, también puede funcionar como reproductor de estereotipos o prejuicios.

La fuerza de estas mediaciones así como la consciencia (al menos discursivamente) de los jóvenes entrevistados acerca del modo en el que los políticos y los medios de comunicación utilizan el tema siguiendo una lógica comercial, nos conduce a pensar que los discursos de la (in)seguridad y la violencia no son consumidos impasiblemente. Además, los discursos de las agencias del Estado también caen en un escenario similar ya que los sujetos perciben los procesos de degradación y corrupción de las instituciones de disciplinamiento (policía, sistema judicial). Así, las políticas de mano dura y tolerancia cero no gozan de una aceptación unánime ya que las instituciones, funcionarios del Estado y políticos que las proponen están completamente deslegitimados. “Las práctica ilegales en las que incurren gran parte de las instituciones paradigmáticas de la moral del Estado, las han deslegitimado a tal punto que se han

transformado en un factor central, por vías directas o indirectas, en la producción de la violencia urbana/delincuencial actual.” (Isla y Míguez, 2003: 317)

Las (in)seguridades

Las representaciones de la (in)seguridad se movilizan ante determinadas situaciones, lugares o personas que son percibidos como amenazantes, materializándose en comportamientos que tienen lugar en la vida cotidiana. En la elaboración de una representación interviene un sujeto cognoscente, un concepto, un objeto y una percepción. “La representación no es una instancia intermediaria, sino un proceso que hace que el concepto y la percepción de algún modo sean intercambiables, porque se engendran recíprocamente.”, nos señala Moscovici (1979). En primer lugar, el proceso de *objetivización* hace concreto lo abstracto, pone en imágenes las nociones extrañas por medio de la selección y descontextualización de los elementos hasta conformar un núcleo figurativo. En segundo lugar, el *anclaje* integra cognitivamente el objeto representado dentro del pensamiento preexistente.

A pesar de ser un proceso subjetivo/creativo está anclado a lo social y, de este modo, cada miedo o inseguridad condensados en una figura nos habla de un todo más amplio. Podemos concentrar las inseguridades en los siguientes grupos: a) el *miedo a la noche* que asocia la oscuridad con el peligro y la delincuencia; b) el *miedo a lo desconocido*, que lleva a los sujetos a sentir mayor seguridad en el propio territorio y a desconfiar de las personas que vienen de afuera; c) el *miedo al desorden* que relaciona desorden ambiental (falta de limpieza en las calles, graffitis, etc.) con delincuencia; d) el *miedo al otro diferente*, que construye un “otro” sospechoso, a partir de ciertas características como: color de piel, género, edad, ropa, movimientos y actitudes.

La *vida cotidiana* y las rutinas que ella supone son experimentadas como zonas de seguridad, independientemente de la colonia en la que habiten los sujetos. Cada persona encuentra el modo de adaptarse a su entorno de forma tal de poder continuar con sus prácticas cotidianas sin mayores interferencias. Existe un conjunto de *condiciones* (conocimiento de lugares, trayectos, etc.) y *comportamientos* (saludar, mantener relaciones vecinales, etc.) que se articulan con *beneficios simbólicos esperados*. En conjunto crean un dispositivo social que posibilita al individuo “hallarse” en un lugar y ser reconocido por ello. Además, los individuos sienten mayor seguridad en la medida en que tienen sentimientos de pertenencia con la comunidad en la que habitan, en la medida en que sienten que forman parte de un *nosotros*. Aunque, una zona de mejor posición económica puede influir en un mayor sentimiento de seguridad, en tanto implica una mayor presencia del Estado (en policía o servicios públicos como iluminación, limpieza, etc.)

La vida cotidiana se vuelve problemática cuando se incumplen rituales o se invaden espacios vitales. El espacio personal es un contorno alrededor del individuo. En este espacio la entrada de otra persona hace que el individuo se sienta víctima de una intrusión. Esta infracción varía según el contexto: interviniendo la densidad demográfica, la ocasión social, la intención de quien se acerca, entre otros factores. Otra infracción bastante común es la de violación a la reserva de información, que sucede con el ojeo, la mirada o la penetración visual. (Cf. Goffman: 1979)

En estas interacciones cotidianas surgen tensiones vinculadas, en buena medida, con cuestiones de género, raza y clase. En tal sentido, para las mujeres la visión de un hombre moreno, de gestos rápidos o que lleva el rostro tapado de alguna forma podría desencadenar una interacción riesgosa, por lo tanto, prefieren evitarlos. Los varones

generalmente, consideran como una interacción riesgosa encontrarse con grupos o bandas de jóvenes que pueden estar drogados o alcoholizados.

Como señalábamos, las representaciones *guían la acción* y tienen un aspecto perceptivo que implica la presencia del objeto y un aspecto conceptual que implica su ausencia. La representación re-presenta un ser, una cualidad, a la conciencia, es decir, las actualiza a pesar de su ausencia y aún de su no existencia eventual. La representación sigue las huellas de un pensamiento conceptual, puesto que la condición de su aparición es la desaparición del objeto. “Del concepto, retiene el poder de organizar, de relacionar y de filtrar lo que va a ser retomado, reintroducido en el campo sensorial. De la percepción, conserva la aptitud de recorrer, de registrar lo inorgánico, lo no conformado, lo discontinuo...” (Moscovici, 1979)

Estas consideraciones nos ayudan a pensar cómo se construyen ciertos espacios y colonias como zonas de (in)seguridad y, en base a estas representaciones, se organizan ciertas conductas. Una de las prácticas más comunes para evitar ser víctimas de algún delito es la *actitud* (entendiéndola como tener seguridad en uno mismo y además, lo más importante, demostrarla). A partir de ella, se desprenden un conjunto de prácticas que los sujetos emplean en sus rutinas para protegerse, las cuales varían de acuerdo a la percepción que se tenga del lugar, situación o persona en cuestión.

Las violencias urbanas

Las representaciones de la violencia urbana se construyen y movilizan a partir de percepciones y conceptos que evalúan como agresivas a ciertas personas, acciones, lugares o situaciones en la vida pública. Dichas representaciones conformadas por valores, ideas e imágenes modulan los comportamientos de los jóvenes ante ciertas

“condensaciones” evaluadas como violentas por ellos mismos. Pensar las violencias por medio del *entorno vital* o *Umwelt* de los sujetos, dentro del cual se originan los signos y fuentes de alarma que pueden conducirlos a situaciones de violencia, nos permitió acercarnos a ellas a un nivel microscópico. Constantemente, el sujeto vigila lo que sucede en su entorno y más allá de él, evaluando a los otros por medio de una “distancia crítica” que marca la frontera permitida entre él y el mundo exterior. Cuando el entorno no presagia nada fuera de lo normal puede continuar con sus actividades rutinarias. Sin embargo, existe una gama de peligros que se perciben por medio de signos como: olores, ruidos, visiones, contactos, presiones, etc.; los cuales detonan una extrema vigilancia del entorno y la preparación para una posible defensa del espacio.

Nos abocamos especialmente a la perspectiva de la víctima y del observador de la violencia urbana. Para ellos existe un conjunto de indicadores que hacen que una acción sea valorada como violenta: agresión física, insultos, amenazas, imposición de un poder, miradas retadoras, etc. Pero, como bien señala Goffman (1979), lo que para uno es motivo de alarma para otro es oportunidad de demostrar experiencia. Lo que para algunos es extraño y peligroso para otros puede formar parte de su cotidianeidad. Esto es así porque “las representaciones hacen que el mundo sea lo que pensamos que es o que debe ser. Nos muestran que a cada instante una cosa ausente se agrega y una cosa presente se modifica. Si algo ausente nos choca y desencadena toda una elaboración del pensamiento y del grupo, no sucede por la naturaleza del objeto sino en primer lugar porque es extraño, y después porque se halla fuera de nuestro universo habitual.” (Moscovici, 1979)

De hecho, existen lugares que se valoran como violentos o peligrosos sin haber estado nunca allí. Principalmente los barrios pobres y populares. En estos lugares también

habitan una serie de personajes temidos como: el asaltante, chavos banda, cholos, teporochos y policías entre los más nombrados. Estas figuras posibilitan domesticar los miedos al nombrarlos y organizarlos; no obstante, manifiestan también la intolerancia de una sociedad. Entonces, si bien los jóvenes entrevistados rechazan los estereotipos burdos, en las narraciones aparece la estigmatización del otro. Y, por medio de estos procesos de estigmatización, se representa al otro, muchas veces, como el culpable de la violencia. Proceso al que se debe poner particular atención debido a que la identidad de las personas se construye a partir de la intervención del otro y, en algunos de nuestros entrevistados, pareciera que se fabrica una identidad a partir de la expulsión del otro. ¿Cómo podemos expulsar del nosotros a alguien que no está creando? En suma, cada sociedad construye su tipo de extraños al trazar sus fronteras y mapas cognitivos. En este sentido, para Reguillo (2006) estos procesos dan cuenta de una profunda ausencia de sentido, de pacto social, y de cualquier margen de acotamiento institucional. Esto conduce a que las personas ya no lean al otro como vecino sino como enemigo, en donde la enemistad está dada porque ambos compartiendo el mismo territorio, están indefensos.

Volviendo al *Umwelt*, en el caso de las mujeres, la principal reacción ante alarmas que pueden ser indicios de un peligro, es la huida. Los hombres tienen una mayor tendencia a responder de forma violenta en situaciones de posible agresión. Comportamiento claramente relacionado con la valoración positiva que tiene en la sociedad el hecho de *saber defenderse, no dejarse, poner al otro en su lugar*, etc. Estas construcciones culturales de la violencia hacen que las peleas callejeras, las lesiones y ciertos lenguajes sean considerados un privilegio de los varones con connotaciones altamente positivas.

Por otra parte, profundizamos la relación entre las representaciones de la inseguridad y las de la violencia urbana. Concluimos que se relacionan colonias populares con desocupación, falta de urbanidad, grupos de jóvenes alcoholizados o drogados (como actitudes y acciones que pueden incomodar o molestar), aunque estas características no son necesariamente evaluadas como violentas. Es decir, la inseguridad no es sinónimo de violencia urbana. Muestra de ello es el hecho de que muchos entrevistados vivieron situaciones de violencia y declaran no haberse sentido inseguros.

Finalmente, retomamos a Elias (1989) quien ubica a la violencia y al miedo en el núcleo de la experiencia de la modernidad, vinculando las operaciones del Estado con la más íntima formación de la persona. La censura de la violencia de la vida social vía su reubicación bajo la tutela del Estado abre el camino para la regularización del intercambio social, la ritualización de la vida cotidiana, y la psicologización del impulso y la emoción. En lo que hace al miedo, proporciona el mecanismo central para la introyección de los controles sociales y la regulación de toda vida instintiva y afectiva. Sin embargo, en la actualidad vivimos un proceso en donde el incremento de prácticas ilegales de las cuales son responsables las instituciones que encarnan el Estado, deslegitiman su propio accionar. En otras palabras, se deslegitima el “monopolio legítimo de la violencia física” y la violencia, en sus variadas formas, como bien lo señalaron Maffesoli (2006) y Bauman (1999), se vuelve un factor omnipresente en la sociedad. Así las cosas, la sistematicidad de prácticas ilegales de los agentes estatales se vuelve un contexto facilitador de la violencia.

En este escenario, “los individuos buscan sus propias articulaciones, repitiendo una y otra vez sus relatos personales, acaso al modo de exorcismo de una experiencia traumática, acaso al modo de explicar un panorama político y económico cuya

complejidad sólo es aprensible ahora a partir del pequeño cuento.” (Rotker, 2000: 9) La repetición es un efecto del lenguaje que permite exorcizar por partida doble dice Derrida (2001). Por una parte, se conjura mágicamente la cosa misma (la repetición tiene el efecto de neutralizar, de amortiguar, de alejar el traumatismo); y, por otra parte, para negar, en un mismo acto de habla y enunciación, la impotencia para nombrar de manera apropiada, para pensar la cosa que se trata. Por ello, la compulsión a la repetición significa, traduce y revela. El lenguaje racional encuentra un límite y busca un anclaje en el lenguaje de la subjetividad, de los sentimientos, lo que termina aumentando la paranoia cotidiana. Un acontecimiento traumático y violento inflinge una herida al tiempo corriente de la historia. Gracias a estos “acontecimientos” la herida permanece abierta por el terror ante el *porvenir*, no solamente ante el pasado. “Se trata de un trauma y, por consiguiente, de un acontecimiento cuya temporalidad no procede ni del ahora presente ni del presente pasado, sino de un impresentable que esta por venir.” (Derrida: 2001) Así, las representaciones de la violencia urbana y la (in)seguridad se condensan en relatos de lo que sucede en la cotidianeidad de la ciudad, relatos —que operando por repetición— develan la profundidad de la crisis, la magnitud de la exclusión a la vez que intenta conjurarla.

7. Anexos

7.1. Metodología y proceso de investigación

El estudio de las representaciones sociales, como se desarrolló en el capítulo 2, se nos presenta como diverso y múltiple debido a sus variadas posibilidades de abordaje conceptual. Por consiguiente, supone una cantidad de posibles procedimientos a seguir en el análisis de las mismas. No obstante ello, nuestra elección de procedimientos (métodos) se inscribe en el campo de lo cualitativo. Esta tradición da prioridad a la narración y a la subjetividad así como a la contextualización e interpretación teórica de las experiencias. Los estudios cualitativos ponen el énfasis en la visión de los actores y el análisis contextual en el que ésta se desarrolla, centrándose en el significado de las relaciones sociales. En este sentido, el diseño de la investigación y las técnicas de recolección que utilizamos se anotan al interior del paradigma cualitativo.

Las técnicas utilizadas para la recuperación de los relatos que aquí se presentan fueron la entrevista y el trabajo con imágenes. Entendiendo que la entrevista es “un mecanismo controlado donde interactúan personas: un entrevistado que transmite información, y un entrevistador que la recibe, y entre ellos existe un proceso de intercambio simbólico que retroalimenta este proceso.” (Vela Peón, 2004:66) De acuerdo con la clasificación de Vela Peón (2004), podemos señalar que los relatos fueron recogidos por medio de *entrevistas semiestructuradas enfocadas*. Este tipo de entrevistas es dirigida por el investigador hacia un área limitada o materia de interés. A diferencia de la entrevista estructurada, en la entrevista focalizada las repuestas son más libres. Sin embargo, si el entrevistado se aleja demasiado del tema apuntado, el entrevistador puede regresarlo al foco de atención.

Por otra parte, trabajamos con un conjunto de siete fotografías. Entendiendo que los textos visuales involucran tres componentes: el autor, el texto propiamente dicho y un lector. Focalizando nuestra mirada en el lector de la fotografía, quien es concebido como “un sujeto transindividual cuyas respuestas están directamente vinculadas a las programaciones sociales de comportamiento del contexto histórico en el cual se inserta.” (Mauad, 2005:465) De este modo, es la competencia de quien observa la que otorga significados a la imagen. “Esa comprensión se da a partir de reglas culturales que ofrecen la garantía de que la lectura de la imagen no se limite a un sujeto individual, sino que, por sobre todo, sea colectiva. La idea de competencia del lector presupone que el mismo, en calidad de destinatario del mensaje fotográfico, posea una serie de saberes que involucran otros textos sociales.” (Mauad, 2005:466) Además, la comprensión de textos visuales es un acto conceptual y un acto fundando en una pragmática, que presupone la aplicación de reglas culturalmente aceptadas como válidas. Igualmente, existen reglas de lectura de los textos visuales que son compartidas por la comunidad de lectores. Reglas que son el resultado de una disputa por un significado adecuado a las representaciones culturales.

Así las cosas, el conocimiento producido por tales métodos es descriptivo, analítico y exploratorio. El tipo de información que se reúne por los medios cualitativos se registra en textos escritos (producidos por el investigador) en los que queda registrada la interacción con los individuos involucrados en la investigación. Entonces, los textos son el resultado de un proceso de transformación de la información recabada durante el trabajo de campo. Posteriormente, la codificación constituye otra transformación del material porque representa una clasificación preliminar de los resultados, a fin de incluirlos en una categoría que tiene sentido dentro del acercamiento teórico del

investigador. Y, para finalizar, la interpretación transforma a la interacción real al convertir los códigos en significados. (Amuchástegui, 2001: 187)

Las entrevistas y el trabajo con las fotografías tuvieron lugar en la Ciudad de México entre los meses de mayo a julio de 2006. Se realizaron en ambientes propicios para el diálogo y con pocos elementos distractores; las entrevistas fueron grabadas y se respetó el anonimato de los participantes de la investigación. Primeramente, se realizó la prueba del instrumento en dos jóvenes (de sexo masculino y femenino) en donde se evaluó la información que arrojaban las entrevistas, surgiendo nuevas preguntas que no estaban contempladas. Una vez que se perfeccionó el instrumento que nos permitiría acceder a los relatos y, por consiguiente, a las representaciones, se realizaron doce entrevistas con jóvenes de 20 a 25 años, habitantes de la Ciudad de México provenientes de diversos sectores sociales y con diferentes características socioculturales.

7.1.1 Objetivos, indicadores y guía de entrevistas

Edad:

Ocupación:

Colonia donde vive:

Composición familiar:

Ocupación de los padres:

OBJETIVOS	INDICADORES	PREGUNTAS
<p>Obtener las principales características socioculturales del entrevistado. A partir de las cuales construyen representaciones que orientan prácticas y rutinas.</p>	<p>Descripción de un día cualquiera: hábitos, rutinas, lugares donde asiste por trabajo, estudio, diversión, etc., medios de transporte que utiliza, personas con quien vive, con quienes se vincula, colonias por las que transita.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Podrías contarme cómo es un día cualquiera de tu vida? • ¿Podrías contarme cómo son tus fines de semana? • ¿Salís en compañía o solo?
<p>Indagar las representaciones de la inseguridad. Averiguar cuáles son los lugares, personas o prácticas que se vinculan con sentimientos de inseguridad.</p> <p>Indagar las</p>	<p>Lugares de la ciudad, personas, (rasgos, condición social, edades) conductas que el actor relaciona con sentimientos de inseguridad.</p> <p>Personas, lugares,</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué lugares, actividades o personas te hacen sentir intranquilo, inseguro cuando sales de tu casa? • ¿Qué situaciones, personas o conductas te dan miedo? • ¿Consideras que la colonia en donde vives es tranquila?, ¿Por qué?, ¿Qué pasó? • ¿Consideras que tu colonia es diferente a otras colonias de la ciudad?

<p>representaciones de la violencia urbana.</p> <p>Averiguar cuáles son los lugares, personas o prácticas se vinculan con la violencia.</p>	<p>acciones que el entrevistado relaciona con la violencia urbana.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Existen lugares de la ciudad a los que nunca has ido ni irías?, ¿Por qué? • ¿Tuviste problemas en estos lugares o conoces a alguien que haya tenido estos problemas?, ¿Qué pasó?, ¿Hace cuanto tiempo pasó?
<p>Indagar que tipo de relación existe entre inseguridad y violencia.</p> <p>Indagar la valoración que tienen los actores hacia la violencia de los otros y de la propia en lugares públicos, así como también las prácticas que llevan a cabo ante situaciones de violencia.</p>	<p>Vinculación de la inseguridad con la violencia.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • En esos lugares a los que no vas porque consideras inseguros ¿hay gente que comete acciones que te disgustan? • ¿Consideras que esas acciones, personas o lugares son agresivos?, ¿Por qué? • En esos lugares o con esas personas agresivas ¿te sentís seguro? • ¿Te disgusta la agresividad de esas personas o de esas situaciones? • ¿Cuál es tu respuesta ante estas situaciones de agresividad? • ¿Has actuado agresivamente en alguna ocasión?
<p>Averiguar cuáles son las</p>	<p>Acciones vinculadas a</p>	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué medidas tomas para protegerte

<p>prácticas de los sujetos vinculadas a las representaciones de la violencia/inseguridad.</p>	<p>la percepción de la inseguridad / violencia: medidas de seguridad en el hogar, personales (horarios, vestimenta, actitudes)</p>	<p>del miedo que te provocan ciertas situaciones?</p> <ul style="list-style-type: none"> • ¿Crees que estas medidas varían entre hombres y mujeres? • ¿En tu hogar existen sistemas de vigilancia?
<p>Indagar la percepción que tienen los entrevistados de las agencias estatales encargadas de velar por la seguridad.</p>	<p>Percepción de las agencias estatales encargadas de velar por la seguridad.</p>	<ul style="list-style-type: none"> • Si tuviste algún problema de este tipo o si lo tuvieras ¿a quién acudiste o a quién acudirías?, ¿a las autoridades, a la policía, a tu familia, a los vecinos? • ¿Tienes conocimiento de que existan abusos por parte de la autoridades?, ¿te han contado?, ¿lo has visto?, ¿qué clase de abusos?
<p>Indagar en las percepciones de los entrevistados en relación a quiénes o qué instituciones deberían tener la responsabilidad para aportar soluciones.</p>		<ul style="list-style-type: none"> • ¿Quiénes o qué instituciones tienen la responsabilidad en aportar soluciones al problema de la inseguridad y la violencia urbana? • ¿Qué piensas de las medidas de “mano dura” como endurecer penas, aumentar

		el número de policías, etc.?
Observar si existe alguna relación entre jóvenes y violencia/inseguridad.		<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué personas en tu opinión son las principales víctimas el problema de la inseguridad? • ¿Crees que por ser joven te encuentras más expuesto a situaciones de inseguridad y violencia?
Indagar la percepción que tienen los actores acerca del modo en que el tema es abordado por los medios y los políticos.	Percepción de la problemática seguridad / violencia en distintas fuentes: medios de comunicación, discurso político	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Cómo percibes que los medios de comunicación tratan el tema? • ¿Recuerdas la “marcha blanca” que se realizó en el 2004? • ¿Participaste?, ¿Por qué?, ¿La viste por televisión?, ¿Qué opinas? • ¿Cuál es el tratamiento que los políticos desde sus campañas electorales le dan al tema?
Indagar en las representaciones de la	Percepción de la violencia e inseguridad,	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué ves en esta fotografía?, ¿Podrías describirla?

violencia y la inseguridad mediante recursos visuales.	utilizando recursos visuales (Fotografías de la ciudad de México en la que se presentan situaciones violentas o de inseguridad)	<ul style="list-style-type: none"> • ¿Qué sentimientos te produce? • ¿Qué harías en esa situación?, ¿Qué harías si encuentras una esa escena así en la calle?
--	--	---

7.1.2. Presentación de los jóvenes entrevistados

Héctor, tiene 25 años, estudió una carrera técnica. Actualmente, pasa parte del día buscando trabajo y acompañando a su novia, con quien convive desde hace más de un año en un departamento que rentan en una unidad habitacional de la delegación Iztapalapa. Héctor, esta pendiente de las actividades de su novia quien trabaja en la UNAM y realiza estudios de posgrado allí mismo. Se levanta temprano y acompaña a su novia en transporte público hasta la ciudad universitaria, donde ella comienza sus clases a las siete de la mañana y él emprende su búsqueda de trabajo. Por la tarde comen juntos y a las nueve, diez de la noche regresan al departamento. Héctor se fue de la casa de su madre, que vive en una colonia cercana a la Narvarte, para vivir con su pareja. Su padre falleció hace algunos años y no tiene hermanos.

Los sábados, desde que era niño, juega al básquet en un club cercano a la colonia Narvarte. Por la tarde almuerza en casa de su madre y en las noches sale con su novia y amigos a bares de Coyoacán o Insurgentes. Prefiere ir a reuniones o fiestas en casas de amigos. Antes, salía mucho por las noches a bares y antros, sin embargo, desde que está en pareja afirma estar más tranquilo y no andar tanto en el “reventón”.

La entrevista se realizó el 7 de julio de 2006 en la Ciudad de México.

Roberto, tiene 21 años, estudia comunicación en la Universidad Iberoamericana. Vive en un fraccionamiento de Lindavista con su familia: padres profesionales y dos hermanos menores. Todos los días se levanta a las cinco y media, seis de la mañana, para evitar el tráfico y no perder tanto tiempo dentro del auto que conduce para asistir a clases en Santa Fé. Por las tardes se queda en su casa tocando música, mirando la televisión o en la computadora ya que vive lejos de las zonas donde tienen lugar las actividades que a él le gusta realizar.

Los fines de semana y también algunos días de la semana asiste a conciertos, obras de teatro o al Chopo pero no le gusta salir a los antros. También le gusta juntarse con su grupo de amigos a tomar. Compran una botella y salen a dar vueltas en el carro mientras beben y, por este motivo, en algunas ocasiones han tenido problemas con la policía.

La entrevista se realizó el 29 de junio de 2006 en la Ciudad de México.

Pedro, tiene 22 años, estudia administración de empresas en la UNAM, además trabaja medio tiempo en una empresa constructora realizando tareas administrativas. Vive con su familia en la colonia Roma, sus padres son empleados y tiene una hermana menor. Se levanta a las siete de la mañana y va en metro al trabajo, se desocupa a las tres de la tarde, toma un pesero y va a clases a la universidad. Regresa a su casa a las once, once y media de la noche.

Los fines de semana colabora en las diversas labores de la casa. Visita a su novia que vive en un sector bastante alejado de su colonia y regresa a su casa a las diez u once de la noche. En ocasiones se reúne con sus amigos a tomar café o jugar billar. Sale muy

pocas veces a bailar, las veces que logra escaparse, porque no tiene el permiso de los padres para llegar tarde a la casa.

La entrevista se realizó el 27 de junio de 2006 en la Ciudad de México.

Juan, tiene 24 años, estudia historia del arte en la Universidad Iberoamericana y además trabaja como DJ y músico. Vive en la delegación Iztapalapa, en la zona colindante con Coyoacán, con sus padres que son abogados y con un hermano menor. Todos los días se levanta a las seis de la mañana para asistir a clases, viaja en el transporte de estudiantes de la universidad y en transporte público.

Los sábados y eventualmente los jueves o viernes trabaja poniendo música en bares de Santa Fé o las Lomas. A veces, tiene presentaciones con su grupo de música en el que Juan toca la guitarra y el bajo. Le gusta asistir a eventos culturales: conciertos o visitar museos. Generalmente, utiliza los fines de semana para descansar y estudiar.

La entrevista se realizó el 21 de junio de 2006 en la Ciudad de México.

Francisco, tiene 24 años, actualmente está retomando sus estudios de medicina en la UNAM, los cuales interrumpió para comenzar la carrera de antropología en la ENAH. Además, vende discos piratas en la ciudad universitaria cerca de la facultad de medicina. Vive con su madre en un departamento que le prestaron en una unidad habitacional de Pantitlán, hace algunos meses que se mudó allí, antes vivía en Xochimilco. Sus padres están divorciados y él es hijo único. Su madre es empleada. Francisco no tiene una rutina establecida, algunas mañanas y tardes va en microbús y metro hasta la ciudad universitaria para asistir a clases, vender sus productos o encontrarse con amigos.

Los fines de semana visita a su padre, lee literatura, va al cine o se emborracha con sus amigos. Le gusta salir solo a bares o cafés. Siente que a veces llama la atención por su forma particular de vestirse aunque esto no le molesta.

La entrevista se realizó el 29 de mayo de 2006 en la Ciudad de México.

Raúl, tiene 20 años, estudia la preparatoria en una escuela de Balderas, le falta un año para concluir sus estudios y le gustaría estudiar derecho o turismo. Vive en un edificio de la colonia La Merced con sus padres y su hermano mayor. Sus padres son empleados y su hermano también está estudiando. De lunes a viernes se levanta a las seis de la mañana y toma el metro o dos microbuses para ir a la escuela. Por la tarde regresa a su casa, se va a dar vueltas con sus amigos o visita a su novia.

Los fines de semana ayuda en los quehaceres domésticos y sale por las noches con su grupo de amigos. Asiste a fiestas en casas o antros por la zona rosa o la Condesa. Algunos de sus amigos viven en el mismo edificio, entonces si es temprano se van juntos en metro o peseros y luego regresan en taxi.

La entrevista se realizó el 3 de junio de 2006 en la Ciudad de México.

Julieta, tiene 22 años, estudió ciencias políticas en la Universidad Iberoamericana, en donde trabaja actualmente por las mañanas, además está retomando sus estudios de sociología en la UNAM. Vive en Satélite con su familia: padres profesionales, abuela y una hermana menor quien también estudia en la UIA. Se levanta todos los días a las cinco y media de la mañana y va en auto a la universidad, hace ejercicio (forma parte del equipo de atletismo de la Iberoamericana) y luego comienza su jornada laboral. Regresa a almorzar a su casa, en donde se queda a pasar la tarde. Algunos días va al

cine con su novio o a lugares cercanos ya que vive en una zona alejada del resto de la ciudad.

Los fines de semana aprovecha para descansar y ayudar un poco en las labores hogareñas. Por las tardes sale con su novio a lugares cercanos, ve películas en la casa o visita exposiciones. Si sale por las noches regresa como a las doce, doce y media a su casa.

La entrevista se realizó el 8 de junio de 2006 en la Ciudad de México.

Paula, tiene 24 años, estudia medicina en la UNAM. Vive en Plateros con su familia conformada por sus padres y dos hermanos. De lunes a viernes se levanta a las cinco de la mañana para poder llegar al Hospital General a las siete, donde toma clases y algunos días hace guardias. Viaja en microbús y metro. Cuando se desocupa regresa a su casa o se va a estudiar a algún parque o a la biblioteca.

Los fines de semana colabora en las tareas domésticas, estudia y hace las compras para la semana. Le gusta mucho salir con amigos y con su novio a bares de Coyoacán y la Condesa, no le gustan los antros pero si las fiestas y reuniones.

La entrevista se realizó el 30 de mayo de 2006 en la Ciudad de México.

Carolina, tiene 25 años, estudia derecho en una escuela ubicada en ciudad Nezahualcoytl. Vive con su familia: padres, un hermano discapacitado, una hermana mayor y un sobrino, en la colonia La Merced. Su rutina diaria comienza a las cinco de la mañana cuando se levanta para arreglar a su sobrino y llevarlo a la escuela. Realiza los quehaceres de la casa y prepara la comida para toda la familia. A las tres de la tarde toma el metro y luego un microbús que la deja en frente de la escuela. En ocasiones su

novio va a buscarla en auto a la salida, otras veces regresa en metro y camina hasta su casa. Cuando se le hace tarde, más allá de las diez de la noche, su padre la espera a la salida del metro Candelaria y retornan juntos hasta la casa.

Los fines de semana se ocupa de las labores domésticas: lavar la ropa, planchar, limpiar la casa, organizar los pendientes de la escuela y preparar las cosas de su sobrino. Los domingos a la tarde sale con su novio al cine o a parques de diversión. Casi no sale por las noches ya que su madre tiene problemas de columna y, además de cuidar de su sobrino, debe colaborar en el cuidado de su hermano discapacitado.

La entrevista se realizó el 3 de junio de 2006 en la Ciudad de México.

Carla, tiene 22 años, estudia relaciones internacionales en la UNAM. Vive con su familia en un departamento de la Colonia Condesa. Su familia está conformada por su padre, quien trabaja en su propia empresa, una hermana mayor que es maestra, la pareja de su padre y una hermanita de dos años del nuevo matrimonio de su padre. De lunes a viernes se levanta a las cinco de la mañana para asistir a clases, al salir de su casa camina un par de cuadras hasta tomar el metrobús, luego toma un microbús y finalmente el transporte interno de la universidad. Vuelve a comer a su casa y pasa las tardes estudiando, viendo televisión, escuchando música o en la computadora. Dos veces a la semana cambia su rutina cuando se reúne con amigos y van a pasear a algún centro comercial, a tomar café, al cine o simplemente se quedan platicando en ciudad universitaria.

Los fines de semana se levanta tarde, ayuda en las tareas de la casa, juega con su hermana pequeña y junto a su padre o hermana hacen las compras para la semana. A las siete de la tarde sale de su casa para juntarse con los amigos, toman café y cenan en

algún lado, luego van a fiestas o a bares en el centro o sur de la ciudad. Regresa a su casa a las dos, dos y media de la madrugada. Siempre algún amigo la trae de regreso a su casa en auto.

La entrevista se realizó el 29 de mayo de 2006 en la Ciudad de México.

Adriana, tiene 25 años, estudia la licenciatura en informática en una escuela dependiente del Politécnico, además trabaja como asistente de la dirección en una empresa de tecnología para celulares. Su trabajo es de tiempo completo aunque dos veces a la semana tiene permiso para salir antes de las seis de la tarde para poder asistir a la escuela, en la delegación Iztacalco. Esos días regresa su casa más allá de las diez de la noche. Adriana vive con sus abuelos y su hermano en una unidad habitacional en San Jerónimo. Sus abuelos tienen un restaurante de comida china. Su madre vive en Ciudad Nezahualcoytl. Se levanta de lunes a viernes a las seis y media de la mañana y comienza a transportarse en metrobús, microbuses y camiones para llegar a su trabajo.

Los fines de semana se levanta tarde y lava o plancha su propia ropa. Por las tardes sale con su novio pero no sale por las noches porque se siente muy cansada. Los domingos va a misa y luego prepara las cosas para la semana. Tiene deseos de casarse con su novio aunque están esperando que mejore la situación laboral de ambos para poder hacerlo.

La entrevista se realizó el 15 de mayo de 2006 en la Ciudad de México.

Mariana, tiene 20 años, estudia historia del arte en la Universidad Iberoamericana. Vive con su madre, profesional, en la casa de sus abuelos en el Estado de México, camino a Huisquilucan. De lunes a viernes se levanta a las seis de la mañana y su

madre, que trabaja en un corporativo de Santa Fé, la lleva en carro a la escuela, luego por la tarde regresa en camiones y peseros a su casa o va en metro a los museos del centro histórico a realizar sus tareas.

Los fines de semana duerme hasta tarde y sale a comer a restaurantes con su mamá. Por las tardes se junta con amigos a tomar café o cerveza y en las noches va a bares o antros de la Condesa, la Roma, Interlomas o Polanco.

La entrevista se realizó el 5 de mayo de 2006 en la Ciudad de México.

7.1.3. Los textos visuales: las fotografías

Imagen 1



Foto: Alejandro Arámburo DonJuan. Revista Trabajo Social. Nueva Época. 2004

Imagen 2



Foto: Ernesto Pineda Juárez. Revista Trabajo Social. Nueva Época. 2004

Imagen 3



Foto: Nelía Tello Peón. Revista Trabajo Social. Nueva Época. 2004

Imagen 4



Foto: Alejandro Arámburo DonJuan. Revista Trabajo Social.
Nueva Época. 2004

Imagen 5



Revista Trabajo Social. Nueva Época. 2004

Imagen 6



Foto: Nelia Tello Peón. Revista Trabajo Social. Nueva Época. 2004

Imagen 7



Foto: La Jornada. Abril 2006

7.2. Cuadro incidencia delictiva por Delegación.

CUADRO1. INCIDENCIA DELICTIVA POR DELEGACIÓN. 2000-2002

Delegación	2000	2001	2002	Total general
Álvaro Obregón	10883	11736	12068	34687
Azcapotzalco	8661	8490	8920	26071
Benito Juárez	14633	13418	14635	42686
Coyoacan	12978	12728	12888	38594
Cuajimalpa	1494	1716	6481	9691
Cuauhtemoc	23678	24577	21681	69936
Gustavo A. Madero	21921	21990	21478	65389
Iztacalco	7278	7373	7103	21754
Iztapalapa	22386	23180	23541	69107
Magdalena Contreras	2666	2199	2177	7042
Miguel Hidalgo	11545	11474	12574	35593
Milpa Alta	1009	1007	875	2891
No Específica	9151	2471	2653	14275
Tlahuac	2515	2885	3106	8506
Tlalpan	8858	8817	9222	26897
Venustiano Carranza	13327	12815	13448	39590
Xochimilco	3764	4593	5115	13472
Total general	176747	171469	177965	526181

FUENTE: www.icesi.org.mx

7.3. Cuadro entrevistados asaltados

	Roberto	Pedro	Raúl	Francisco	Juan	Héctor
Asalto en la colonia donde vive			Lo intentaron asaltar en una zona cercana al metro Candelaria. Les pegó a los asaltantes y pudo escapar. (Era de noche)			
Asalto en otra lugar de la ciudad (dónde)	Lo intentaron asaltar en el cruce de Constituyentes y Observatorio. (Era de día) Le han intentado robar el carro en dos ocasiones. (una vez era de día y la otra de	Lo intentaron asaltar en el metro. Él se peleó con los tres chavos. (Era a la noche) Lo intentaron abordar seis sujetos en la Av. Baja	Lo asaltaron en una ocasión que tomó un taxi en Balderas. Le sacaron lo que tenía y lo dejaron en la Ciudadela (día)	Asaltaron el pesero en donde iba rumbo a Tepito, aunque a él no le pasó nada. (día)	Le robaron instrumentos musicales del auto que había dejando fuera del bar donde su grupo se presentaba en la colonia del Valle.	Lo asaltaron en un antro de la zona Rosa. Fueron los mismos guardias de seguridad, le quitaron dinero y celular. En cambio, a su amigo le pegaron y lo “llevaron a dar un paseo en el

	noche)	California, salió corriendo.			(era de noche)	coche". (era de noche)
Asalto a familiares o amigos		A un amigo lo asaltaron en el metro que está a dos cuadras de su casa (de la de Pedro) A otros amigos los asaltaron en CU o en Coyoacán.				Tiene unos tíos que siempre los asaltan. Su tía trabajaba en el centro Bancomer en la Av. Coyoacán. Un día salió a la noche y tomó un taxi y la secuestraron. (secuestro Express)
Secuestro						
Peleas callejeras		Se agarró a golpes con el galán de la que era su novia, en dos ocasiones.	Algunas veces se ha peleado en antros para defender a sus cuates			
Peleas con	Le revisaron el carro			Estaba con cuates		

<p>la policía (abusos de autoridad)</p>	<p>en una ocasión cuando iba con sus cuates, él lo sintió como un abuso. En otra ocasión, estando con sus cuates también, hicieron destrozos porque estaban borrachos y tuvieron problemas con la policía. (Las dos veces fue a la noche)</p>			<p>bebiendo en un coche y querían inspeccionarlo. Reconoce que eso es ilegal aunque ellos estaban bebiendo. Además, ha vivido algunas mordidas, cuando se ha pasado un algo o cosas así. Aunque eso él lo evalúa como una extorsión mutua.</p>		
--	--	--	--	--	--	--

	Mariana	Carolina	Carla	Adriana	Paula	Julieta
--	---------	----------	-------	---------	-------	---------

Asalto en la colonia donde vive		Volvía de la tienda y una señora le robó una cadenita.	Entraron a su casa a robar, engañando a su abuela. (Era de día)		La intentaron asaltar cerca de su casa.	
Asalto en otra lugar de la ciudad (dónde)	En dos ocasiones la intentaron asaltar en un crucero cuando iba en el auto con su mamá. (día)	Iba con su novio en el auto por ciudad Neza y volvían del bar del novio. Les robaron dinero (todo lo que habían recaudado esa noche) e instrumentos musicales. (Era de noche)	Le sacaron el monedero de la mochila en el metrobus. (Era de día)	Iba con su madre en un micro cerca del metro la Raza, se subieron al pesero y los asaltaron. En otra oportunidad también iba en micro cerca del metro San Cosme y		Le han robado cosas de la mochila pero sin violencia. (Era de día)

				la asaltaron. También la asaltaron a dos cuadras de la delegación Benito Juárez. (En todas las ocasiones fue durante el día)		
Asalto a familiares, amigos o vecinos	A unos amigos los siguieron y les arrebataron la mochila en el metro Hidalgo (era de día) A una vecina su hijo y amigos la asaltaron. A un tío le robaron la cartera en Tepito. A	Han balaceado los negocios de su novio (un gimnasio y un bar) en Ciudad Neza. Han asaltado a su padre por la mañana bien temprano cuando iba al trabajo, en una zona cerca de	A su hermana la asaltaron en la colonia Condesa, cerca de una obra en construcción. A su padre le robaron el coche en dos oportunidades. Una vez se lo robaron en	A su hermano lo asaltaron en Ciudad Neza, “siendo de la colonia y todo”	A un amigo le robaron el coche en la Doctores y a un amigo y a su hermana los asaltaron en Tepito. A un amigo del barrio le robaron el coche allí mismo.	Han asaltado a algunos de sus familiares.

	<p>otro tío le robaron los lentes también Tepito.</p> <p>A sus primas que habían cometido una infracción un policía las asaltó.</p> <p>A su tío le robaron el auto.</p>	<p>su casa.</p>	<p>la colonia del Valle y la otra del frente de su casa. (Col. Condesa) Otra vez asaltaron a su padre arriba de un pesero.</p> <p>Hace un año robaron en varios departamentos de su edificio.</p>		<p>Han entrado a robar a departamentos vecinos.</p>	
Secuestro		<p>Le intentaron secuestrar su sobrino, a seis cuadras de su casa, en el centro.</p>		<p>Tomó un taxi que no estaba reglamentado en la colonia del Valle y le hicieron un secuestro express de</p>		

				aproximadamente un hora.		
Peleas callejeras	En una ocasión venía con su grupo de amigos en coche y estaban borrachos. Su amigo, que venía manejando, se le cerró a otro. A partir de ahí se desató una riña. Pero ella y sus amigas observaban mientras los varones se peleaban.				En una ocasión iba sola en la noche y un hombre se le acercó y “me dio mi torteada yo por reflejo le di con una botella”. El hombre se fue pero luego la volvió a seguir y ella salió corriendo.	
Peleas con la policía (abusos de			En una ocasión iba con unos amigos a una fiesta y su amigo			En una ocasión la policía les intentó sacar una “mordida”.

autoridad)			traía en la cajuela del auto marihuana. La policía los detuvo por una infracción y los revisó. Finalmente le dieron una mordida.			
------------	--	--	--	--	--	--